



AÑO 13.

NUM. 153.

LA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS

ESPAÑA MODERNA

~~~~~

**Director: JOSE LAZARO**

—————  
**SEPTIEMBRE, 1901**  
—————

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

*Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.*



*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*



# SU MAJESTAD

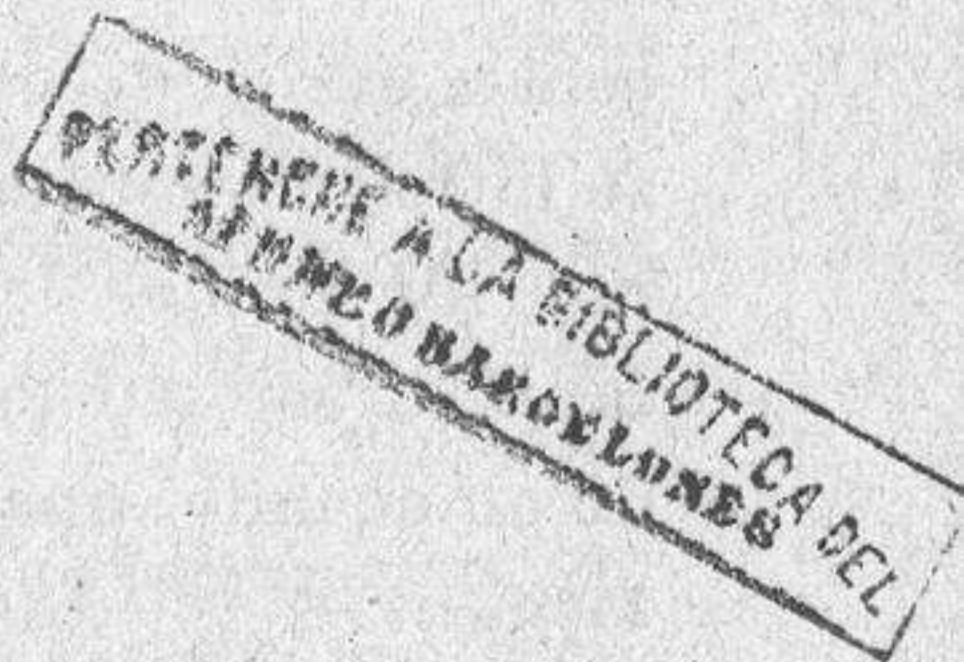
NOVELA

PARTE PRIMERA

I

Blanca como el mármol, con sus largas filas de pulquérrimas *villas*, Lipara descende hasta las azules ondas del mar Mediterráneo, y sus costas se extienden hasta perderse de vista. En aquellas horas de la tarde, sobre los paseos ornados de palmeras, cuyas verdes copas se estremecen en una atmósfera de azulado éter, ciérnese una nube densa, abrumadora, una nube de tempestad y de tragedia, una nube siniestra y negrísima, semejante á una amenaza que vagara extrañamente por el cielo. Y la sombría nube está preñada de amenazas; no se resuelve en tormenta, pero permanece suspendida sobre la ciudad, proyectando sus sombras sobre la blancura de los palacios y sobre el azul del mar y del puerto, en donde los grandes navíos, silenciosos, angustiados, por decirlo así, yerguen sus mástiles hacia el cielo.

Blanco, cuadrado, macizo, entre el verde de los parques de Isabel, en el misterio más íntimo del parque de plátanos—los célebres plátanos de Lipara—se alza el palacio imperial, morada de la familia reinante. El palacio es de estilo casi árabe, con sus blancas arcadas ojivales, como la misma corona de la





capital; una verdadera joya arquitectónica, en el centro de la ciudad, y aislada al mismo tiempo entre la frondosidad de los parques.

La Emperatriz Isabel de Liparia se halla sentada en el salón reservado de sus habitaciones, situadas en el ala derecha del edificio. Sentada al lado de la soberana está una dama de honor, la Condesa Elena de Thesbia, la cual lee ante las ventanas abiertas sobre el parque. En éste crecen esos plátanos famosos, cuyos nudos aumentan con los años, erguidos como centinelas en acecho, de ramaje recortado, al través del cual se filtra una media luz de un verde sombrío, que se extiende por los prados lejanos, suaves, uniformes, semejantes á un tapiz de terciopelo; á lo lejos un horizonte violado, y de cuando en cuando, una figura blanca resplandeciente, alguna estatua...

Un profundo silencio, extrañamente perceptible, subía del parque hasta el palacio, é invadía el alma de la Emperatriz. Estaba sentada y sonreía escuchando la lectura de Elena; se esforzaba por comprender, y no siempre lo conseguía. La dominaba una agitación nerviosa, la envolvía, como las mallas de una red invisible, de la que no puede uno desasirse. Tenía miedo por su marido, por sus hijos, por su primogénito, por sus hijas, por su hijo menor. Este miedo se deslizaba bajo la alfombra, bajo sus pies, gravitaba sobre su cabeza; posábase en torno de ella, por todos lados, por toda la cámara. Estaba en el parque, venía de lejos, del horizonte violado; corría á lo largo de los céspedes, y por las abiertas ventanas penetraba en las habitaciones; caía de los árboles, de la nube, de la siniestra nube. Miedo tal se filtraba al través de toda Lipara, de la Liparia entera, de todo el Imperio; se deslizaba hasta en el palacio y penetraba en el alma de la Emperatriz, la invadía por completo...

Isabel dió un largo suspiro y sonrió. Elena la dirigió una rápida mirada, mientras que en un breve descanso subrayaba,



con la entonación de la voz y con los ojos, un pasaje de la lectura; por esto sonrió la Emperatriz, y continuó escuchando. A veces, sin embargo, solía escapar á su propia angustia á fuerza de fe, la fe en que solamente sucedería aquello que debía suceder.

La novela que leía Elena era *Daniel Cortis*, obra que alcanzara un gran éxito en la corte, porque la Princesa Thera la había hallado de su gusto. Con atención suma, cuidándose de la dicción, la Condesa proseguía su lectura. Los arabescos del italiano brotaban de sus labios con la elegancia de esos floridos y transparentes cristales de Venecia. Y la Emperatriz se maravillaba de que pudiese leer tan bien, sin resentirse nada de la angustia que, para ella, se presentaba en todas partes como un fantasma.

Llamaron á la puerta de la antecámara, que fue abierta por un hujier; apareció una dama, la cual alzó la cortina haciendo una profunda reverencia.

—Su Alteza el Príncipe Herman—dijo con acento ligeramente cortado, porque sabía que aquellas horas de la tarde eran casi sagradas para la Emperatriz.

—Ruéguele que venga aquí—respondió la Emperatriz, y su voz expresaba contento y afección;—esperábamos al Príncipe hacía mucho tiempo...

La puerta había permanecido abierta, y la dama de honor salió; el hujier, inmóvil junto á la cortina, esperaba que llegase el Príncipe.

Resonó el paso resuelto de éste, y atravesando rápidamente el corredor y la antecámara, entró en la estancia, airoso, con benévola expresión en su rostro resplandeciente de salud, con sus ojos grandes y negros, brillantes de alegría. El hujier cerró la puerta detrás de sí.

El Príncipe avanzó hacia la Emperatriz con las manos extendidas; la soberana se había puesto en pie, como también Elena; se adelantó hacia él, le cogió las manos, y quiso ser besada en las dos mejillas.



Elena saludó.

—Señorita de Thesbia...—dijo el Príncipe inclinándose.

—¡Por fin!—exclamó la Emperatriz, fingiendo descontento; é inclinaba la cabeza para no mirar con agrado á aquel simpático é interesante personaje tan lleno de salud.—¿Por qué no has teleografiado la hora exacta de tu llegada? Othomar hubiera salido á la estación, pero ya...

Y con una triste sonrisa se encogió de hombros, como diciendo que si el recibimiento no había sido lo que debiera ser, la culpa era solamente de él.

—¡Tía!—replicó el Príncipe, y su acento indicaba claramente que jamás hubiera pretendido de Othomar semejante cosa;—he sido recibido extraordinariamente bien; el General Ducardi, Leoni, Fasti, nuestro excelente Embajador, y el Conde de Siridsen...

—Sin embargo, Othomar lo sentirá; ha salido á dar una vuelta con Thera, que prueba sus nuevos caballos. No comprendo cómo han salido; les va á coger la lluvia.

La Emperatriz se había vuelto á sentar, después de mirar al exterior por la ventana; el Príncipe y Elena sentáronse enfrente de ella. Entre la Emperatriz y su sobrino se cruzaron preguntas acerca de las dos familias, pues hacía algunos meses que no se habían visto. Corrían tiempos calamitosos, y la Emperatriz leyó un telegrama que el Emperador había mandado desde Altara á propósito de las inundaciones. Temblábanle las manos al sujetar el papel...

Era una mujer de extraordinaria belleza, á pesar de ser madre de dos hijos ya mayores. Pero pocos habían visto el encanto de su hermosura; en público, su belleza se parecía algo á la de un camafeo: líneas finas y puras, ojos grandes, oscuros y fríos, sin expresión; la boca cerrada é indiferente: para la multitud, su rostro delicado tenía algo de reservado y automático, y lo mismo parecía en las reuniones más íntimas de la corte. Pero viéndola en la soledad de su estancia, como en aquella hora, sin más compañía que la de su sobri-



no, al que quería como á sus hijos, y la de su dama preferida, entonces, á pesar de la angustia que germinaba profundamente en su corazón, era como otra mujer cualquiera; con el sencillo vestido de seda gris—un medio luto por un pariente lejano,—la acostumbrada rigidez automática, se transformaba en una graciosa flexibilidad de movimientos y actitudes; el rostro de camafeo se animaba, sus ojos acusaban la emoción, y en sus labios fríos y severos se dibujaba una sonrisa, un destello de simpatía; mostrábase desconocida para aquellos que la vieran antes, sin expresión, rígida y acompasada.

El Príncipe Herman de Gothlandia era el hijo segundo de una hermana de la Emperatriz, la Reina de Gothlandia. Un mozo sólido y arrogante, con el grado de teniente de navío, del tipo germánico tan sano de la casa de Gothlandia, de robusto cuello, anchas espaldas, el abombado pecho del gimnasta, la viveza, el ardimiento de una naturaleza llena de vida, una inteligencia más que mediana impresa en sus ojos grandes y brillantes de negras pupilas, y, por aditamento, una dulzura especial en su voz de barítono; una voz que desde luego llamaba la atención por su timbre, que se hacía después simpática por aquella nota tierna en su virilidad. Y en aquellos momentos estaba allí sentado, simpático, sencillo, dulce, y, sin embargo, con cierta autoridad, que no parecía avenirse mucho con sus ocurrencias de buen humor; con su voz dulcísima hablaba de su padre, de su madre, de sus hermanos y de sus hermanas; preguntaba por su tío el Emperador Oscar de Liparia, por Othomar, por Thera. Y al mismo tiempo despertaba en la Emperatriz ese profundo sentimiento de las simpatías familiares, algo como un légamo secreto de la sangre, un socorro, reforzado por el parentesco, en el aislamiento de sus respectivas grandezas, la grandeza de Liparia y la de Gothlandia; pensaba ella que en el otro extremo de Europa, lejos, lejos de ella, y sin embargo, muy cerca por el magnetismo del pensamiento, se extendía Gothlandia como una gran llanura de amor, recorrida libremente por sus pen-



samientos y sentimientos; ya no estaba dominada por la emoción y la angustia de verse colocada tan en alto en unión de aquellos que le eran queridos, su marido y sus hijos, puesto que no estaban solos en medio de tanta grandeza; en su elevado puesto podían apoyarse en otros grandes; Liparia en Gothlandia; Gothlandia en Liparia. Sus ojos se llenaron de lágrimas, una emoción de felicidad la embargó el corazón; el fantasma de la angustia se había ocultado; deseaba abrazar á su sobrino, hubiera querido decirle que su sola presencia habíale restituído aquel sentimiento de fuerza y de bienestar al mismo tiempo, que perdiera hacía algunos meses.

## II

Se abrió la puerta; el hujier esperaba, rígido, inmóvil, con la mirada fija al frente, en la penumbra de la cortina. Entraron la Princesa Thera y Othomar; la Princesa se dirigió apresuradamente hacia su primo y le abrazó. Othomar se arrojó también al cuello de Herman, dándole la bienvenida. Pero, al revés de la franca cordialidad de la Emperatriz y de Thera, la efusión del Duque de Xara no parecía sincera; había cierta frialdad en su sonrisa; notábase en su acogida un no sé qué de etiqueta completamente fuera de lugar. Y no es que se observase en él cierta reserva; se comprendía que no se trataba de que ocultase parte de la simpatía que experimentara; se veía sencillamente que su actitud y sus palabras constituían el saludo convencional cambiado entre dos primos de la misma edad y que se profesan una buena amistad. El Príncipe Herman estaba habituado á ello; entre Othomar y él no existía intimidación alguna, y en aquel momento en que se veían después de muchos meses de ausencia, la situación era palpable: á la Emperatriz la disgustó en extremo.

Recayó de nuevo la conversación sobre las inundaciones del Norte. La Emperatriz mostró á sus hijos el último tele-



grama que acababa de leer á Herman; habían acaecido nuevas catástrofes, recibíanse noticias de nuevos pueblos destruídos, de más ciudades damnificadas por ríos desbordados, tras un mes de torrenciales lluvias.

El Emperador hacía ya tres días que se encontraba en las provincias del Norte; pero en la capital se esperaba que de un momento á otro manifestase el deseo de ser relevado por el Príncipe heredero, pues la presencia del soberano era precisa en Lipara con motivo de una crisis ministerial.

El Príncipe heredero tomó parte en la conversación, por el bien parecer, pero con frialdad. Era un joven de veinticinco años, bajo de estatura, delgado, de constitución sumamente delicada, de rostro fino y triste, con ojos sin expresión, que por lo general miraban al vacío; el naciente bozo sombreaba su labio superior como una línea de tinta china. Tenía la cabeza ligeramente inclinada sobre el pecho, y miraba entre sus párpados semicerrados; por lo general permanecía silencioso; sus manos, pequeñas y largas, pero finas, estaban extendidas sobre sus rodillas, ambas en la misma posición, y tenía la costumbre de alzar la mano izquierda á la altura de los ojos—porque era un poco míope—para mirarse la sortija. Llevaba el uniforme azul y blanco de capitán de lanceros, uniforme con el que acostumbraba á mostrarse en público, y cuyos alamares de plata realzaban un tanto su persona; en la muñeca derecha lucía un brazaletes de oro bruñido.

—Acaba de llegar esta carta —dijo la Emperatriz;—léela, Thera, para empezar...

La Princesa cogió la carta, en la que escribía el Emperador:

«Me falta el ánimo al contemplar esto y poder hacer tan poco; todo el país al Sur del Zanthos, desde Altara hasta Lycilia, no es más que una vasta extensión de agua, y en donde se alzaban pueblos yacen ahora las ruínas de puentes y de casas, árboles tronzados, montones de tejas, animales muertos, carretas, muebles; y mientras caminábamos por el dique



de Santa Teresa, cerca de Altara, que, á Dios gracias, no se ve aún amenazado, avanzaba lentamente ante nosotros un montón de cadáveres, confundidos y entrelazados como en un gigantesco abrazo de muerte.»

El Príncipe heredero se había puesto lívido; continuó sentado en su actitud habitual, examinando su sortija, mientras Thera seguía en su lectura. Cuando el Príncipe heredero levantó la cabeza, su mirada se cruzó con la de su madre. Esta le hizo un signo con los ojos, que los demás, atentos á la lectura, no vieron; él sonrió con sonrisa de amarga tristeza, y la respondió á su vez con un imperceptible movimiento de los párpados; aquel dulce saludo era para él un rayo de consuelo en medio de la secreta pena que llevaba en silencio, que le oprimía el pecho como si le apretasen el corazón, como una pesadilla que angustia, á pesar de estar uno bien despierto.

Pero el Príncipe Herman cambió de conversación y empezó á hablar de la crisis ministerial; el ministerio autoritario había quedado en minoría en las últimas elecciones para la formación de la Cámara constitucional de los Estados, y presentaba la dimisión al Emperador. La cuestión que se ventilaba era, como de costumbre, la revisión de la Constitución, pedida por los constitucionales y rechazada por los autoritarios á instigación del Emperador. La Emperatriz Isabel suspiraba de cansancio; ¡cuántas veces en su reinado, que llevaba ya más de veinte años, se había presentado la cuestión constitucional como un ataque directo contra su marido! Porque en Liparia la extensión de la Constitución comportaba siempre una disminución de la autoridad imperial. Descendiente de una larga serie de autócratas hereditarios, Oscar no había podido olvidar jamás que su padre Othomar XI, bajo un Ministerio liberal, se vió obligado á otorgar una Constitución. ¡Y cuántas y de qué clase eran actualmente en aquella crisis las pretensiones de los constitucionales! Exigían que la Cámara de la nobleza, que era hereditaria y autoritaria; que aquella Cámara, patrimonio del mismo Emperador, que podía anular



los proyectos de las leyes constitucionales procedentes de la Cámara de los Estados, dejase de ser hereditaria, y por consiguiente, autoritaria por derecho de herencia, para convertirse en electiva: el mismo Othomar XI, soberano tan á la moderna, no hubiera podido aceptar jamás en una Constitución tamaño atentado á una de las instituciones más antiguas del Imperio, atentado que sacudiría la Liparia hasta en sus cimientos.

Y mientras Herman hablaba de este asunto, discurriendo acerca de las más graves cuestiones, Othomar parecía víctima del vértigo. Al través de su cerebro pasaba un mundo; en su imaginación se sucedían rapidísimas nubes, y de estas nubes brotaban visiones vagamente rojas, fugitivas como relámpagos, horribles como un cuadro del Apocalipsis, el fin del mundo en una explosión de dinamita. De esas nubes brotaba en un segundo, como pintada en un lienzo, una escena de la historia del reino que él había de heredar; uno de los Emperadores de Liparia, hacía ya muchos siglos, asesinado por su favorito en una fiesta cortesana... Revoluciones de otros países de Europa, la Revolución francesa, brillaban, proyectando en el cielo un reflejo de sangre; los huelguistas de las minas de mercurio de las provincias orientales se le aparecían amenazadores, saliendo de la nube, de aquella masa de nubes que corrían al través de su pensamiento. Y continuaban brillando, sin que pudiese huir de ellos, aquellos relámpagos rojizos; y por donde se dirigiera, veía su resplandor y el horizonte se iluminaba!... Y parecía extraño estar allí, sentado en la habitación de su madre, con el magnífico parque ante su vista, que se contemplaba al través de las ventanas, y que bajo los rayos del sol poniente se revestía de un color dorado; con su madre al lado, tan amable, tan dulcemente delicada en la intimidad de su casa; su primo que hablaba, su hermana que respondía, y la dama que escuchaba sonriendo... ¡Qué extraño le parecía verse tan tranquilo, tan apacible, tan descansado en la intimidad del palacio, como si Liparia no se bambolease ya cual vieja torre derruída!



Herman y Thera hablaban de la crisis; pero ¿qué es lo que decían? ¡Palabras, siempre palabras! ¿Por qué había de darse siempre aquella serie de palabras á menudo hermosas, es verdad, pero tan vanas?... El desconocía esas palabras, esas amables y vacías palabras, que un Príncipe ha de saber acomodar y ofrecer á sus súbditos, hoy en una ocasión, mañana en otra. No, no las conocía; pero ¿qué es lo que significaban? ¿Dónde estaba el bien, la verdad, el verdadero bien del reino? ¿Cómo saberlo, cómo estar seguro, cómo no andar vacilante, á tientas, con una venda en los ojos? Aun cuando se pudieran tener cien ojos para escudriñar cuanto acaecía en el reino, aun cuando se pudiese leer en lo porvenir, aun cuando se supiera todo, ¿se podría, no obstante, saber qué sería lo mejor? ¿La Constitución? ¿Es bueno para una nación tener Constitución, ó no? ¿Sería bueno para Rusia? ¿O sería mejor una República? ¿Quién tiene razón? ¿Su padre, que quiere gobernar como soberano absoluto con su Cámara de nobleza hereditaria, en donde él, Othomar, se acordaba de haber entrado como Duque de Xara, á los diez y ocho años, con la corona ducal, el manto y el collar de la Orden del Cetro real? ¿O tenía acaso razón la Cámara de los Estados? ¿Sería conveniente poner un límite al absolutismo? Harto difícil era decidirse... Y las inundaciones... «me falta el ánimo al contemplar esto y poder hacer tan poco..... hasta Lycilia, una vasta extensión de agua, un montón de cadáveres, en el abrazo de la muerte».

Brilló un relámpago en el cielo.

Sordos ruidos repercutían por el aire, anchas gotas cayeron pesadamente, como granizos líquidos, sobre las hojas de los plátanos; parecía como si todo el parque se estremeciese, ansioso, ante aquel desgajamiento de las nubes que se anunciaba así. Elena se levantó y cerró la ventana.

Entonces Othomar oyó una palabra extraña: Siria...—Así, pues, ¿no hablaban ya de la Cámara de los nobles?—Siria, Siria...



—El Rey y la Reina debían venir en la próxima semana, pero han aplazado su visita —dijo la Emperatriz.

—A causa de las inundaciones—añadió Thera;—van primeramente á Constantinopla; quisiera que se quedaran al lado del Sultán.

—Su visita me parece forzada—dijo riendo Herman;—¿y cuánto tiempo estarán, tía?

La Emperatriz Isabel se encogió de hombros para indicar que no lo sabía; la próxima visita de los soberanos de Siria no agradaba mucho ni á ella ni al Emperador; sin embargo, no había medio de evitarla.

No quiso hablar detenidamente del asunto á causa de Elena, y dijo:

—Todas las fiestas de la corte están aplazadas, como ya lo sabes, Herman, á causa de tan espantosas catástrofes. Estarás tranquilo, hijo mío. Esta noche acompaña á Othomar á casa del Conde de Myxila...

El Conde de Myxila celebraba aquel día su sexagésimo aniversario. Era el célebre favorito del Emperador. Aquella mañana había venido á recibir las felicitaciones de la Emperatriz; por deseo del Emperador, el Príncipe heredero debía, por la noche, hacer acto de presencia en la fiesta que daba el Conde en el palacio de la Cancillería.

El Príncipe Herman miró á Othomar con expresión interrogativa, como esperando una palabra.

—Naturalmente—se apresuró á decir el Duque de Xara,—Myxila cuenta con seguridad con la visita de Herman.

### III

Cuando Othomar y Herman dejaron á las once y media de la noche el palacio de la Cancillería, bajo una lluvia torrencial, era ya conocida de la Emperatriz la dimisión que había



presentado el Ministerio; los Príncipes habían encontrado á los Ministros en casa del Conde de Myxila; la crisis había producido, en medio de la alegría mundana de la fiesta, un estremecimiento amenazador. En palacio se recibió un telegrama del Emperador al Duque de Xara, concebido en los siguientes términos:

«Ruego á Vuestra Alteza que se dirija mañana á Altara.

»OSCAR.»

El telegrama no debía sorprender: era la consecuencia natural de la dimisión del Ministerio y del regreso del Emperador, que no quería dejar el lugar del desastre sin tener el consuelo de verse sustituido por el heredero del trono.

Othomar, después de haber permanecido un momento al lado de la Emperatriz, se retiró á sus habitaciones. Hizo llamar á su ayudante de campo, el Príncipe Dutri; cambió con él algunas palabras, y, tras una breve conversación, lo despidió. En su gabinete, Othomar encontró á su ayuda de cámara, Andrés, prevenido por un gentilhombre de servicio, que le había ayudado á hacer el equipaje.

—No pongas demasiado ropa, Andrés—le dijo, mientras éste permanecía respetuosamente en pie junto á una maleta; —son obstáculos.

Dijo esto sin saber por qué á punto fijo. El ayuda de cámara no le hizo caso; arrodillado de nuevo, continuó poniendo todo lo que creía poder ser necesario. «El caso es que debe ser útil, puesto que Andrés lo hace», pensó el Príncipe.

Y se dejó caer en una butaca en su gabinete. Estaba abierta una ventana; una sola lámpara, colocada en un ángulo, iluminaba débilmente la habitación; continuaba lloviendo con furia; el olor á tierra mojada penetraba en la estancia.

El Príncipe estaba cansado, hartó cansado, para llamar á Andrés, con objeto de que le quitase las medias botas lustradas y ceñidas. Vestía el uniforme blanco y oro de coronel de la guardia del trono, la guardia personal del Emperador; pen-



dían de su cuello la Orden del Cetro real y otras varias condecoraciones.

Aparecía aún ante su vista la fiesta del Canciller; en sus oídos zumbaban, al compás de la lluvia, todas las inevitables conversaciones acerca de la crisis, de los Ministros y de la Cámara de los nobles. Se veía á sí mismo: el Príncipe heredero, siempre el Príncipe heredero, demasiado ceremonioso, siempre excesivamente reservado, jamás sinceramente alegre, ni sencillo, ni desenvuelto como Herman, que se encontraba á sus anchas en los salones de la Cancillería, sin cortedades, haciéndose presentar á las señoras; unas veces, por el Conde de Myxila; otras, por su ayudante de campo. Y envidiaba á su primo, que no era heredero de la corona, sino hijo segundo. Herman no producía como él el frío por donde pasase; no helaba en torno suyo la atmósfera con el brillo rígido y glacial de su corona de Príncipe imperial.

Veíase ante los Ministros. Los Ministros que se retiraban llevaban en su corazón sus propios intereses, no los de Liparia; habíalo conocido en la actitud servil de aquellos personajes en presencia de él, del Príncipe heredero, cuando los había hablado. Comprendía que recitaban un papel, que ocultaban algo que no dejaban traslucir, y se preguntaba: ¿Por qué, por qué ha de ser todo lo mismo? ¿Por qué ha de haber tantas caretas? ¿Por qué ha de ser apariencia todo? Y experimentaba una gran opresión en el pecho; molestábale lo ceñido del uniforme.

Veía también delante de él á la anciana Condesa de Myxila y á las demás señoras que le habían hecho reverencias entre el crujido de sus trajes y el brillo de sus diamantes: se habían puesto encarnadas porque el Duque de Xara se había fijado en ellas.

Veía también á la mujer del gran Mariscal de la corte, la Duquesa de Yemena, ausente hacía mucho tiempo, retirada por voluntad propia en su posesión de Vaza; veíala ante él, tal como se había presentado, acompañada por Dutri. Sin



embargo, era para él desconocida, pues cuando la Mariscala estuvo en la corte él era todavía niño, severamente educado á estilo militar, que estaba raras veces al lado de la Emperatriz, y jamás en las fiestas palatinas; así, pues, no había visto nunca á la Duquesa. Ahora, en la penumbra de aquella sola lámpara, mientras la lluvia caía con furia, volvía á verla, y le parecía que se presentaba al través de la lluvia, como al través de una cortina de agua. Una gran dama, con opulentas formas, medio desnuda bajo los blancos destellos de los brillantes, avanzaba hacia él, con la cabellera de un negro lúcido, el rostro un tanto pálido bajo un ligero tinte rosado; se acercaba lentamente, vacilando, con su vestido de raso recamado de oro, adornado con pieles negras; se inclinaba ante él con profundo respeto hacia su dignidad imperial; tenía la cabeza ligeramente inclinada sobre el pecho; la diadema esparcía rayos sobre sus negros cabellos; todo el cuerpo de la dama, con la flexibilidad de una serpiente, doblábase graciosamente con el dorado traje que la circundaba el seno y caía en rígidos pliegues, bajo los reflejos de las luces. El la había hablado y ella, irguiéndose de su graciosa inclinación humilde, habíale respondido, no recordaba qué, pero los ojos de la dama se habían posado en él, brillantes como dos negras estrellas. El Príncipe se impresionó. Había oído hablar de ella, como de una mujer cuya vida estaba llena de pasiones; y pensaba en ella como en algo que estuviese envuelto en un enigma. El Duque de Xara había recibido una educación militar purísima: sus años de adolescencia habían transcurrido castos en medio de las libres costumbres de la corte, tal vez porque sus padres, tras una larga separación, habían experimentado la necesidad de reunirse movidos por un deseo de vida familiar, por buscar un recíproco apoyo: la Emperatriz Isabel había perdonado al Emperador Oscar y resignóse á su infidelidad como á un fatal destino. Othomar no había visto en torno suyo la vida de los sentidos. En la Universidad de Altara, en la que cursó sus estudios, no había compartido los place-



res de los estudiantes, no por altanería, sino por falta de libertad.

Así que la Duquesa produjo sobre él una impresión extraña, porque era lo desconocido. Pensaba en aquella mujer, con sonrisa de esfinge, que se había inclinado ante él tan profundamente, que le despertaba un mundo de sensaciones y de experiencias desconocidas para su alma; ante ella sentíase pobre, mísero, insignificante. ¿Qué tenía aquella mujer que él no poseyera? ¿Existía verdaderamente algo, algún enigma, que valiese la pena de escrutarlo en serio? ¿Había, en realidad, tanta diferencia entre su madre y sus hermanas y una mujer como aquella? Sus ayudantes, ¿hablaban tal vez de sus hermanas las Princesas, como él hablaba de la Duquesa? ¿Y era acaso cierto que la citada dama hubiese llevado aquella vida de pasiones, de amores sucesivos? ¿No era quizá maledicencia de los oficiales, ó tal vez no desfiguraban la verdad, como lo hacían en tantas otras cosas? ¿Y la verdad no debe ser apreciada por un Príncipe como por otro cualquiera?

Sentíase rendido de cansancio, y permanecía sentado, esforzándose en vano por sacudir todas aquellas extrañas visiones de la fiesta, que giraban al través de la transparencia de la lluvia. Ante él, como si realmente se encontraran en el gabinete, corrían uno detrás de otro los Ministros, los Oficiales de órdenes, el Conde de Myxila y la Duquesa.

Oyó que le llamaban... Era un gentilhombre de servicio.

—El Príncipe Herman pregunta si puede hablar un momento con Vuestra Alteza.

Asintió con un gesto y entró el Príncipe Herman.

—Siempre eres el bienvenido Herman — dijo Othomar; pero, á pesar suyo, hablaba fríamente.

—Vengo á pedirte una cosa—dijo Herman de Gothlandia.

—Quisiera acompañarte á Altara, pero dime con franqueza si te conviene. ¿Qué piensas de ello?

Othomar miró á Herman; aquel lenguaje flemático le molestaba.



—Si lo haces por conveniencia, puesto que te encuentras en Lipara, ciertamente...—comenzó á decir.

—Deja que te lo diga de una vez; lo hago especialmente por... la tía. Y mostrábase conmovido.

—Hazlo, pues, por ella—replicó dulcemente Othomar.—Tendré mucho gusto en que me acompañes, conforme á los deseos de mi madre.

Herman se había esforzado inútilmente en mostrarse enérgico y reservado. Háblele rogado la Emperatriz que acompañase á Othomar. Al principio había vacilado, sabiendo que entre él y su primo no existían simpatías. Después hubo de ceder, mas no sabía cómo decirlo; su habitual franqueza háblele abandonado, como siempre, delante de su primo.

—Quedamos de acuerdo—dijo Herman confuso.

Othomar le tendió la mano.

—Comprendo perfectamente tus intenciones—dijo.—Mi madre desea que vengas conmigo, porque sabe que así tendré alguien á quien poder confiarme. ¿No es cierto?

Herman le estrechó la mano.

—Sí—contestó, contento, alegre, sin que se le ocurriese pensar que Othomar llevaba ventaja en aquella conversación, satisfecho, por el contrario, de que su primo tomase la cosa por aquel lado.—Sí, así es. No quiero tenerte despierto por más tiempo; es tarde. Adiós.

—Adiós.

Herman salió. Seguía lloviendo á cántaros. Othomar continuaba sentado; la frescura de aquella noche de lluvia entraba en la habitación y le caía encima. Inmóvil, se miraba con atención la punta de las botas.

Andrés entró suavemente.

—¿Desea Vuestra Alteza?...

Othomar respondió con una señal. El ayuda de cámara cerró primeramente la ventana, dejó caer los cortinones y se arrodilló ante el Príncipe, que, con gesto de cansancio, alargó el pie y apoyó el talón sobre la rodilla de Andrés.



PONECE A LA BIBLIOTECA  
ALFONSO BANCELONA

## IV

Durante la noche se calmó el diluvio; pero por la mañana llovía de nuevo. Eran las siete; un vapor húmedo, sofocante, caía sobre la colosal cúpula de cristales de la Estación, como si hubieran respirado encima. El tren especial estaba presto; la locomotora resoplaba fuerte y frecuentemente como bestia cansada é inquieta. Una gran multitud, un vago amontonamiento de hombres que murmuraban en aquella mañana nebulosa, llenaba los andenes; un piquete de infantería, con sus uniformes grises y encarnados y bayoneta calada, formaba en dos filas, dividiendo al público en dos partes y manteniendo un ancho espacio libre ante la sala de espera.

Entre la multitud corría el descontento; brillaban miradas de enojo, hendían el aire palabras breves y gruesas, interjecciones; hasta se escuchó en un ángulo una carcajada amenazadora.

La espera fue larga; por fin se oyeron en la parte de afuera aplausos sordos; el Príncipe llegaba á la Estación. La sala de espera se llenó de uniformes, que brillaban confusamente en la luz matinal; cambiáronse breves saludos.

Othomar entró con Herman y el Marqués de Dazza—Gobernador de la plaza, la primera autoridad militar,—cuyo vistoso uniforme contrastaba con la sencillez de los otros, incluso el del Príncipe; y el General ayudante y los ayudantes de Liparia y de Gothlandia les seguían. El burgomaestre de la ciudad y el director de ferrocarriles fueron al encuentro de Othomar para saludarle; el burgomaestre se engolfó ante el Príncipe en un largo discurso.

—¿Por qué no se ha prohibido al público la entrada en la Estación?—preguntó el General Ducardi al director.—El General había mirado al través de las cortinas, extrañado por los rumores que se escuchaban fuera.



El director se encogió de hombros.

—Esa fue la primera idea; así lo hicimos cuando marchó el Emperador; pero una orden especial de palacio nos ha obligado á que no cerremos las puertas; tal ha sido el deseo del Duque de Xara.

—Y entonces, ¿para qué han venido todos esos soldados?

—Por orden del Gobernador de la plaza; vino un oficial de órdenes á decirnos que llegaría un piquete de infantería como guardia de honor.

—¿Vino ese oficial del palacio?

—No, del Gobierno militar.

Ducardi se encogió de hombros, y un sordo murmullo de cólera hizo que temblasen sus gruesos bigotes grises.

—¿Sabe Vuestra Alteza que ha venido un piquete de infantería?—dijo interrumpiendo los largos períodos del burgo-maestre.

El Gobernador lo oyó y se aproximó.

—¿Un piquete?... No... —respondió Othomar estupefacto.

—¿De modo que Vuestra Alteza no ha dado orden alguna? —repuso Ducardi.

—¿Yo? No...—repitió Othomar.

El Gobernador se inclinó profundamente; habíale puesto nervioso la potente voz del General, que resonaba como una trompeta.

—Pensé—dijo tranquilamente, pero buscando y subrayando las palabras, y esforzándose al mismo tiempo en ser humilde con el Príncipe y digno, respecto del General; —pensé que no estaría de más preservar á Vuestra Alteza contra posibles desórdenes... tanto más posibles cuanto que Vuestra Alteza deseaba... deseaba que la estación estuviese abierta al público.

Othomar, como Ducardi, había echado una mirada al exterior; la infantería formaba en ala, y detrás apiñábase la multitud inquieta, exaltada, amenazadora.

—¡Pero, General—dijo alzando la voz,—mejor hubiera sido



cerrar la estación! Esto es un contrasentido. La policía municipal hubiese sido suficiente para contener á la multitud en caso necesario.

—Tenía miedo de... algo desagradable, señor. Los tiempos están revueltos, el pueblo está muy descontento; — murmuraba en voz baja el Gobernador, asustado ante la idea de haber sido oído por los Oficiales.

—Sí, es un contrasentido—repitió Othomar, sobreexcitado, nervioso.—¡Haga que se retire la infantería!

—Imposible, señor — se apresuró á decir Ducardi con amarga sonrisa. — Vuestra Alteza comprende que no puede ser.

Este diálogo se había entablado aparte, á media voz; sin embargo, parecía que todos se interesaban en él; todas las miradas se dirigían al grupo del Príncipe; todos callaban.

—Dejadnos, pues, sacar de esta situación el mejor partido posible; nosotros no tememos nada—replicó Othomar; y su voz juvenil de claro timbre vibraba fuertemente irritada.

Se abrieron las puertas; Othomar salió el primero más que de prisa, sin que le siguieran los ayudantes y Oficiales, que se apartaron para dejar paso al Príncipe Herman, el cual se apresuró á reunirse con Othomar; detrás salió la comitiva.

Los Príncipes hicieron una inclinación de cabeza como si quisieran saludar; pero sus ojos se encontraron con las miradas inmóviles y asombradas de los soldados que, en aquel momento, presentaron armas; los Príncipes saludaron y subieron al tren, como huyendo, con una penosa sensación.

Bajo la gran techumbre de cristales, envuelta en la niebla, tras las espaldas de los soldados, la multitud permanecía en un silencio mortal; el murmullo había cesado casi por completo: ni palabrotas, ni ademanes; pero tampoco ninguno de aquellos aplausos, de aquellos vivas tan gratos á los oídos de los Príncipes.

Y los rostros de aquellas gentes obscurecidas, separadas de su futuro soberano, por los uniformes y las bayonetas, per-



manecían foscos, mirando sombríamente con relámpagos de odio, con los labios apretados, llenos de rencor, contemplando de lejos el coche imperial.

Desde las portezuelas, los Príncipes saludaban con la mano á las autoridades que se agolpaban en el andén, haciendo reverencias. La locomotora silbó, chilló, hendiendo la atmósfera húmeda; arrancó el tren corriendo en aquella mañana, que fuera de la estación parecía más clara, atravesando la ciudad por encima de los viaductos; desfilaron los canales, las calles, las plazas, los campanarios y torreones de las iglesias y de los palacios; las dos torres de mármol de la Catedral, con las palomas que forman sus nidos entre los arabescos de estilo del Renacimiento de las arcadas de los campanarios; el parque de Isabel, verdadero oasis en medio de la ciudad, la blanca masa del palacio imperial, y en el fondo la línea prolongada de la ría, el puerto con su bosque de mástiles, la ovalada curva del horizonte del mar, todo ello húmedo, reluciente por la lluvia.

Othomar miraba tristemente hacia adelante. Herman le sonrió.

—Con el viaje se te olvidará lo que ha pasado—dijo, y añadió riendo:—Hoy no va á comer á gusto nuestro pobre Gobernador.

El General Ducardi murmuró una interjección.

—Es un completo imbécil... —dijo entre dientes; pero lo oyó el Príncipe Herman.

—Quería yo decir al pueblo—dijo de repente Othomar... y hubiera añadido:—que no tengo miedo en su presencia;—pero miró en rededor, vió que el Príncipe Dutri, su Ayudante de campo, le miraba con ojos de basilisco, y su acento, de altanero se trocó en humilde, y concluyó la frase diciendo con tristeza:

...—Que le amo mucho, y que tengo en él absoluta confianza.

Suavizó su acento para dar gusto al Príncipe Dutri; pero contrarió al General, que miró de reojo al Príncipe heredero



y después al Príncipe de Gothlandia; los comparó y siguió mirando, con complacencia de soldado, al gallardo Teniente de Marina, que, robusto, sólido, con las manos apoyadas en las caderas, inclinado un poco hacia adelante, contemplaba la blanca ciudad que huía ante sus ojos bajo los oblicuos rayos de la lluvia.

Después de cuatro horas de marcha llegaron á Novi, en la provincia de Xara. El tren se detuvo: los Príncipes y su comitiva descendieron, consultando sus relojes y los de la estación. Se extrañaron y se pusieron á pasear por el andén; pasó una hora. El Príncipe Herman conferenció largo rato con el Jefe de la estación. Continuaba lloviendo. Por fin se anunció la llegada del tren de Altara, que entró en la estación y se detuvo; del coche imperial bajó el Emperador Oscar, seguido de sus Generales y Ayudantes, cuyos uniformes estaban estropeados y parecían viejos. El Emperador, joven aún, de elevada estatura, pero con los cabellos grises ya, andaba con resuelto paso; abrazó á su hijo y á su sobrino, viva y rápidamente. Las personas reales se retiraron á la sala de espera; Ducardi y uno de los Ayudantes fueron detrás. La conversación fue breve, y al cabo de diez minutos volvieron á entrar en la estación; cambiáronse apresuradamente unas cuantas palabras y unos cuantos apretones de manos; el Emperador subió de nuevo á su coche y el Príncipe heredero al suyo. El tren del Príncipe esperó á que marchara el del Emperador; padre é hijo saludáronse por última vez con la mano, y en seguida Othomar emprendió de nuevo su camino.

El Príncipe quedó hondamente preocupado, recordando lo que su padre acababa de decirle: «Nuestra hermosa y antigua ciudad está desesperada; el dique de Teresa amenaza ruína; poca energía en la Administración municipal; millares de personas sin recursos, sin hogar, pasando las noches en las iglesias, en los edificios públicos.» Y su última frase:

—Hazte llevar á San Ladislao.

Othomar pensaba en todo aquello; sus acompañantes guar



daban silencio, impresionados por las palabras del Emperador, que había puesto de nuevo ante sus ojos, más viva y más penetrante, la catástrofe; ante los ojos de Ducardi, que sabe mejor ser Jefe de Estado Mayor que consuelo en medio de inundaciones; ante los ojos de Dutri, lleno aún del esplendor mundano de la ciudad incomparable. Comenzaban todos á olvidarse en parte de sus asuntos particulares para pensar en lo que iban á presenciar. Y Othomar se preguntaba:—¿Qué haré? ¿Qué es lo que podré hacer? ¿No es demasiado lo que se espera de mí? ¿Podré contener la violencia del agua?—¡Ah! la lluvia, la lluvia—murmuró, apretando el puño, silenciosamente.

Pasaron otras cinco horas de tren. Los campanarios de la ciudad y las majestuosas fachadas de la antigua y maciza iglesia de San Ladislao, dibujáronse en el horizonte. El tren se detuvo en el campo en una estación pequeña y provisional; los Príncipes sabían que la estación central estaba inundada; toda la dirección se había trasladado al lugar aquél. Y de repente vieron ante sus ojos una inmensa sábana de agua verdosa, formada por el Zanthos desbordado; un brazo de mar, tranquilo, rizado apenas, como un odio mudo. Una barca esperaba para transportarles entre las ruínas de las casas y los muebles que sobrenadaban. Un caballo muerto se acercó á la embarcación, esparciendo en rededor un olor á putrefacción húmeda. Junto á una casa derruída, unos marineros pescaban un cadáver que pendía de los bicheros con los brazos colgando, los cabellos chorreando agua y la cabeza echada hacia atrás; era una mujer. Herman vió que á Othomar le temblaba la barbilla.

Atravesaron una calle, formada por las casuchas de una pobre aldea. Toda aquella parte estaba sumergida hacía ya varios días. Desembarcaron en una plaza; aplaudió el pueblo. Los aplausos redoblaron y la multitud aclamó al Príncipe, que traía la salvación al través de las aguas. Un grupo de estudiantes dió vivas al Príncipe, agitando las gorras. Othomar



estrechó la mano del burgomaestre, del Ministro de Obras públicas, del Gobernador de Altara y de las demás autoridades.

Su corazón estaba lleno de amargura; sentía que la emoción le embargaba. Del grupo de estudiantes se destacó un joven alto, resuelto.

—Señor—dijo,—¿quiere Vuestra Alteza que formemos nosotros su guardia de honor?

En aquel lugar se guardaban pocas etiquetas, cosa que contrariaba á las autoridades. Othomar se acordó de sus años de estudiante, poco lejanos todavía, y estrechó la mano del jovenzuelo; lo mismo hizo el Príncipe Herman; los estudiantes, entusiasmados, gritaron de nuevo: ¡Viva Othomar! ¡Viva el Príncipe de Gothlandia!

Desde la plaza se adivinaba la desgracia de la ciudad, una desgracia que calla bajo la amenaza de otra mayor; la antigua ciudad de las coronaciones, la segunda del Imperio, la ciudad de la ciencia y de la tradición, monumento sombrío de la Edad Media, la rival gris de la blanca Lipara, que ríe allá abajo, bella con sus nuevos mármoles y su mar azul, pero que no abriga hacia sus Príncipes el amor que Altara, la destronada capital, con su gigantesca catedral romana en la que la santa corona imperial, con la cruz de San Ladislao, vela sobre el último sueño de los Emperadores de Liparia. Sus soberanos le han sido infieles, y há dos siglos que residen en su blanca ciudad imperial; han abandonado el antiguo castillo de la santa protectora del Imperio; pero ella, la antigua ciudad, la madre del país, permanece fiel á su amor materno, y no por respecto á la fe jurada, no, sino porque la antigua tradición es su corazón, es su sangre.

Pero lo mismo que su padre, Othomar no morará ahora en el castillo de Ladislao; está situado demasiado en alto y demasiado lejos de la ciudad, demasiado alejado del peligro.

Algunos carruajes descubiertos esperaban á los augustos huéspedes, los cuales montaron en seguida, y los estudiantes



se dispusieron á escoltarlos á caballo; los Príncipes se apearon en el palacio del Cardenal Arzobispo, primado de Liparia, edificio que, con la catedral y con el antiguo palacio imperial, forma una masa gris y colosal; una ciudad sobre la ciudad, el corazón de la ciudad.

El cortejo avanzó rápidamente; el pueblo aplaudió viendo en aquellos personajes unos salvadores en los que cree ver el fin de las desdichas. Entre la marcha del Emperador y la llegada del Príncipe hubo un momento de abatimiento que, á la vista de Othomar, se transformó en un estusiasmo morboso.

Bruscamente se obscureció el cielo, y no porque fuese á llegar la noche—á las cinco de la tarde, en Marzo, y en un país meridional como aquel era,—sino por las nubes, colosos gigantes del aire que, preñados de agua, comenzaron á derramarla. En aquella atmósfera gris continuaron las aclamaciones del pueblo, cuando de repente abriéronse las nubes dejando caer un diluvio, una verdadera catarata.

Othomar iba con Herman y Ducardi en el primer carruaje.

—¿No ordena Vuestra Alteza que se cierre el carruaje?—preguntó el General, mientras ayudaba al Príncipe á ponerse el capote.

Othomar estaba indeciso, no tenía tiempo de responder al General; la multitud le aclamaba, aumentando en número y en estusiasmo; y él saludaba, haciendo signos de agradecimiento. La lluvia continuaba cayendo torrencialmente, sacudiendo las espaldas del Príncipe y del General, penetrándoles por el cuello, mojándoles hasta las rodillas. La multitud se refugiaba bajo una frágil techumbre de paraguas, y se agolpaba en las estrechas calles de la ciudad, hasta el punto de que el cochero no hacía más que refrenar los caballos.

—¿No quieres hacer que cierren el carruaje?—preguntó también Herman después de Ducardi.

Othomar dudaba aún; pero al fin se decidió, y aunque sabía que sus palabras eran algo teatrales, y sin pensar en el efecto que pudieran producir, dijo:



—No, no hay que temer al agua; todos debemos estar bajo la lluvia aquí.—Ducardi le miró, experimentando un sentimiento de admiración y al mismo tiempo de temor por su Príncipe...

El carruaje permaneció abierto. En uno de los carruajes de la comitiva, el Príncipe Dutri miraba furiosamente pensando hasta cuándo quería mojarse el Duque de Xara. En las estrechas calles que rodean la Catedral, la comitiva se vió casi interceptada por el entusiasta pueblo, que formaba una barrera. Calado hasta los huesos, el Príncipe de Liparia llegó con su séquito junto al Cardenal Arzobispo, dejando por las escaleras y los corredores del palacio episcopal un verdadero arroyo.

## V

En cuanto se hubieron mudado de uniforme pasaron á comer con el prelado, que había invitado á algunos canónigos y sacerdotes. El comedor era vasto, sombrío, alumbrado apenas por las débiles luces de las bujías; la vajilla de plata brillaba siniestramente; distinguíanse de un modo confuso los frescos de los techos y los cuadros de asuntos religiosos. Un silencio glacial tenía cerradas todas las bocas; hablaban en voz baja; los servidores, con sombrías libreas, andaban de puntillas. El Cardenal, que tenía á su lado al Príncipe, era alto, delgado, con facciones finas, ascéticas, y los ojos claros, propios para el éxtasis; la voz le salía del fondo del pecho como la de un oráculo; hablaba de la voluntad de Dios y accionaba suavemente con las manos extendidas, como Jesús en los cuadros antiguos. Uno de los sacerdotes, secretario del Cardenal, joven de rostro redondo y sonrosado, con manos blancas y mórvidas, se rió en alta voz de un chiste del Príncipe Dutri, que sentado á su lado, le refería la aventura de una Condesa de Lipara, conocida de ambos. El Cardenal dirigió una severa



mirada al alegre secretario. Después de la comida, los Príncipes, con su acompañamiento, recorrieron á caballo la ciudad, siendo en todas partes aclamados. El agua se extendía hasta en los alrededores de la Catedral y del palacio del Arzobispo. Grupos de hombres, mujeres y niños, corrían sollozando al encuentro del Príncipe, que atravesaba la negra plaza; llevaban antorchas, porque no se habían podido encender todos los faroles, y las rojizas luces hacían un efecto extraño y romántico sobre la vetusta masa de los sombríos muros, y se reflejaban en la invasora agua proyectando en las estrechas callejuelas regueros de sangre. Una casa grande de varios pisos se vió de pronto inundada. Los vecinos se salvaron en las barcas que recorrían la ciudad con farolillos rojos; un niño lloraba desconsoladamente. Se trataba de pobres gentes que vivían allí á centenares, amontonadas. Los Príncipes se apearon de los caballos, embarcaron, se dirigieron al lugar del peligro y fueron reconocidos; prestaron su ayuda á una anciana con tres pequeñuelos, que estaban ya con el agua hasta mitad del cuerpo; los recogieron, diéronles dinero y tomaron otras medidas. Indicaron el antiguo castillo de San Ladislao como un lugar de refugio.

Pero se oyó un grito, vago al principio como las tinieblas de la noche, y que después se percibió con claridad.

—El dique Teresa, el dique Teresa...

Los Príncipes quisieron acudir á caballo, pero no era posible; había que ir embarcados. El Príncipe Herman empuño él mismo los remos; en la barca que seguía, Dutri declaraba á von Fest, uno de los ayudantes de Hermán, que Venecia era más cómoda...

—El dique Teresa, el dique Teresa...

El dique se extendía hasta las afueras de la ciudad, sobre la margen derecha del Zanthos, como el negro lomo de un animal gigante, y protegía contra las avenidas del río, especialmente en primavera, todo el barrio de Santa Teresa, la parte oriental de la ciudad, que está bastante elevada. Las bar-



cas se deslizaban dulcemente por las inundadas calles; en la plaza de Santa Teresa se podía abordar aún; los faroles estaban encendidos, las antorchas se consumían esparciendo humo, mientras que sus llamas temblaban sobre el agua. La plaza es grande, espaciosa; uno de sus lados lo forma la pesada masa de la iglesia de Santa Teresa, cuyas torres se perdían en el sombrío cielo: en el centro de la plaza se alza una estatua ecuestre de un Emperador de Liparia, gigante inmóvil de bronce, que extendía el brazo, empuñando la espada, sobre la multitud tumultuosa.

Othomar y Herman mandaron al dique á sus ayudantes Dutri, Leoni y von Fest, que partieron á caballo; toda una ciudad exterior de casas de campo, de fábricas y la estación de Santa Teresa, estaba defendida contra el Zanthos por aquel dique, rebasado por las aguas que cubrían los campos.

Los Príncipes permanecieron en medio de la plaza, sobre las escalinatas del pedestal de la estatua; hubieran deseado ir más allá, pero el mismo burgomaestre les rogó que permanecieran en aquel lugar; más allá temíase por momentos un peligro mortal... Todo lo que podían hacer, habíanlo hecho ya; no quedaba más que esperar.

Y pasaron los minutos y las horas. La angustiosa expectativa concluyó por calmarse; renació la esperanza. Los Oficiales iban y venían; las casas de campo y las fábricas habían sido ya abandonadas; toda una ciudad quedó desierta por la fuga de sus habitantes. El Príncipe Dutri, que llegó al galope, aseguró que no cedería el dique; apenas hubo hablado con los Príncipes, vióse rodeado por las gentes; eran los habitantes de las fábricas y de las casas de campo, que le acosaban á preguntas, tranquilizados por la sangre fría del Ayudante imperial. Y Dutri volvió á marchar al galope.

Mientras tanto, se abrieron las puertas de la iglesia; en el fondo de las naves, entre los pilares, brillaban los cirios: una procesión avanzaba lentamente hacia la salida: un Obispo con mitra, sacerdotes, niños que cantaban, estandartes, cirios, in-



censarios; detrás la imagen del Crucificado, las reliquias de Santa Teresa en su antigua urna medioeval, de oro, con cristales y piedras preciosas, toscamente talladas. La urna iba llevada en andas, y en la penumbra vacilante de los cirios brillaba y despedía rayos como una joya sagrada, como una estrella, en aquella sombría plaza, en aquella noche de desastres; las enormes esmeraldas relucían, el oro preciosamente labrado irradiaba, y ante aquella reliquia la multitud se apartaba y se arrodillaba. Aquel día era la quinta vez que salía la procesión, que se paseaban aquellas reliquias para conjurar la catástrofe. La procesión avanzaba hacia la estatua; los Príncipes se inclinaron profundamente; los cánticos religiosos, el brillo de las reliquias en su urna, el humo del incienso, llegaron hasta ellos con las oraciones del Obispo.

En torno de la procesión se había hecho el silencio en toda la plaza, cuando de repente se oyó como una explosión lejana.

La multitud pareció que recibiera una sacudida: todos se pusieron en pie; la misma procesión se rompió y se dispersó. El dique había cedido... Todavía se resistían á creerlo, pero pronto oyóse un estampido en lo alto del fuerte de San Ladislao, un cañonazo repercutió sobre la ciudad sombría y se perdió al través de la negra atmósfera, como si fuese dirigido contra las implacables nubes. Resonó un segundo cañonazo, un tercero después, como si fuesen las formidables salvas de la catástrofe... toda la ciudad sabía ya que el Zanthos había roto el dique.

En la plaza reinaba una agitación inmensa: los últimos fugitivos llegaron en masa, míseros, despojados de todo, aquellos que no habían podido escapar antes, que no habían perdido nunca la esperanza; al través de la muchedumbre que gritaba y maldecía, el Príncipe Dutri, á caballo, con la angustia en la mirada, esforzándose en llegar junto á la estatua; se escuchaba á intervalos lejano rumor, como el rumor del mar. Las gentes huían en todas direcciones, á pie ó en barcas;



la procesión, en desorden, con la resplandeciente urna de las reliquias, que parecía flotar sobre un mar humano, retrocedió precipitadamente hacia la iglesia.

—¿No hay seguridad, siquiera, en esta plaza?—preguntó Othomar.—No podía hablar apenas, estaba acongojado, con los ojos llenos de lágrimas; una desesperación infinita de impotencia y de compasión embargaba su alma.

El burgomaestre hizo un signo negativo.

—La plaza está más baja que los barrios exteriores, señor; Vuestra Alteza no puede permanecer aquí por más tiempo; en nombre de Dios, regrese Vuestra Alteza en una barca al palacio episcopal...

Pero los Príncipes quisieron permanecer, y el agua avanzó cada vez más alborotada.

—Métase en la iglesia Vuestra Alteza; ahora es el único lugar seguro—murmuró el burgomaestre.—En nombre de Dios lo ruego, señor.

La plaza estaba ya desierta, las antorchas guiaron á los Príncipes hacia las escalinatas de la catedral, el Zanthos avanzó con rumor de trueno que repercutiera suavemente por los campos. En la iglesia resonó el órgano, cantaron, rezaron... toda la noche; y toda la noche dominó en el exterior un negro caos que se difundía sin rumores.

En cuanto se asomó el alba, esparciendo al través de la atmósfera sus colores verdes, rojos y grises, de ópalo y de madreperla, Othomar salió con Herman y sus ayudantes al peristilo de la iglesia.

Toda la plaza estaba inundada, las casas se alzaban sobre el agua; la estatua de Othoman III extendía su brazo de bronce y su espada por encima de un mar que se encrespaba con la brisa de la mañana.

Desde la plaza Teresa hasta la plaza de la Catedral, todo estaba inundado.



## VI

*A Su Majestad Imperial Isabel, Emperatriz de Liparia.*

Altara, palacio episcopal, Marzo...

«Mi adorada madre: Te quejas en tu carta de que no te haya escrito ayer, perdóname; mi pensamiento contigo estaba; pero me sentía tan fatigado, después de una jornada tan penosa, que por la noche me faltaron las fuerzas para escribir. Ahora puedo referirte lo que ha ocurrido. Me pintas la terrible impresión que se experimentó en Lipara, cuando se supo la rotura del dique Teresa, y me dices que todos velaron en el palacio imperial. Tampoco nosotros dormimos aquella noche; la pasamos en la iglesia de Santa Teresa. Hace cincuenta años que no se recuerda una inundación tan terrible; desde aquel desbordamiento que ocurrió cuando mi padre era niño, y del cual se acuerda, la plaza no volvió á verse inundada, y aun en aquella ocasión las aguas no llegaron más, según cuentan, que hasta las grandes fundiciones.

»¿Cómo expresarte lo que experimenté durante esa noche, transcurrida entre el temor y la esperanza, confiando en que Dios y su Santa Madre apartarán de nosotros la catástrofe, y temiéndola al mismo tiempo? Nos encontrábamos sobre el pedestal de la estatua, y no podíamos hacer nada. ¡Nada se podía hacer en torno mío, nada podía hacer yo! A veces me preguntaba para qué estaba allí, si no podía hacer nada por mi pueblo.

»Nunca como entonces experimenté, madre adorada, ese sentimiento de impotencia, ese sentimiento de no poder evitar lo que había de suceder; jamás he sufrido semejante angustia, desesperación tan grande; pero jamás he sentido tan profundamente la gran verdad: que todas las cosas de la vida tienen un doble aspecto, que la mayor desgracia tiene su lado luminoso,



como lo tienen las sombras más densas; porque jamás, jamás, he experimentado tan vivamente, con tanta fuerza, á causa de mi misma desesperación, el amor hacia nuestro pueblo; sentí palpar dentro de mí algo que no hubiese creído que pudiera vivir tan arraigado en nuestro corazón; y ese amor me inspiraba una tristeza incomprensible, que daba nacimiento á esta idea: entre los millones de almas que constituyen nuestro pueblo, ¿quién sabrá, jamás, ó, si lo sabe, quién podrá creer que le amo tanto como si fuese de mi propia sangre?

»Ya no quiero engañarme y sé perfectamente que tal pensamiento no se me hubiera ocurrido nunca en Lipara, sino que lo he experimentado aquí, en esta antigua ciudad que me rodea con sus simpatías. Aquí he comprendido que yo mismo, igual que los Altarenses, soy más eslavo que romano como los habitantes de Lipara y de Thracyna; aquí me he dado cuenta de mi sangre, como jamás lo había hecho.

»Supongo que se habrá hablado y escrito mucho en los periódicos acerca de la torpeza del Marqués de Dazzara, con su enojosa guardia de honor en la estación, en el momento de nuestra marcha; de todos modos, hice un triste viaje pensando que á ninguno de cuantos acudieron á verme marchar le inspiraba simpatía; sé muy bien que desapruebas esta sensibilidad, pero no puedo evitarlo, madre mía; estoy hambriento de simpatías en general y de las demostraciones de nuestro pueblo particularmente. Por esto es por lo que amo á estas gentes, aunque tal vez sea una puerilidad inclinarme hacia aquellos que me demuestran su afeción. En todas partes encuentro entusiasmo; ¿qué menos puedo hacer que repartir socorros? Veo esa afeción en las clases populares, en los campesinos y obreros, á los que jamás he visto, á los que no conozco, á los que apenas he podido dirigir tres ó cuatro palabras de consuelo—nunca nuevas, siempre las mismas;—la hallo en los soldados que, aun cuando siempre me han visto de uniforme, tienen, no obstante, la intuición de que en el fondo no soy militar; en los estudiantes, en el clero, en la adminis-



tración municipal, en las autoridades superiores. Ayer dimos una vuelta por los lugares en donde estaba refugiada la población: había gente en las barracas, en las tiendas, en las fábricas, hasta en algunas salas de los ministerios, y en el Palacio de Justicia, en los teatros y en las prisiones: ¡infelices! Lo mismo sucedía en San Ladislao. Desde el torreón dirigimos nuestras miradas por todo el país circundante: por todos lados se divisaba el agua, era un mar: mi corazón desfallecía.

»Hemos ido también á la Universidad; conocía á la mayor parte de los profesores, que lo fueron míos cuando cursé mis estudios, dos años hace.

»Fuera de la ciudad, el espectáculo es horrible.

»¡Madre del alma! no hay más que cadáveres, millares de cadáveres, amontonados como en un depósito unos sobre otros en un prado; los dejan allí para identificarlos antes de darles sepultura. He visto escenas desgarradoras; mi corazón está traspasado; gentes que buscaban á sus deudos y que sollozaban desconsoladamente después de haberlos encontrado.

»Un aire sofocante saturaba la atmósfera. No me sentía bien, debía estar sumamente pálido, tuve necesidad de toda mi energía para no caer desvanecido; pero Herman me cogió de un brazo y me sostuvo, disimuladamente, mientras que algunos médicos que se hallaban presentes me hacían aspirar un antiespasmódico. ¡Madre mía! era un terrible espectáculo el de todos aquellos cadáveres lívidos, mutilados, hinchados, extendidos sobre la verde hierba, bajo un cielo que había recobrado su azul obscuro.

»Conforme á tus instrucciones y á las de mi padre, he manifestado en el Consejo municipal que cada uno de vosotros os inscribáis por un millón de florines, á los que yo añadía otro. El mundo entero demuestra sus simpatías; de todas partes afluye el dinero, pero el desastre es como una bestia voraz que jamás se sacia. Por lo que me dices, veo que el donativo de nuestros amigos de Siria es verdaderamente digno de los soberanos de Oriente.



»¿Qué más te diré? En verdad que no lo sé; en mi cerebro gira una legión de horribles visiones, y me cuesta trabajo hacerme dueño de mi pensamiento. Pero te prometo, querida madre, hacer cuanto pueda, poner á contribución lo mejor de mis fuerzas, y todo lo que te pido es una sola palabra: dime que no estás completamente descontenta de vuestro hijo.

»Según el deseo de mi padre, permaneceré aquí todavía una semana; me parece que esta cariñosa población se alegra al verme. Me han dicho, y lo he sabido con verdadera satisfacción, que vendrás con Thera cuando yo me marche. Con vuestras benditas manos podrás remediar muchas cosas que se nos han escapado. ¡Nos aman tanto en este lugar! ¿Por qué no hemos permanecido en San Ladislao? Sombrío es el castillo; pero ¡qué iluminado está por las simpatías generales!

»No me hagas ser poeta en estos días de desgracia, en los que debemos ser muy prácticos. La compañía de Herman me sirve de mucho, y hago más con él al lado. El General Ducardi se porta como siempre, valiente é incansable. Los demás se muestran solícitos, sumamente prácticos, y si se me permite contradecir respetuosamente á mi padre, creo que también el Municipio hace cuanto puede. Un ingeniero inglés decía que con algunas medidas de previsión más eficaces y con alguna mayor vigilancia, el dique Teresa hubiera podido resistir; en fin, yo no sé...

»Herman me acompaña en el viaje por la provincia. Vamos á Lycilia y á Vaza, nos internaremos cuando podamos. Como es natural, el daño es mayor en aquellos lugares...

»Recibo en estos momentos los telegramas: destituido el Marqués de Dazzara; el Duque de Mena-Doni — no me agrada este hombre, — Gobernador de la presidencia. ¡Lipara en estado de sitio! ¿Conseguirá mi padre mantener la Cámara de los Nobles con la disolución de la Cámara de los Estados?

»Querida madre, Su Eminencia me envía recado en este momento, preguntándome si puedo concederle audiencia. No quiero hacerle esperar, y termino esta carta escrita de prisa.



Estrechándote entre mis brazos lleno de ternura y de respeto,  
soy con toda el alma tu hijo cariñoso,

OTHOMAR. »

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
AYUNTAMIENTO DE MADRID

## VII

La provincia de Vaza, al Norte de las altas montañas de Altara, que forman la cadena de los Gigantes, estaba en parte devastada por el Zanthos. Vaza, la capital de la provincia, estaba inundada. El país, situado en las vertientes de las montañas, había sido respetado. En él crecían los viñedos y bosques de castaños, olivos y nogales. La blanca línea de nieve de las brillantes cimas de las montañas ondulaba en un ambiente azulado, delineando los picos que con sus agudas puntas parecían devorar el azul profundo: aquel conjunto hubiera podido tomarse por una enorme boca de blancos dientes, que resplandecían, abierta hacia el bruñido acero del cielo.

Allí, á doce millas de la ciudad, encaramado sobre las rocas, el antiguo castillo de Vaza, el castillo de los Duques de Yemena, Condes de Vaza, rodeado de bosques y de parques, mitad fortaleza, mitad palacio, sólido, sencillo, medioeval, tosco de líneas, con sus cuatro torres y sus techos de pizarra, domina el horizonte en todas direcciones, y parece devorarlo al mismo tiempo. Yérguese allí en medio de aldeas pequeñas; se divisan en lontananza las torres, los campanarios y los tejados de Vaza; más lejos aún, en el círculo del panorama, el Zanthos, que serpenteando se lanza al mar, y Lycilia, blanca, iluminada por el sol, con sus cuadrados regulares de casas, que se reflejan en el resplandeciente azul del agua; después un segundo mar: las cimas de las montañas blanqueadas por la nieve, y formando una línea pálida que se pierde á lo lejos. Y brillando también al sol, como metales pulimentados, extraños lagos próximos al Zanthos; el agua del desbordado río: la inundación.



El castillo, cuyos cuatro muros forman un patio, se compone además de otras dos alas añadidas, de estilo más moderno, perteneciente á lo más elegante del Renacimiento, que dan á los parques, donde se extienden los viveros, como macizos de plata rodeados por la esmeralda de los prados. Pacen por allí graciosas cabras, que saltan ágilmente en todas direcciones; de vez en cuando algunas, con muestras de terror, huyen de repente, como si las amenazara un peligro invisible; otras más tranquilas, continúan paciando en silencio, filosóficamente.

Los Duques de Yemena, Condes de Vaza, pertenecen á una de las más antiguas familias del Imperio, y las raíces de su árbol genealógico se pierden en los tiempos más remotos, antes del primer Emperador de Liparia.

El Duque de entonces, gran Mariscal de la corte y Condestable de Liparia, tenía tres hijos de su primer matrimonio: el heredero de su título, el joven Marqués de Xardi, ayudante del Emperador, y dos hijas, más jóvenes, en un convento.

La Duquesa estaba sola en el castillo. Se hallaba sentada en su vasto tocador, desde el que se divisaba el parque, los viveros y los ciervos. Soplabá una ligera brisa: vaporosas nubes, parecidas á copos de algodón, cruzaban por el azul intenso del cielo. Sus sombras proyectaban en el parque una obscuridad pasajera, dándole sombríos tonos que se reflejaban en los mismos ciervos, que volvían á aparecer brillantes con su piel obscura cuando de nuevo se mostraba el sol. Todó era calma dentro y fuera; el castillo parecía abandonado, los criados cruzaban de puntillas los corredores y los salones, y hablaban en voz baja, en espera de una visita importante.

Era después del *lunch*. La Duquesa estaba medio acostada en un diván, entretenidísima con las cabras. Todavía no estaba arreglada y llevaba una amplia bata, con grandes pliegues, de color de rosa. Cuando estaba sola, gustaba mucho de la luz, sentía necesidad de aire; por las altas ventanas entraba á torrentes la luz primaveral. Pero la luz no favorecía á su be-



lleza, porque si sus cabellos continuaban siendo negros como las alas de un cuervo, su cutis estaba ajado como blancas rosas marchitas; los ojos, que aún eran hermosos, grandes, languidecían de cansancio; algunas arrugas se dibujaban en la comisura de los labios.

La Duquesa se levantó pausadamente; desapareció tras la puerta que comunicaba el tocador con la alcoba, permaneció un momento ausente, y volvió después; entre sus brazos traía trabajosamente un cofrecillo, muy pesado en apariencia, y lo colocó en una mesita, al lado del diván. El cofrecillo era de plata antigua repujada, con cerraduras doradas y turquesas, una primorosa labor del Renacimiento. Buscó una llavecita de oro colgada de una pulsera, y abrió el cofre. Brillaron las joyas, perlas, brillantes, zafiros, esmeraldas, sobre cuyas facetas se reflejó el cielo primaveral con todas sus luces azuladas, blancas, alegres. Pero la Duquesa oprimió un invisible resorte y apareció un escondite misterioso, del que sacó dos paquetes de cartas y algunos retratos.

Los retratos reproducían todos la misma figura: un hombre no muy joven, un rostro extraño, mitad pensativo, mitad sensual, misterioso y atractivo. Estaba representado con el vistoso uniforme de oficial de la guardia, en traje de máscara, con la indumentaria de jugador de *tennis* y en traje de paseo.

Los ojos de la Duquesa fijáronse detenidamente en todos los retratos, comparando los rostros, con una triste sonrisa en los labios y una mirada de desaliento. Desató las cintas que ataban las cartas, las puso con cuidado en las rodillas, las leyó, las releyó, después volvió á guardarlas...

Sabía de memoria aquellas frases que la hablaban de una pasión extraordinaria, la única, la más verdadera, la más sencilla, y quizá por esto la más extraña que jamás hubiera experimentado, que la rodeó como un mágico círculo de fuego. Sus ojos volvieron á mirar las cabras—el sol se esparcía por el parque como un río de oro;—entre ella y la campiña silencio-



sa se deslizaban transparentes, luminosas fantasmagorías, recuerdos de sus tiempos pasados, escenas de amor, destellos de luz que brillaban ante su mirada, describiendo extrañas figuras con cambiantes lúcidos.

En pocos instantes evocó todo su pasado; cerró los ojos, se pasó la mano por la frente, y pensó lo triste que es que del pasado no quede en nuestra alma sino un recuerdo cuyas cenizas tratamos en vano de encerrar en una preciada urna. ¡Qué doloroso es que la vida no nos deje siquiera permanecer en la tristeza! No quedan más que cenizas en nuestra alma, cartas, retratos.

Cerró el escondite y contempló las joyas. Y se vió claramente en su alma, se vió tal cual era, porque sabe que siempre ha sido leal. Siempre—leal hacia él, como hacia sí misma. Leal, cuando su amor se desvaneció como un arco iris en la inmensidad del cielo, no quiso volver á ser nada, renunció á todo y se retiró de la corte yendo á refugiarse en aquel castillo, y haciendo correr la voz de que estaba enferma, enferma de un mal extraño que al principio la hacía sollozar y retorcerse las manos, y que después se tranquilizó algo en su desesperación... Las cabras continuaban paciendo, no habían cambiado. Pero ella...

Sí, ella fue leal siempre. En su desesperación y en lo que siguió después; en la debilidad de su desesperación. Entonces fue cuando se encontró más invadida de tristeza, porque el dolor no podía calmarse; triste, porque vivía aún y experimentaba su vitalidad; triste, porque comenzaba á aburrirse. De todos estos sentimientos, como de los bulbos morbosos de extrañas orquídeas, fermentó en su alma extraña una desesperación infinita. Se detestaba á sí propia, se despreciaba, se maldecía. Pero el hecho era cierto; se aburría.

Vivía sola en el castillo. Su marido y su hijastro estaban en Lipara; sus hijastras, á las que quería mucho, completaban su educación en un convento, del cual era abadesa una Princesa imperial, hermana del Emperador.



Estaba sola, no veía á nadie, y se aburría. Hubiera querido sepultar en una tumba aquella vida cuyo despertar experimentaba, aquella vida á la que juzgara muerta y no estaba más que adormecida; sus recuerdos erguíanse ante ella como estatuas. Se reconocía tal como siempre había sido: orgullosa y apasionada, mujer de mundo aficionada al esplendor de la corte imperial, á aquel esplendor en el que había vivido desde su nacimiento como en su natural ambiente. Y los momentos no consagrados á su desesperación, los daba á la corte imperial, en donde se volvía á ver en el esplendor de su belleza, rodeada aún, cortejada como siempre.

Entonces hizo correr la voz por medio de su hijastro, el Marqués de Xardi, de que se encontraba restablecida. Un mes después, en el corazón del invierno, tras una gran fiesta palatina, y antes de una reunión más íntima en los salones particulares de la Emperatriz, pidió una audiencia á la soberana.

Y era verdaderamente doloroso ver á su pobre alma ansiosa de amor, que se aferraba al mundo, á la humanidad, queriendo á toda costa volver á comenzar su vida; y como en la locura de un triunfal cortejo de sí misma, trituraba sus recuerdos bajo las ruedas de un carro victorioso, ocultaba su abatimiento en el fastuoso estruendo, y atribuía á la humana debilidad sus propios sentimientos, el envilecimiento de sus propios pensamientos, la pequeñez de su alma, tan llena aún de él; sin embargo...

La Duquesa cerró el cofrecillo que contenía aquel doble tesoro. Olvidó cuanto la rodeaba, todo lo que había de suceder; miraba, soñaba, vivía nuevamente del pasado, con la satisfacción que se encuentra al volver á ver ese pasado, cuando la juventud ha desaparecido.

Llamaron á la puerta, y apareció un criado, que dijo:

—Señora Duquesa, el cocinero suplica insistentemente hablar con vucencia.

—¿El cocinero?

Su rostro hermoso y pensativo sonrió á medias, como un



perfil de Cleopatra, algo egipcio, fino y rígido; se irguió un poco en el diván, apoyándose en un brazo, y dijo:

—Que éntre.

Aquel hecho la hizo volver á la realidad, al presente; sonrió y se encogió de hombros; era la vida.

Salió el criado, y entró el cocinero con delantal y gorro blancos; estaba agitado, y al ver que su ama frunció el ceño al reparar en el mandil, comenzó á turbarse.

—Perdóneme, vucencia.

Venía á quejarse del cazador, que no se había procurado suficiente número de pájaros. No podía hacer las empanadas; declinaba su responsabilidad.

La Duquesa le miraba con sus ojos enigmáticos; experimentaba grandes deseos de reir ante aquel rostro cómico; aquella actitud desesperada, aquellos brazos remangados; tenía grandes deseos de reir y de llorar, poderosos, irresistibles.

—¿Qué vamos á hacer, señora Duquesa, qué vamos á hacer? La ciudad está lejos, no se puede ir antes de la hora de la comida, y además, ya no hay nada en la ciudad. La culpa es también del mayordomo: hubiera debido advertir á vucencia...

—¿No hay alondras?—preguntó.

—Sí, señora Duquesa; pero hay que mandarlas mañana á Lipara á su excelencia el señor Duque.

La duquesa se encogió de hombros, sonriendo.

—No se mandan: Su Alteza Imperial el Duque de Xara tiene más derecho que Su Excelencia, ¿no es así? Haga empanadas de alondras.

La misma idea se le había ocurrido al cocinero, pero no se atrevió á proponerla.

—Perfectamente, señora Duquesa.

Ella volvió á reirse y le indicó que podía retirarse. La Duquesa se levantó, se miró de pies á cabeza en un espejo, extendió los brazos con ademán de cansancio, llamó á su donce-



lla y se dirigió al cuarto de vestir. ¿Quería reír ó llorar? Lo ignoraba, pero lo que sabía perfectamente era que tenía que vestirse. Suceda lo que suceda, ocurra lo que ocurra en torno nuestro, amores, empanadas de alondras, es preciso vestirse, comer, dormir, y después volver á empezar; vestirse... comer... y dormir...

### VIII

Tres carruajes á la Daumont llevaban á Othomar, Herman y acompañamiento al castillo de Vaza á lo largo de la carretera, que iba dando vueltas. Eran las cinco de la tarde; no hacía ya calor; se respiraba una brisa fresquísima. El paisaje era imponente; á cada accidente del camino, las montañas cambiaban el panorama, modificándolo con las sinuosidades de sus nevadas líneas.

Los campos, en plena florecencia, ofrecían un aspecto maravilloso; entre Vaza y el castillo, el país se había visto libre de la inundación. Era todo tan hermoso, había en todos aquellos lugares tal vida primaveral, y aquel atardecer estaba tan exento de tristeza, que no era posible que los espíritus se dirigieran tenazmente hacia el terrible cuadro de las inundaciones ó hacia Lipara, en estado de sitio.

Los castaños agitaban sus verdes ramas, como si fueran a banicos, y el aire tenía reflejos de oropéndola, impregnado del polvillo crepuscular. Entre los Príncipes Ducardi y Von-Fest, que ocupaban el primer carruaje, habíase entablado una animada conversación, reían y se divertían viendo á los campesinos que saludaban á los visitantes del castillo, quitándose la gorra é inclinando la cabeza, pero sin saber quiénes eran aquellos personajes. El Príncipe Herman saludó á una campesina joven y agraciada, que se quedó mirándole con la boca abierta, y se acordó de la magnífica cacería á la que asistió el año anterior con el Emperador y Othomar, en casa del



Duque. Entonces no vieron á la Duquesa, que estaba enferma... El General Ducardi refería anécdotas de la guerra de hacía quince años.

Y todos se esforzaron en tomar una actitud de circunstancias, cuando, después de atravesar la blasonada puerta, abierta sobre el puente levadizo, entraron en el castillo, recibidos por el Intendente general en el patio interior, como lo exige la etiqueta. La Duquesa no debía presentarse hasta que el Intendente general, rodeado del personal del Duque, no hubiera dado la bienvenida al Príncipe en nombre del ausente amo y no le hubiese presentado un telegrama en Lipara que el maestro de ceremonias llevaba en una bandeja de plata. El telegrama era del Duque de Yemena, y en él decía que su servicio y el de su hijo cerca de Su Majestad el Emperador, augusto padre del Duque de Xara, les impedían recibir en su castillo al amadísimo Príncipe heredero; pero rogaban á Su Alteza Imperial que considerase aquella casa como si fuese suya. El Príncipe leyó el telegrama y se lo entregó á su Oficial de órdenes. Después, guiado por el Intendente, penetró en el vestíbulo.

A pesar de ser de día, el vestíbulo estaba brillantemente iluminado. La Duquesa salió al encuentro del Príncipe y le saludó con una profunda reverencia. ¡Él la había visto ya inclinarse así en otra ocasión! Pero quizá estaba más hermosa con aquel severo traje de terciopelo negro, guarnecido de encajes de Venecia; su seno soberbio, blanco como el mármol de Carrara, brotaba de su traje, extraordinariamente escotado, y sus brazos de estatua estaban desnudos; llevaba una larga cola, y una pequeña corona ducal de brillantes y esmeraldas lucía entre las negras ondas de sus cabellos con reflejos azulados como las plumas del cuervo.

Dió al Príncipe la bienvenida, y Othomar la ofreció el brazo; el Príncipe Herman y los demás acompañantes les siguieron por la monumental escalera, entre las filas de los criados, que permanecían inmóviles, con las pupilas fijas,



como si no vieran nada. Después de recorrer una porción de salones y de ricas galerías, espléndidamente iluminadas, llegaron á la gran sala de recepciones, resplandeciente de luz, que una gigantesca araña derramaba sobre los mosaicos del techo, sobre las cornucopias de Luis XV, y sobre los cuadros de los maestros del Renacimiento que pendían de las paredes.

Inmediatamente, tras una breve presentación, los ayudantes y los Oficiales, con sus brillantes uniformes—porque el camino fue un paseo más bien que un viaje, y habían podido vestir los uniformes de gala,—llegaron á besar la mano de la Duquesa; ésta los conocía á todos, excepto á los Oficiales gothlandeses, y á casi todos íntimamente; supo decir á cada uno una frase amable, mientras que el timbre de oro de su voz vibraba entre sus labios sonrientes, y sus grandes ojos egipcios miraban extrañamente pensativos. Permaneció así un momento, como graciosa castellana, entre los dos Príncipes, única mujer entre los Oficiales que la rodeaban, bajo los fuegos artificiales de las galanterías y de las ingeniosas frases que se dicen en todas partes. Apareció el maestro de ceremonias, las puertas se abrieron de par en par y se vió la mesa resplandeciente; el servidor se inclinó ante su ama indicándola de esta manera que estaba servida. La Duquesa tomó el brazo del Príncipe, los demás les siguieron.

En la mesa reinó gran animación. Estaban en la intimidad; eran personas que tenían la costumbre de verse todos los días; la Duquesa ostentó un tono familiar, desenvuelto, en su conversación con el Príncipe; pero se estrellaba á veces con la reserva y la rigidez de palabras que se usa en la corte. Los Oficiales gothlandeses no se preocupaban de nada; von Fest, aquel diablo de hombre, se encontraba á sus anchas y sonreía. La Duquesa, ordinariamente soberbia é indiferente, se olvidaba de sus correctas actitudes y llegaba hasta apoyar los codos en la mesa. El Príncipe heredero se encontraba nuevamente con aquel humor áspero que esparcía el frío en rededor,



y la naturalidad que demostraba en Altara había cedido otra vez el puesto á aquella expresión de altanería y rigidez; la sonrisa que dirigía á la Duquesa era forzada, y la hermosa castellana se decía, en lo más íntimo de su corazón, que su egregio huésped era un jovenzuelo insoportable.

Tal vez Othomar se mostraba así á causa de las frases que se dirigían á la Duquesa, que era el alma de la conversación. Apenas se hablaba de las inundaciones, así como tampoco del estado de sitio de la capital; apenas se decía acerca de esto alguna que otra palabra. Todo aquello parecía darse al olvido en aquella mesa tan agradable, tan exquisita, ante las perlas de aquel dulce vino dorado de Lycilia, procedente de las viñas particulares del Duque. Era un vino afamado, por el que felicitaban á la Duquesa; el mismo Príncipe heredero la dirigió algunas de esas frases cortesananas que á él le parecían horriblemente vulgares y que, sin embargo, debían ser muy ingeniosas, porque todos rieron y las aprobaron; miráronle con un signo de inteligencia, y la Duquesa misma no lo tuvo ya por insoportable, sino que le obsequió con una radiante sonrisa. ¿Qué es lo que había dicho? Quedó estupefacto ante sí mismo y ante los que reían. No se le había ocurrido más que una vulgaridad...

Pero se acordó de que siempre sucedía lo mismo, y entonces lo comprendió. Alzó la voz y habló animadamente de la ciudad de Vaza, que debía haber sufrido tanto, y también de Altara. Minuciosamente describió á la Duquesa la rotura del dique Teresa, y ella le miró extrañada; llegó á creer que le estaba haciendo la corte, y de conclusión en conclusión se puso á pensar que el Príncipe había de casarse, que tenía unos ojos hermosos y acariciadores, cuando miraba así con los párpados entornados, y que contaba bien las cosas. Se volvió completamente hacia él, olvidó á los Oficiales, preguntó, y con los codos sobre la mesa y una copa de vino de Lycilia en la mano, escuchó atentamente, pendiente de los labios del Príncipe heredero, conmovida casi. Esta emoción procedía de



la juventud del Príncipe, de su elevada posición, de sus ojos y de su voz. Se complacía en mirarle las manos, largas y finas al mismo tiempo, la antigua fuerza de la raza enervada ya, y observó que de cuando en cuando se miraba su sortija. Se había puesto seria, y hablaba de aquellos difíciles tiempos, de aquellos millares de hombres sin techo, sin nada... Era la segunda vez que pensaba en aquellos desgraciados; la primera, hacía una media hora, cuando el limosnero del Duque la pidió dinero, preguntándola cómo había de emplearlo...

Recordaba también que, durante su conversación con el limosnero, la esperaba una sastra de Worth para ponerla el traje que lucía en la comida, y parecíanle divertidísimos estos incidentes de la vida. Sabía, por experiencia, que tal filosofía es como la espuma del Champaña, y se sonreía. Continuaba escuchando á Othomar, que refería la velada en la iglesia de Santa Teresa. Los Oficiales estaban silenciosos y atentos. Su Alteza Imperial se había convertido en el centro de la conversación; la Duquesa había pasado á segundo lugar, pero no lo notaba; el Príncipe le parecía extraño, pero ameno; ignoraba lo que hacia él experimentaba, pero se sentía subyugada.

## IX

Después de la comida, los invitados se reunieron en un gabinete. La Duquesa pasó á la sala de billar, donde jugó una partida con el Príncipe Herman, Leoni y el joven Thesbia. Cuando la castellana se inclinaba para hacer una jugada, con flexibilidad que no hubiera podido esperarse de sus opulentas formas, aparecía el mármol de su seno entre el negro terciopelo y los encajes de Venecia.

En otra sala, Othomar, el General Ducardi y los Ayudantes gothlandeses, estudiaban atentamente, á la luz de una lámpara, un mapa militar para decidir el camino que habían



de seguir al día siguiente á través de los pueblos inundados. El mayordomo, con un criado, circulaba presentando el café y los licores.

Terminada la partida de billar, la Duquesa, sin dejar de reir, entró con sus compañeros de juego en la sala donde se encontraban el Príncipe y sus Oficiales, los cuales, al verla, dejaron de estudiar el mapa; pero ella dijo con gracia:

—¡Oh! No se incomode por mí Vuestra Alteza...

Se apoyó en el brazo de Dutri y salió á dar una vuelta por el terrado. Las puertas estaban abiertas, pues hacía un tiempo delicioso, aunque un tanto fresco. El mayordomo echó sobre los desnudos hombros de la Duquesa una manteleta de pieles. Del brazo de Dutri comenzó á pasear por el terrado, pasando y repasando ante las abiertas puertas, dirigiendo de cuando en cuando una mirada al grupo que en torno de la luz seguía estudiando el mapa. La Duquesa preguntó á Dutri:

—¿Qué te parece este viaje?

—Absolutamente insípido. La única persona que he encontrado divertida es el Secretario del primado. Los gothlandeses son aburridísimos. ¡Estoy harto de viaje! Considero esta expedición como una campaña, y me las arreglo en consecuencia; si la hubiese tomado como un servicio en tiempo de paz, ten la seguridad de que no hubiera venido. El recibimiento que nos hacen en todas partes es magnífico. El Príncipe heredero se va haciendo popular...

—Es un joven simpático...—dijo la Duquesa con negligencia. —Hacía mucho tiempo que no le había visto; recuerdo que las dos veces que le ví en Altara, cuando era estudiante, era un muchacho desgarbado. Me acuerdo también de que se ruborizaba cuando le saludaban. Después, la última vez que le ví fue en casa de Myxila...

Dutri tenía mucha confianza con la Duquesa, á la que tuteaba, con la que siempre coqueteaba un poco, por costumbre, por broma, sin ulteriores intenciones; se conocían perfectamente hacía mucho tiempo y se trataban con gran intimidad;



ella le consideraba como un buen amigo al que podía utilizar para servicios de poca importancia, pero no como á hombre que pudiera hacerla experimentar «emoción» alguna.

—¡Ten cuidado!...—dijo Dutri en tono de broma.

—¿De qué?—preguntó ella con intención.

—¡Como si yo no viese!...

La Duquesa soltó la carcajada.

—Ve cuanto gustes—replicó con indiferencia y con el tono algo vulgar, que estaba entonces de moda.—No, querido Dutri, no tienes necesidad de vigilarme, ¿comprendes? Tengo dos hijas á las que antes de un año he de presentar al mundo. Dentro de dos años puedo ser abuela. ¡Pasó mi tiempo, querido! Unicamente las locas pueden tener ciertas ideas. Sin contar lo pronto que una se hace vieja...

Dutri, á pesar de todos sus esfuerzos, no pudo menos de soltar la carcajada.

—¿Por qué te ríes?—preguntó la Duquesa.

—Conmigo no tienes necesidad de representar ningún papel, Aleja—replicó Dutri.—Sé perfectamente que tú... eres una de esas locas, como tú dices...

Y de nuevo se echó á reir; la Duquesa se rió también exclamando:

—¡Yo!

—Sí, y es tan necesario á tu vida como el comer y el beber. Te hubieras muerto haría ya mucho tiempo, si hubieses carecido de «emociones». Y en cuanto á envejecer, no hablemos de ello. ¿Verdad que es una cosa muy molesta?

—Exacto. Yo hago cuanto puedo para permanecer joven, como se cumple un deber hacia nosotros mismos. Pero no hago nada para luchar en contra de la vejez. Y ya verás lo bien que llevaré mi ancianidad.

—Como lo llevas todo.

—Gracias. Mira, en cuanto mis cabellos comiencen á ponerse grises, me daré algo para que se pongan blancos del todo, ¿comprendes?



—¡Buena idea!

—Dutri...

Este la miró y comprendió que la Duquesa quería decirle algo.

Pasearon un momento silenciosos por la obscuridad: mientras iban y venían cruzaron dos veces ante la luz que al través de las puertas formaba dos haces sobre el terrado. El parque estaba lleno de sombras, los grandes tiestos del terrado aparecían como vagas manchas claras; el cielo estaba tachonado de astros.

—¿Qué es lo que me quieres preguntar?—interrogó el Ayudante de campo.

La Duquesa esperó á que hubiesen traspuesto el lugar iluminado y penetrado en las tinieblas.

—¿Has vuelto á oír hablar de él?

—Ultimamente. Thesbia ha recibido carta de él desde París. Nada de nuevo. Se aburre, á lo que creo, y se gasta el dinero. No encuentro nada más estúpido. ¡Gastarse el dinero en París! A mí, París me parece una tienda infecta. Por lo demás, no puede ser otra cosa. Una República es una cosa absurda. Tiene algo de primitivo y de salvaje. Antes de la Monarquía existieron las repúblicas: el Paraíso con Adán y Eva fue una república de animales feroces y de bestias. Adán era el presidente.

—No te hagas el tonto. ¿Qué es lo que escribe?

—Nada de particular. Fue una gran estupidez presentar la dimisión de Capitán de la guardia. ¿Por qué lo hizo? Dime algo de lo que sucedió entre vosotros.

—No lo sé; tras de mucho hablar comenzamos á comprender que ya no éramos felices. Pero en verdad que ahora no sé decir por qué.

—Vamos, psicologías. Los dos fuisteis unos insensatos. Hacer psicología cuando estamos enamorados demuestra una completa imprevisión, porque el estudio recae sobre nosotros mismos y porque vuestro amor quedó hecho pedazos. Hacer



psicología á costa de otro es agradable, como yo la hago á cuenta tuya, Aleja.

—No digas tonterías, Dutri. ¿Sabes algo más de él?

—No, nada, sino que ya no puede frecuentar nuestra sociedad. Y esto le sucede tal vez por tu culpa y por la de tu psicología.

Aleja se apoyó silenciosamente en el brazo de Dutri; temblábale la barbilla, sus ojos egipcios miraban pensativos.

—¡Oh!—exclamó después, mirando á su compañero con los ojos llenos de lágrimas.—Le amaba, le amaba como jamás he amado á nadie. Y... le amo todavía. Si me escribiese una palabra, me olvidaría de quien soy, de mi marido, de mi posición, y marcharía con él, sí, marcharía... ¡Oh, Dutri! ¿Sabes tú lo que significa amar á alguien en nuestra ficticia vida, en la que todo es falso? ¿Y experimentar en el corazón ese sincero sentimiento? ¡Oh! le adoro, le adoro aún; una palabra suya, una palabra... y...

—Afortunadamente es más razonable que tú, Aleja, y no pronunciará jamás esa palabra. Por lo demás, si ya no tiene dinero, ¿cómo ibais á vivir? ¿En un eterno suspiro? ¡Sueños, Aleja, sueños!

Hizo un gesto de desaprobación y se arregló los alamares de su uniforme. Ella le estrechó la mano, seria, y sin volver á bromear, dijo:

—Dutri, si sabes algo de él, prométeme decírmelo. ¡Tengo ansia de saber noticias tuyas!...

Y miró al ayudante con tal expresión, que aquél quedó desconcertado. Sonrió después al verla tan apasionada, y replicó en su tono habitual:

—¡Buen par de locos estais los dos! Está bien, te lo prometo. Ahora entremos en tu casa, porque me parece que han terminado los estudios geográficos, y deseo una taza de té...

Entraron en la casa; la Duquesa se sentó ante la mesa de té, y distribuyendo con gracia las antiguas tazas de porcelana de China, preguntó al Príncipe heredero el camino que había



de seguir al día siguiente en su visita á los pueblos inundados, á los pobres compesinos... mientras se abandonaba por completo en comunión de pensamiento con el Duque de Xara, sumergiéndose en la simpatía que irradiaban los ojos del Príncipe, acariciadores, negros, melancólicos; aquellos ojos á los que ella hubiera besado para ahogar toda tristeza en el esplendor de la soberana juventud del Duque... Dutri la ayudó en la tarea de poner azúcar en las tazas. La Duquesa parecía interesante al Príncipe; éste conocía la bien, no era ya un enigma; sin embargo, continuaba interesándole, y todavía no la conocía á fondo: tales eran sus pensamientos.

*(Continuará.)*



# À ESPAÑA

**EN LA SINIESTRA LUCHA DE ANGLO-SAJONES CONTRA LATINOS**

---

¡Rompe el silencio del solemne olvido,  
Armonioso laud de estas edades!  
No estés al viejo sauce suspendido,  
Mudo en medio de tantas tempestades;  
Recoge de la América el latido  
En la arteria vital de sus ciudades;  
Y al son del canto que en tu plectro vibre,  
La raza evoca de su pueblo libre.

ESPAÑA, ayer, en la región de Atlante,  
Con fe ciega en sus prósperos destinos,  
Al orbe entero con clamor vibrante  
Señaló derroteros peregrinos.  
Del ideal, apasionada amante,  
A la lira imprimió sonos divinos,  
Y al pincel esplendor y amplias escenas  
Como en los siglos clásicos Atenas.

Corrientes de su luz deslumbradora  
La faz surcaron del antiguo mundo,  
Como al cielo los rayos de la aurora  
Cuando anuncia á su Rey, el sol fecundo.  
Roma altiva, de Grecia vencedora,



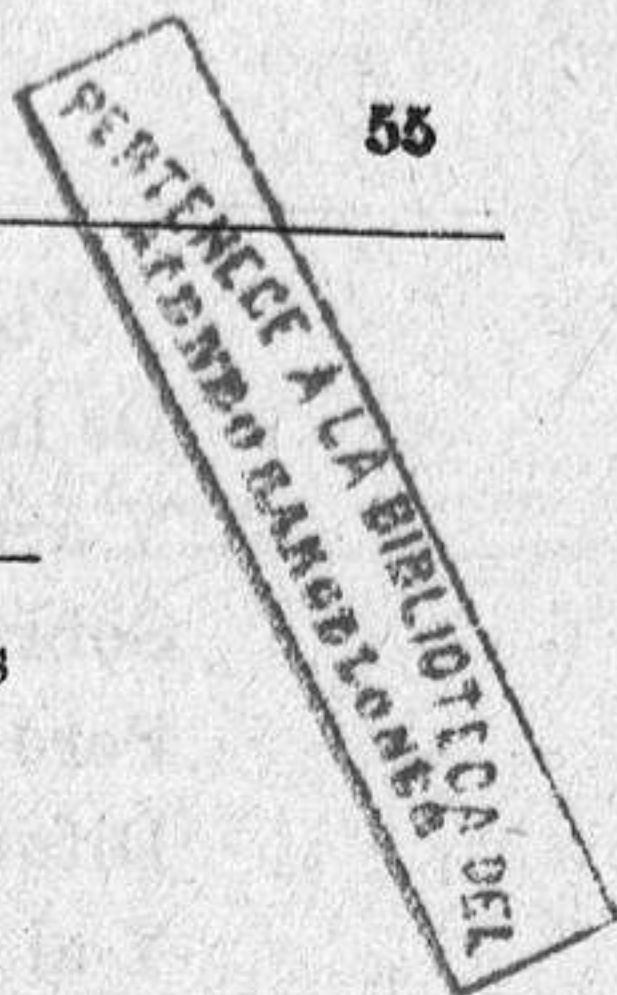
Le otorgó el cetro con dolor profundo,  
Y en los espacios sollozó del Foro:  
—¡«España surge de mi siglo de oro!»—

Como los cisnes del sagrado Eurotas  
Que Pitágoras vió, mudo de espanto,  
Ebúrneas arpas de argentinas notas  
IBERIA oyó con hechicero encanto.  
Del Oriente las sílfides ignotas  
Y las latinas musas, en su canto,  
Aparecieron con distinta forma:  
Que el genio nada crea, sí transforma.

Pero el romance de la patria augusta  
Que el Cantábrico mar ferviente acata,  
La narración de la morisca justa,  
El cantar de festiva serenata,  
No tornarán nuestra existencia adusta;  
Que el donaire en sus giros se desata,  
Y es su corte genial y sin modelo  
Como su sol, sus brisas y su cielo.

¡Oh recuerdo inmortal de las edades,  
Que hundiéronse en la noche del pasado,  
Con su pléyade hermosa de deidades  
En las florestas de su edén sagrado!  
¡Volved con vuestras regias claridades!  
Que la olímpica lid se ha renovado,  
Y ecos de voces á la Fama fieles,  
Anuncian nuevos épicos laureles.

¡Sí! De la gloria la visión divina,  
Siempre brillante se ostentó entre cielo,  
Eterna y soñadora peregrina  
Del ideal en el mundano suelo.  
En vano de tu raza la ruína  
Esperará el sajón con torpe anhelo;  
Que no muere del tiempo en un segundo  
La nación que dió vida á todo el mundo.





Pudo caer la celebrada Atenas  
De horrenda esclavitud en hondo abismo,  
Y arrastrar, sin rubor, viles cadenas  
Sobre tumbas henchidas de heroísmo;  
Pero tú, que con sangre de tus venas  
Difundiste la luz del Cristianismo,  
Y al hombre lo elevaste desde el lodo,  
No morirás, aunque perezca todo.

¿Qué nación, como tú, latió atrevida  
Siglo tras siglo, con tesón que espanta,  
Por recobrar la libertad perdida  
Y de sus padres la morada santa?

¿Quién, aun sangrando dolorosa herida,  
Y al himno, sorda, que su pueblo canta,  
Olvidó el triunfo, se entregó á la Gloria,  
Amplió la tierra y reformó la Historia?

¿Quién de los tiempos, en la noche obscura,  
Al aire dando resonante vela,  
Sorprende de una VIRGEN la hermosura  
Y su infortunio y soledad consuela?

¿Quién de un mundo rompiendo la clausura,  
Humilla al mar, al huracán que vuela,  
Y al descubrir de América la zona,  
Dos Imperios derrumba y se corona?

¿Quién en horas de bélico heroísmo,  
Viendo flotar gloriosos sus pendones  
Y á sus pies arrastrado al islamismo,  
Llevó la cruz triunfante á otras regiones,  
Y domando las furias del abismo,  
Reveló las antípodas naciones;

Que el pueblo que es viril, patriota y fuerte,  
Jamás se postra y lucha hasta la muerte?

¡ESPAÑA y nada más! ¡Fuerza de rayo  
Siempre ostentó su ingénita osadía,  
Sin sentir nunca el lánguido desmayo



Que á la molicie del Oriente guía!  
La invulnerable gloria de Pelayo  
Es fama que retempla su energía,  
Y levanta su espíritu fecundo  
Sobre la innoble pequeñez del mundo.

La dominante Roma, de su altura  
Cayó á los pies de la irrupción salvaje,  
Ajada y ofendida su hermosura  
En la orgía sin luz del vandalaje.  
Inútil fue del ruego la ternura;  
Nada apagó las iras del ultraje;  
¡Ah! ¿Por qué con indómita arrogancia  
No se arrojó á las llamas cual Numancia?

De los pasados siglos el misterio,  
La Historia nos revela en sus anales:  
Sólo negra traición, vil vituperio  
Los esclavos oponen á sus males.  
La caída fatal del gran Imperio  
Obedeció también á hechos fatales:  
Que á Roma le hizo el César y su corte  
Más daño que los bárbaros del Norte.

Pero á tí, predilecta de la gloria,  
Desde la infancia del linaje humano,  
Cuando el mundo yacía en irrisoria  
Ineptitud y se agitaba en vano;  
Nadie te eclipsará nunca en la Historia,  
Mientras surja, cual luz, el Oceano,  
Que tú domaste, con valor sin nombre,  
Y viva y sienta el corazón del hombre.

Podrá, en el giro eterno de las cosas,  
Volver el cielo á contemplar pasmado,  
A innúmeras legiones victoriosas  
Coronando la frente de un malvado,  
Pero no volverá piedras radiosas  
A entregar otra Reina á un desgraciado



Para comprarle allá, en el mar profundo,  
Al mismo Dios la propiedad de un mundo.

¿Quién, como tú, su sangre generosa,  
Otra vez verterá, del bienufana,  
Sin pensar que la suerte es veleidosa  
Y que no es el ayer como el mañana?

¡Ah! ¡Si los frutos de tu prole hermosa  
No hubieran emigrado á tierra indiana,  
Tu poder no sería hoy tan distinto  
Del que legó á Felipe Carlos Quinto!

¡Musa de la verdad, póstrate y llora  
Ante tanto blasón, tanta nobleza!  
No fue nunca del Tíber la señora  
Más digna en su infortunio y su grandeza!  
Nadie á la humanidad, que siempre implora,  
Hizo más bien en ínclita proeza:

¡Si ella muriera! ¡Luto, eternamente,  
Llevaría la América inocente!

¡Pero no morirá! Si suerte impía  
Cortó el impulso de su osada diestra,  
Y el auro cayó que antes lucía  
Cual igneo rayo en la marcial palestra;  
Si el sol, que en sus dominios no moría,  
A su ocaso bajó con luz siniestra,  
¿Qué importa? ¡Fue un eclipse de su historia  
Para brillar con más eterna gloria!

Ya las olas del mar, las que besaron  
De inerme nave la flotante quilla,  
Cuando audaces los piélagos surcaron  
Apuestos paladines de Castilla,  
Hoy vuelven al abrigo que dejaron  
Del Pacífico azul en la ancha orilla,  
No á rugir de la guerra en el exceso,  
Sino en la paz fecunda del progreso.

Pasó la edad de seculares guerras



Con su séquito horrible de torturas:  
Hoy del planeta en las variadas tierras  
Del bien se sienten las corrientes puras.  
Ya, América inmortal, tus arduas sierras,  
Tus valles y tus hondas espesuras,  
No encierran el misterio del arcano:  
Tienen la fuerza del poder humano.

Del gran Pizarro la Real bandera  
Flamió orgullosa del Perú en los lares,  
Cuando llegó triunfante á su riberas  
Después que altiva dominó en los mares.  
Del valor y la gloria mensajera,  
Luz trajo á nuestros índicos palmares,  
Y desde entonces nos colora y baña  
La excelsa sangre de la heróica España.

Lazos de amor que el tiempo ha bendecido  
Nos unen, á pesar del Océano,  
Sin que las sombras del tenaz olvido  
Jamás anublen nuestro afecto hermano:  
Nuestra ventura, sin ventura ha sido;  
Nuestro ideal el sentimiento hispano;  
Santo bautismo de la noble raza  
Que la ignominia de esta edad rechaza.

Montañas, mares, á su altivo empuje  
Barreras son de deleznable arcilla,  
Si el león invicto de sus selvas ruje  
Recordando las selvas de Castilla.  
La tierra opresa por sus garras cruje,  
El monte enhiesto la cerviz humilla,  
Que escollo nunca fue Naturaleza  
Para el que fía en inmortal proeza.

Armada de valor y bizarría  
Recorre, por doquier, pueblos distantes,  
Esparciendo la fe, su noble guía,  
A las halladas tribus ignorantes.



Civiliza comarcas que, algún día,  
Del tiempo, allá, en los círculos gigantes,  
El asilo serán y el gran consuelo  
De los que olvida la piedad del cielo.

¡Ah! sí; cuando la lucha de la vida  
Agote el jugo de la antigua Europa;  
Y la miseria fúnebre, homicida,  
Se extienda en larga, interminable tropa;  
Al Nuevo Mundo, á restañar su herida  
Vendrá sedienta; y la abundante copa  
Encontrará,—que con profusa mano,—  
Dios puso en el edén americano.

Aquí, bajo este hermoso y puro cielo  
Que, cual ardiente pabellón de grana,  
Cubre eternas basílicas de hielo  
Que sólo el cóndor, impetuoso allana,  
Vive la Libertad: sublime anhelo,  
Que en oriente encontró tumba temprana,  
Cuando el hombre ultrajándose á sí mismo,  
Fue el esclavo brutal del despotismo.

De América las selvas solitarias,  
Que el sol fecunda con su rayo ardiente,  
Sólo han visto las huestes legendarias  
De la española, aventurera gente;  
Ellas guardan las últimas plegarias  
De la raza vencida de occidente;  
Y allí se anida, como en urnas de oro,  
Inextinguible, proverbial tesoro.

¡Guerrera España! Tu conquista pudo  
No ser tan cruel en el Imperio indiano;  
Pero, ¿quién con arnés y fuerte escudo  
Oyó los ruegos del dolor humano?  
¿Cuándo la gloria del soldado rudo,  
No fue el incendio y el furor insano?  
¡Asia, responde tú, sal de tus penas,



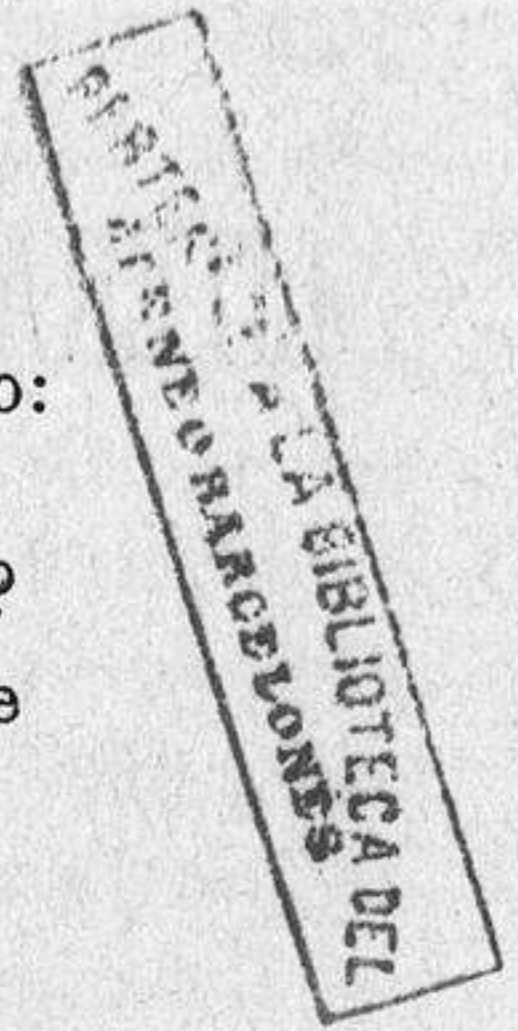
Madre del mundo, esclava entre cadenas!...

Tú, que al fulgor de la primera Luna  
Que embelleció la soledad del cielo,  
Viste al hombre soñar con la Fortuna  
Y deleitarse con tan loco anhelo;  
De las razas, revélame, ¿hay alguna  
Que no haya en sangre enrojecido el suelo:  
Y aunque á decirlo el labio se resista,  
No hiciera un bien con su fatal conquista?

¡Sí, madre patria! Vive y se engrandece  
Cuanto tu cetro soberano toca;  
Porque jamás en la abyección perece,  
Quien lleva el sello de cantabria roca,  
Tus esfuerzos, América agradece,  
Aunque hondo duelo su pasado evoca;  
Y con el alma de rencor desnuda,  
Al través de los siglos, te saluda.

¡Vuelen los cantos de la musa mía,  
Al Atlántico mar que á Europa baña;  
Y del Norte glacial al Mediodía,  
El nombre alaben de la madre España.  
¡Ah! Sepa que los pueblos, que algún día,  
Con ella hicieron la vital campaña,  
Aman su estirpe, y con visiones grandes  
Sueñan al pie de sus soberbios Andes!!...

TEOBALDO ELÍAS CORPANCHO.





# LITERATURA FRANCESA CONTEMPORANEA

---

## ÚLTIMO PERÍODO ROMÁNTICO

### I

LA RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD.—JORGE SAND.—EL ARTE  
POR EL ARTE.—TEÓFILO GAUTIER.

He agrupado algunos rasgos biográficos de Jorge Sand, los que podían dar idea de la formación de su talento y de su papel capital dentro del romanticismo, que en cierto modo simboliza esta admirable escritora. Hemos reconocido en Jorge Sand los siguientes elementos: la procedencia sajona, que explica la tendencia al ensueño; la mezcla de sangre azul y popular, clave de la aparente antinomia de un escritor á la vez tan delicado en sus gustos y tan democrático en sus ideales; el enlace desigual de su padre y la lucha de familia que provocó, y de la cual se originaron las ideas igualitarias, la incesante protesta y el prurito de arreglar la cuestión social por medio de la nivelación amorosa; la convivencia con la naturaleza, que inspiró las novelas *geórgicas* de la tercera manera de Jorge Sand, y que hizo de ella una gran paisajista; las lecturas de Rousseau, que determinaron la crisis religiosa y las explosiones de lirismo; la exaltación mística del convento, que reveló el fondo de religiosidad natural; y por



último, el sentimiento de la maternidad, verdadero eje de la vida afectiva de Jorge Sand.

Lo que acrecienta la significación de Jorge Sand es que precisamente, lejos de ser lo que se entiende por una inteligencia varonil, fue, en opinión de cuantos la estudian de cerca, todo un genio, pero genio eminentemente femenino. La característica atribuída al genio femenino, es sufrir las influencias ajenas; recoger, como una epidermis recoge, las benéficas acciones y también las infecciones del ambiente exterior, las ideas de los demás, y prestarles forma y expresión eficaz y elocuente. Esta característica, que no considero fácil de comprobar en madama de Staël, pensador de tanta iniciativa, está patente en Jorge Sand, que es realmente un eco sonoro, un límpido espejo de aumento donde las imágenes se presentan más refulgentes y grandiosas. No sabré decir hasta qué extremo considero femenino, en el más dulce sentido de la palabra, el modo de ser de Jorge Sand. Los que se la representan como una especie de Safo delirante y rugiente, la entienden tan mal como aquellos pacíficos naturales de Bourges que se la figuraban vestida de pantalones colorados y con un par de pistolas al cinto. Ella misma nos dice: «Yo no soy más que una buena mujer, á quien se han atribuído ferocidades de carácter enteramente fantásticas».

El único impulso que con persistente fuerza señorea la voluntad de Jorge Sand, es el maternal. Todo lo demás se disipa: las crisis de lirismo se circunscriben á los briosos años de la juventud, y á poco que las circunstancias lo permitan, degeneran en sentimientos antes maternales que eróticos: el socialismo humanitario tampoco dura; lo que persiste es el calor de seno, la bondad de madraza, revelada en todo, en la amistad, en las ideas políticas, hasta en la pasión. Si Jorge Sand se apegó á Michel de Bourges, fue porque á los treinta años representaba sesenta, y no tenía más que un débil soplo de vida; si se encerró con Federico Chopin en la Cartuja de Valldemosa, en Mallorca, fue porque le creyó tísico y aspiró á



darle la salud con el aire puro de la montaña. Su vocación de enfermera rayaba en manía: á falta de amigos á quienes velar y asistir, asistía y velaba y daba medicamentos á los aldeanos de Nohant, que la conocían por «la buena castellana» y «la buena señora». De su ternura con sus hijos, no puedo decir sino que rayaba en excesiva. Si acierta Jorge Sand á leer *La casa de muñecas*, de Ibsen, y ve á la heroína, Nora, marcharse pegando el portazo y abandonando á sus niños, capaz es de arañar al emancipador dramaturgo noruego. Desde que aspira á vivir independiente, aspira también Jorge Sand á no apartarse de su prole, y no duerme ni descansa hasta que lo consigue por providencia legal y mediante considerables sacrificios de dinero. Dueña ya de Mauricio y Solange, se consagra, para que nada falte á su educación ni á su bienestar, á una labor asídua y abrumadora, trabajando diez años para reunir el dote de la niña, reduciéndose á no dedicar al sueño sino cuatro horas diarias, y ejerciendo á la vez de padre que gana el sustento y de madre que vigila y cuida con solicitud amorosa. La vejez, lejos de endurecer el corazón de Jorge Sand, lo ensanchó para la doble maternidad de la abuela, y los últimos años de la fantástica *Lelia* no conocieron más ilusión que la de entretener á los nietecillos con cuentos, juegos y representaciones en el teatro de marionetas de Nohant. «El instinto maternal—dice Caro en su bello estudio sobre Jorge Sand—se apoderó de su vida como un amo, y casi como un tirano, haciéndola esclava sumisa de sus hijos y de sus nietos.»

No podíamos prescindir de recordar este modo de ser de Jorge Sand, no sólo porque en toda vida deben preferirse los buenos ejemplos, sino por otra razón mucho más pertinente á la literatura, que es lo que aquí realmente nos importa: porque muestra á Jorge Sand profundamente femenina, guiada é impelida por la ley de su sexo, que encargado de la penosa faena de la maternidad, necesita provisión inagotable de bondad y de cariño para aceptarla y cumplirla.



Si Jorge Sand, por haber sido tan verdaderamente mujer, ofrece en sus obras, según veremos, un compendio ó resumen de la sucesión de las ideas estéticas y sociales de su época, conviene ante todo observar que no por eso pierde la personalidad del genial escritor y del artista natural y espontáneo. Entre las cosas más injustas que se han dicho de Jorge Sand, cuento aquella maligna y conocidísima frase: «En Jorge Sand, el estilo es el hombre.» Precisamente el estilo de Jorge Sand nació con ella, puede decirse, porque desde las primeras páginas que trazó, encontróse dueña de su forma propia sin esfuerzo, sin atravesar el laborioso período de imitación y de culto de los modelos de que apenas ningún escritor se exime. Tan de manantial era en Jorge Sand el estilo, que no había cosa que la asombrase y compadeciese como las fatigas que pasaba su amigo Gustavo Flaubert para retocar una página, sustituir un adjetivo ó acicalar un giro. Escribía Jorge Sand sin levantar mano, sin tachar, sin titubear; como los pájaros hacen nidos, y panales las abejas. «Su estilo — dice Lemaître — es amplio, suelto, generoso, y ninguna frase lo caracteriza mejor que esta antigua calificación: *Lactea ubertas*, copia de leche.» De esta misma índole son siempre las imágenes que sugiere el estilo de Jorge Sand: mientras Lemaître la compara á la *vaca Yo*, nodriza de los dioses, Caro la asimila á la *Fuente azul* de las montañas del Jura, tranquila, atractiva y honda, que refleja el paisaje y el cielo. Así como el estilo de Víctor Hugo inspira comparaciones metálicas, y el de Gautier comparaciones pictóricas, el de Sand recuerda la hermosura peregrina del agua, cuyo rumor y cuyo aspecto no cansan jamás.

No fue, pues, en el estilo, sino en las ideas, donde Jorge Sand recibió y adoptó, y devolvió con nuevo prestigio y revestidas de elocuencia seductora, aunque sin orden ni lógica rigurosa, y con cierto candor más infantil que femenino, las doctrinas de sus amigos.

Hay que dividir la producción de Jorge Sand en tres épo-

E. M.—Septiembre 1901.



cas por lo menos, tal vez en cuatro, y agrupar sus novelas con arreglo á esta división. No cabe que las estudiemos una por una, pues las obras de Jorge Sand forman más de cien volúmenes de lectura compacta. Atribuiremos al primer grupo las novelas de inspiración lírica, subjetiva ó personal, entre las cuales descuellan *Lelia*, *Indiana*, *Valentina*, *Jacobo*, *Mauprat*, *Andrés*. En estas novelas, por el mismo procedimiento de Chateaubriand, Byron, Senancour, Musset y tantos otros poetas y novelistas, Jorge Sand se encarna en sus personajes, y por boca de ellos y con el conflicto de su destino, expresa sus propios desencantos y las turbulentas aspiraciones de su alma. ¿Qué amarguras tenía que desahogar Jorge Sand por boca de sus exaltadas heroínas? Hasta entonces, sus contrariedades, algo aumentadas por la imaginación y por el carácter, eran fruto del matrimonio; por eso *Indiana*, *Valentina* y *Lelia* proclamaban el derecho á la pasión y la ruptura del lazo conyugal.

Cuando la gente repite, un poco rutinariamente, que las novelas de Jorge Sand son inmorales, no se cuida de especificar á cuáles de ellas debe aplicarse esta severa calificación: si no se ha olvidado ya lo que dije acerca de la inmoralidad esencial del romanticismo, ahora es ocasión de aplicarlo: las primeras novelas de Jorge Sand, inmorales son, en efecto, con la inmoralidad del egoísmo individualista: son inmorales, no porque describan amoríos, sino porque oponen al individuo, en nombre de la pasión, á la sociedad entera. Desplómese la sociedad, caigan por tierra las instituciones, sacudidas como las columnas del templo filisteo por un solo individuo, para aplastar á miles de personas; húndase el mundo y sálvese la pasión; tal es la fe y las doctrinas de Jorge Sand. Porque, en efecto, la reclusa de Nohant, al respirar las primeras bocanadas de aire libre, tan transportada se siente, que asocia á las aspiraciones de su corazón, con sacrílega inconsciencia, los altos y venerandos decretos de Dios. Hay un pasaje de la novela *Valentina* que dice: «La Suprema Providencia, presente



donde quiera á despecho del hombre, había puesto en contacto á Benedicto y á Valentina; pero entre los dos se atravesaba la sociedad, haciendo impía, absurda y culpable su recíproca elección. La Providencia hizo el orden admirable de la Naturaleza, pero los hombres lo destruyeron.» Es la misma idea del *Antony*, de Dumas, la misma de Alfredo de Musset, la misma, aunque todavía vacilante, que hemos podido ver despuntar en Chateaubriand; pero sostenida con más vigor y convicción; transformada, de queja dolorosa, en himno triunfal; elevada á rito religioso.

Este propósito de glorificar el sentimiento, de santificar hasta sus extravíos, Jorge Sand lo confiesa paladinamente: «Hay que idealizar el amor—nos dice—y prestarle sin recelo todas las energías á que aspira nuestro sér, todos los dolores que padecemos. No hay que envilecerlo nunca entregándolo al azar de las contingencias; es preciso que muera en tiempo, y no debemos recelar atribuirle una importancia excepcional en la vida, acciones que vayan más allá de lo vulgar, hechizos y torturas que sobrepujen á lo humano, y hasta la cantedad de verosimilitud que la mayoría de las inteligencias admite.» En este pasaje descubrimos la raíz del idealismo de Jorge Sand. Sin dejar de ser una egolatría individualista, no es la del individuo varón, simbolizada en el hosco y melancólico *René*, en el lácio y aburrido *Oberman*, en el fogoso y arrebatado *Antony*. Jorge Sand completa el individuo representándolo por medio de la *pareja*, el hombre y la mujer: y por este concepto, su lirismo supera en intensidad y en sugestión al de todos sus contemporáneos y predecesores, se extiende como un contagio sutil, y provoca una explosión de fanatismo lírico. La idea pseudo-mística que Jorge Sand amalgama con el amor humano, se ve más clara todavía en otro párrafo de sus *Memorias*, que transcribiré, modificando ó suprimiendo lo más escabroso que encierra: «He oído decir—escribe—que no es muy difícil realizar los fines amorosos; que, para conseguirlo, bastan un hombre y una mujer. Yo digo que hay que ser tres:



un hombre, una mujer, y Dios en ellos.» Esta singular variante del *Deus in nobis* de los poetas clásicos, sirve de divisa á las novelas de la primera época de Jorge Sand: es la nota sobreaguda del lirismo y la apoteosis más anárquica del *yo*. No negaré que se hayan exagerado bastante los riesgos que tales doctrinas pueden entrañar. Sin que desconozcamos que son veneno para algunas almas juveniles, quizás predestinadas á adivinar y practicar esas teorías, aun cuando nadie se las hubiese enseñado, siempre parecerá el idealismo místico-erótico de Jorge Sand una enfermedad excepcional. Pero las doctrinas de un escritor pueden ser muy inmorales, aunque no sean dañosas; como que la moralidad es concepto absoluto, algo *per se*.

Haciendo el Conde León Tolstoy un examen crítico de las obras de Guido de Maupassant, observa que los novelistas franceses de este siglo parece que no ven más objeto para la vida que el amor. La observación es exacta; de cien novelas francesas modernas, noventa y cinco dan vueltas al mismo asunto que Jorge Sand declaraba el único poético é interesante. Este virus que desorganiza y corrompe la literatura francesa, no puede dudarse que se lo inoculó Jorge Sand. No vacilemos en estampar un juicio severo cuando la verdad lo exige. La antigüedad fue viril y grande, porque si elevó altares á Venus, se los consagró también á la sabia Minerva, á la casta y vigorosa Diana, al inspirado Apolo y al sacro Jove; y las islas donde exclusivamente se adoraba á la Afrodita, quedaron infamadas. Se objetará que el amor divinizado por Jorge Sand fue un idealismo trascendental; pero bien sabemos cómo por el hilo de esos idealismos se saca el ovillo de la afeminación y la decadencia de una época literaria y hasta de una sociedad.

Cuando llegue el momento de estudiar la actual anarquía, veremos los retoños que dejó el racionalismo individualista de Jorge Sand en la conciencia estética de su siglo.

El tránsito, ó, mejor dicho, la conversión de Jorge Sand á su segunda manera, ella misma nos la refiere en sus *Memorias*,



documento que consulto á cada paso. Fue el camino de Damasco para Jorge Sand su encuentro con el famoso abogado Michel, de Bourges, el *Everardo* de las *Cartas de un viajero*. La escena se desarrolló en las solitarias calles de Bourges, donde todavía se alzan las vetustas mansiones del Renacimiento, á las altas horas de la noche y á la luz de la luna. El fogoso apóstol predicaba, y Jorge Sand oía llena de confusión y de emoción. «Mis amigos—dice la novelista—me habían citado ante el tribunal de Michel para que confesase mi escepticismo, mi orgullo, mi indiferencia hacia mis semejantes, los pobres humanos. Aquella magnífica arenga echaba abajo mis teorías de libertad individual. Aquel ardoroso espíritu había resuelto apoderarse del mío, y he aquí lo que poco después me escribía, en cartas inflamadas de proselitismo: «El daño de tu inteligencia nace de las penas de tu corazón. El amor, tal cual lo has entendido, es una pasión egoísta: no lo reconcentres en una sola criatura; extiéndolo á toda la humanidad que sufre y está humillada: nadie, ninguna lo merece aisladamente, y todas juntas lo reclaman en nombre del eterno Autor de lo creado.»

¿Qué le falta á esta exhortación para ser la misma que un padre de la Iglesia ó un demacrado asceta de la Tebaida dirigiría á una pecadora, á Santa Pelagia ó á la Egipciaca? ¿Qué le falta? Sólo la savia vital del árbol de la cruz. Jorge Sand había sido una Egipciaca de la novela; si la alumbrase la luz de la fe, en lugar de abrazarse al socialismo, y de escribir *Le péché de M. Antoine*, se retiraría al claustro, haciendo penitencia rigurosa. No fue, sin embargo, completa al pronto la conversión socialista de Jorge Sand: las feroces utopias de su maestro y apóstol, que quería arrasar el Louvre, arar y sembrar de sal el recinto de París, proscribir el arte y la belleza, sublevaron á la prosélita que, á poco más, envía al diablo al predicador. Sin embargo, la inquietud religiosa—palabras textuales—y el altruísmo, se habían despertado en Jorge Sand. «Yo iba entonces—escribe—en busca de la verdad divina y la ver-



dad social, reunidas en una sola. Gracias á Michel, comprendí que estas dos verdades son indivisibles y se completan; pero, todavía, espesa neblina me velaba la claridad.» Para disipar la neblina, acercóse Jorge Sand al visionario Lammenais, cuyas *Palabras de un creyente* habían sido calificadas por un obispo de *Apocalipsis del diablo*. Lammenais enseñó á Jorge Sand un método especial de filosofía religiosa, y el ápice de sus doctrinas se resumió en esta sentencia: «La sociedad humana se funda en el don místico, ó sea en el sacrificio del hombre al hombre; el sacrificio es la eterna base social.» Severa lección, que Lammenais completó, afirmando que no hay engaño tan peligroso para el hombre como tener la felicidad por objeto y fin de la vida terrestre. Notable diferencia entre Lammenais y el furioso Michel, que desarrollaba ante Jorge Sand la perspectiva de una degollina general, seguida de una vuelta á la edad de oro, idílica y venturosa.

Michel, Lammenais, Pedro Leroux, fueron las tres voces que repitió, reforzadas y sonoras, el eco profundo del alma de Jorge Sand. Una mujer tan mujer como ella, era presa fácil para los inventores de sistemas, los redentores de la humanidad, los utopistas y los nuevos Mesías. Nadie desconoce que las mujeres están predispuestas á sufrir el influjo de las afirmaciones religiosas, y si en el Evangelio las vemos seguir las huellas del Redentor, en la historia de las herejías las encontramos postradas ante los falsos profetas y los *pseudocristos* de que habla el libro Santo. Pero noto que sin querer me voy inclinando á considerar este problema á la luz de las enseñanzas católicas, y vuelvo á la cuestión puramente literaria, notando que la transformación causada en el genio de Jorge Sand por la efervescencia altruísta y religiosa, transformó también el romanticismo; el ideal romántico en el drama y en la novela, que era el individualismo llevado al desenfreno, el culto idolátrico del *yo*, cede el paso á un ideal colectivista, al culto de la miseria, del sufrimiento y del dolor. La cuestión social, hoy planteada en el terreno científico, se agitó enton-



ces en el poético y literario, y Jorge Sand, con todo el ímpetu de su corazón caritativo, se lanzó á escribir la novela socialista.

Las principales de este período son *Consuelo*, *El pecado del señor Antonio*, *El molinero de Angibault*, *La Condesa de Rudolstadt*, *Horacio...* y bastantes más, porque la era socialista de Jorge Sand no fue breve, como que duró de ocho á diez años. Es opinión general, y muy fundada, que las novelas del período socialista de Jorge Sand, si contienen hermosos trozos de descripción y pintura de caracteres, encierran también digresiones enfadosas, sermones asaz prolijos y personajes quiméricos, como el de aquella aristocrática señorita Iseo, comunista y masona, que se empeñaba en conceder su blanca mano á un hombre del pueblo, á fin de ser pueblo también. Tan fastidiosas eran, á ratos, las novelas socialistas de Jorge Sand—no encuentro calificativo equivalente y menos duro,—que varios amigos y admiradores dieron en creer que su talento había naufragado, que entraba para siempre en un camino de perdición artística. Algunos fragmentos magistrales—verbigracia, la descripción de la vivienda semiarruinada del hidalgo obrero, en *El pecado del señor Antonio*—no compensan los defectos esenciales, que saltan á los ojos. La misma Jorge Sand, con su ingenua sinceridad de costumbre, se dió á investigar por qué sus novelas contienen trozos muy aburridos, y declaró que Buloz, el director de la *Revista de Ambos Mundos*, la rogaba que suprimiese tanto *misticismo* (la palabra viene subrayada). «Por lo demás—añade,—los lectores de la Revista estaban conformes con el director y entendían que yo me volvía á cada paso más pesada é insufrible, y que salía de los dominios del arte, al empeñarme en comunicar á mis lectores la obsesión de mi cerebro.» Estaban en lo cierto los lectores de la *Revista de Ambos Mundos*, y sin embargo, si es siempre gloria del escritor el iniciar una dirección más ó menos legítima del arte, Jorge Sand tiene la de haber inspirado á la pléyade de novelistas rusos é ingleses, en cuyas obras palpita el redentorismo y la



misericordia. Cuando Francia recibió en triunfo á Dostoyevsky, á Chedrine, á Leon Tolstoy; cuando celebró en ellos, si no lo dulce del canto, la novedad del intento; cuando puso en las nubes esa efusión de caridad que impregnaba la novela rusa; cuando encareció la originalidad del tipo de las místicas nihilistas, ansiosas de lo que se llama *ir al pueblo*, de bajar hasta los abismos de la degradación y la miseria, para ejercitar el amor y la piedad, para desahogar el ansia de sacrificio—dijérase que Francia había olvidado que ese tipo, arrancado de la realidad en Rusia, lo había creado en las esferas ideales, años antes, la gran idealista Jorge Sand.

Esta cosecha de laureles la logró Jorge Sand por el sentimiento—mejor ó peor guiado,—por la fuerza del instinto, nunca por la reflexión y la lógica. No solamente carece de consecuencia en sus racionamientos, no solamente le falta sistema, sino que ni aun sabe á punto fijo cuáles son sus principios políticos y sociales. Esto es nota característica de la mujer; la *acción* obliga al hombre á definir... En las novelas al modo lírico había abogado por la disolución del matrimonio; andando el tiempo llegó á defender su indisolubilidad y su carácter sagrado. Las fluctuaciones de su razón son olas del mar de sus sentimientos, son su natural bondad, su corazón maternal y piadoso, las influencias de sus maestros y amigos, modificando su creación artística.

Una de las señales más curiosas de la condición esencialmente femenina de Jorge Sand es su teoría de la nivelación social y la reparación de las injusticias y desigualdades por el amor y el matrimonio. «Así como hay la igualdad ante Dios, habrá igualdad ante el amor, que es obra suya—escribe Máximo du Camp;—y veremos á las nobles heroínas Valentina de Raimbault, Marcela de Blanchemont, Iseo de Villepreux y tantas otras, buscando su ideal tras la zamarra del aldeano ó la blusa del obrero. Así se realizan los desposorios de las almas, de un extremo al otro de la escala social, en las novelas de Jorge Sand, que se complace, en los juegos de su fantasía,



en nivelar las condiciones y preparar la fusión de las castas y las jerarquías por el lazo amoroso.»

Hace ya algunos años que, en un drama calurosamente aplaudido por el público, desarrolló Pérez Galdós la misma tesis; el drama, bien se recordará, se titulaba *La de San Quintín*, y el asunto era una duquesa que otorgaba amor y mano á un obrero. El crítico antes citado Máximo du Camp se pregunta á sí mismo: ¿qué hay de verdad en tal idea?, duda que me parece exceso de modestia intelectual, pues todo el que no haya perdido el seso dirá desde el primer momento que en esa idea sólo podemos ver una poética falsedad de Jorge Sand. Si sólo quiso afirmar que la venda del amor cubre las desigualdades sociales, eso es una verdad anterior á todo sistema socialista, comunista y anarquista. Mas no por eso habrán de derogarse nunca las leyes de la jerarquía social; siempre las desigualdades, especialmente las de educación, alzarán una valla de indiferencia entre los corazones. Ya que hemos recordado el drama de Galdós, tengamos presente que en él la aristócrata es una duquesa arruinada y en cierto modo excluída de la sociedad por la implacable pobreza, y el obrero un joven sintuidísimo y muy fino, lo cual suprime toda esencial diferencia. Iguales concesiones á la verosimilitud hizo Jorge Sand para que su hipótesis de la nivelación por el amor no apareciese hasta repulsiva; Mauprat, después de todo, es un pariente de Edmea; Lelio, el elegido de la última Aldini, un artista famoso; Benedicto, el preferido de Valentina, un genio. Admitido lo excepcional del carácter, puede admitirse también lo excepcional de los afectos; pero lo único que en realidad suprime jerarquías y anula diferencias sociales, no es el amor, sino la caridad evangélica, y aquí es preciso reconocer la superioridad de ideal de los novelistas rusos; la heroína de Turguenef, señorita noble que rechaza las mejores proporciones y se escapa con un mendigo, á quien cura las llagas, no obedece á ninguna ilusión egoísta, sino á un impulso de ardiente, aunque desmedida caridad.



Cuestiones son estas, al parecer, extrañas y ajenas á la literatura, pero realmente forman su médula al tratarse de escritores como Jorge Sand, saturados de influencias exteriores, y que son á manera de gigantes reflectores de la idealidad social. Mas ya llega para Jorge Sand el momento de la inspiración serena y artística, ya nos acercamos á su tercera manera, la mejor, la verdaderamente original, pero que no hubiese podido existir sin la segunda. En efecto, la utopia socialista hizo á Jorge Sand el favor de libertarla de lo que ella llamaba *la intensidad del yo*, de obligarla á mirar en torno suyo, y de infundirle simpatía por el mundo exterior é interés por tipos humanos bien diferentes de la orgullosa *Lelia* y la sentimental *Indiana*. Otra vez tuvo altares en la fantasía de Jorge Sand aquella musa de su juventud, la naturaleza agreste; y la poesía más arcádica y pura, aura embalsamada por el aroma del tomillo y la menta silvestre, brotó de su magnífica pluma, que en este caso merece el nombre de lira, y le dictó libros ó poemas que, en vez de las febriles y calenturientas sugerencias de los Leroux, los Michel y los Reynaud, diríase que repiten las enseñanzas de un maestro antiguo y siempre moderno, el poeta campestre, el bucólico y dulce Virgilio. Este tercer grupo de la producción de Jorge Sand es el de las novelas aldeanas, cuya serie empieza con *La charca del diablo*, y que por voto unánime de la crítica han sido proclamadas lo más bello, lo más vividero, lo sano de cuanto produjo. Por estas novelas, es ya Jorge Sand autor clásico.

Sin duda el temperamento de Jorge Sand es siempre el mismo, de poeta y soñador; pero, al contacto de la madre Naturaleza, su idealismo se depura y calma, admitiendo la sazón de cierto realismo nunca servil, pero fiel. La pintura de las costumbres campesinas, el lenguaje arcáico y sabroso, el paisaje divinamente sentido y retratado, los animales domésticos no menos felizmente copiados que en los cuentos de Tolstoy, las tradiciones, el alma del aldeano comprendida y explicada con poética malicia, hacen de esas obras de Jorge



Sand el tipo de las más exquisitas y encantadoras novelas regionales, aunque no se le pasase por las mientes á la autora la idea del regionalismo, y tal vez precisamente por eso, porque tienen la frescura de la espontaneidad, el olor del agua pura en que se han remojado hierbas de San Juan, la mejorana y el espliego.

Las etapas que recorrió Jorge Sand, hasta por orden de fechas, las divide su inteligente biógrafo Máximo du Camp: «La primera—dice,—de 1831 á 1840, el lirismo personal, en que las emociones reprimidas durante una juventud solitaria y ensoñadora, rompen en ficciones apasionadas y brillantes; la segunda—1840 á 1848—en que la inspiración es menos personal, y en que el autor se entrega á influencias extrañas: el período de la novela sistemática; la tercera—de 1848 á 1860 próximamente—en que se advierte el cansancio de las teorías y la tendencia á un género sencillo, verdadero é ingenuo: el triunfo del idilio»; y por último, podemos añadir la cuarta, la de la vejez—de 1860 á 1876—en que, fundiendo eclécticamente las tres anteriores, produce todavía Jorge Sand novelas tan hermosas como *El marqués de Villemer*, donde la experiencia y el sentimiento de la realidad delatan las nuevas corrientes de la literatura que Jorge Sand, tan sensible siempre á las influencias exteriores, no podía menos de percibir. Así, como dijimos al principiar el estudio sobre Jorge Sand, disculpando la extensión que teníamos que darle en la sucesión de las obras de este gran poeta, que precisamente por ser mujer estuvo sometida á todas las influencias y propensa á dejarse catequizar, hemos visto cómo se cerró, de 1840 á 1850, el período romántico; cómo el lirismo y el individualismo sucumbieron; cómo se desmoronó la aparatosa literatura de predicación redentorista, y cómo, insensiblemente, el arte volvió á su cauce, que es la imitación de la Naturaleza y de la vida. Para completar el estudio de este fenómeno—la ruptura de la unidad romántica—nos falta analizar á un escritor en quien puede considerarse otra evolución no menos digna de interés: Teófilo



Gautier, que convirtió el lirismo en el culto de la estética pura, ó sea del arte por el arte, idea que aún no ha cerrado su ciclo de acción, y que lejos de perder la virtud de sus primeros tiempos—como la han perdido el lirismo egolátrico, el arte útil y filantrópico, la unión de lo sublime y lo grotesco y otras teorías hijas del romanticismo, con muchas más que el naturalismo engendró á su vez—sigue dominando en la estética contemporánea, y todavía recoge adhesiones en medio de la disgregación atomística del momento actual.

Bien mirado, esta teoría ha debido fulgurar con la luz deslumbradora de la revelación ante todo artista; y una vez revelada, ha debido fanatizarle. Los que creen en el arte por el arte, no son creyentes tímidos. En nuestro siglo esa teoría nació del romanticismo, y para vivir tuvo que matar á su padre. Los sacerdotes de la belleza pura miran con el más profundo desdén el lirismo romántico, y censuran en los términos más acres á los poetas líricos del sentimiento, mendigos cuya profesión es enseñar sus deformidades y sus úlceras para obtener una denigrante limosna de compasión. Mas al proscribir con severidad indignada la exhibición del sentimiento, al eliminar del arte igualmente todo fin útil, docente y serio, los artistas puros, á la manera de Teófilo Gautier, se exponen seguramente á aislarse de la humanidad, que deja solos á los iniciados en sus torres de marfil y en sus templos de alabastro y bronce; porque la humanidad, al menos desde el advenimiento de Cristo, propende á seguir universalmente la religión del Bien y no la de la Belleza, sobre todo en nuestro siglo de inmensa labor y de sufrimiento universal. Toda tentativa de restauración pagana naufraga en la caudalosa corriente utilitaria y moral; y la idolatría de la forma queda circunscripta á una minoría desdeñosa y misántropa que ni aun se digna predicar á las muchedumbres, considerándolas incapaces de entender el arcano. Esta es la razón de que artistas tan refinados y originales como Gautier no gocen la ruidosa consagración de la popularidad, y hasta sean negados rotundamente por más de la mitad de los crí-



ticos, mientras otros los inciensan en santuario recóndito.

Si la biografía consiste en el relato de sucesos, casi no tiene biografía Teófilo Gautier. Su historia es la de un jornalero de las letras, sujeto á la diaria labor, y el único rasgo saliente en ella, un episodio de juventud: el tantas veces referido del estreno de *Hernani*; la nota viva del memorable chaleco encarnado. Razón tenía Gautier al exclamar, cuarenta años después de aquella fecha: «¡Mis poesías, mis libros, mis artículos, mis viajes, yacerán olvidados; pero nadie se olvidará de mi chaleco rojo! Esa chispa lucirá todavía cuando lo demás se haya extinguido, y me diferenciará de los contemporáneos, cuyas obras no valen más que las mías, pero que llevaban chalecos oscuros. No me desplace dejar de mí este recuerdo; es altivo y desdeñoso, y me presenta desafiando á la opinión y burlándose del ridículo.» Decía Gautier en chanza una triste verdad. Para mucha gente, el impecable Teo, el maestro cincelador, el Benvenuto de la prosa, nunca pasó de ser el muchacho de largas greñas, que en la noche de la batalla de *Hernani* lucía chaleco escarlata y pantalón verde mar.

Acabo de aplicar á Teófilo Gautier epítetos que no me resolvería á estampar de ningún otro prosista francés, ni aun de Merimée, aunque tal vez le considero más perfecto. Siempre que de Teófilo Gautier se trata, acuden á la pluma involuntariamente símiles tomados de las artes plásticas, la escultura y la pintura. Y es que la vocación de Gautier fue ambigua; después de cursar brillantemente las aulas y profundizar el conocimiento de la lengua latina, Gautier ingresó como aprendiz en el estudio del pintor Rioult, y se consagró á dibujar del desnudo; allí contrajo esa idolatría de la belleza del cuerpo humano, que denuncian sus novelas y sus versos. Cuando esto ocurría, fermentaba el motín romántico, y reclutaba sus menadas entre los escultores, los pintores y los arquitectos enciernes. Aquellos entusiastas de blusa, con los dedos manchados de cobalto y bermellón, estaban ébrios de poesía, y no recitaban, sino cantaban á coro las baladas de Víctor Hugo. El



romanticismo literario era también una revolución en las artes plásticas — por cierto en sus resultados bien infecunda, pero que al fin y al cabo les libertaba de la regularidad académica y de la tiranía de la escuela de David,—y la embriaguez de la lucha dominaba en las almas juveniles. La victoria pasajera del drama romántico se preparó en los talleres; de allí salían brigadas de jaleadores llevando por santo y seña una cartulina, donde se leía la palabra española *hierro*. La hueste de los pintores la capitaneaba Teófilo Gautier; y cuando ya, hombre maduro, le preguntaban si había sido célebre desde muy joven, respondía con ironía plácida: «Sí, por mi chaleco.» Jamás borrada de su memoria la efeméride, los últimos renglones que trazó su pluma fueron para recordar, en un artículo que quedó sin concluir, el estreno de *Hernani*.

La famosa noche le divorció de la pintura, consagrándole á las letras. No tardó en publicar sus primeras poesías; mas la forma de arte abandonada seguía dominando la imaginación, y Teo, escribiendo, se revelaba pintor, y acaso más que pintor, orfebre, grabador y lapidario. Al dar á luz otra colección de versos, titulada *Camafeos y esmaltes*, resumió su programa diciendo: «Deseo tratar en forma sucinta asuntos chicos, ya sobre placa de oro ó cobre con los vivos colores del esmalte, ya con la rueda del grabador de piedras finas sobre ágata, cornalina y ónice». Es, pues, Gautier, el nuncio de la escuela de la trasposición, que se empeña á todo trance en aplicar al arte literario los procedimientos de las demás artes; y de él desciende en línea recta la caterva de coloristas, músicos, tallistas, aguafuertistas, acuarelistas, miniaturistas y orífices de la prosa francesa, amén de los parnasianos y de los impasibles: progenie más numerosa que los retoños de la oliva.

El mismo anhelo de perfección de Teófilo Gautier dió base á las censuras y al desdén de los que le rebajan á la categoría de escritor de segundo orden. Ya se deja adivinar lo que achacaron al magistral estilista: atrofia del sentimiento y carencia absoluta de ideas. Díjose de él que poseía la sonoridad de las co-



as vacías, la vibración hueca de esas bellas corazas de Milán, nieladas, repujadas é incrustadas de oro, pero que ya no cubren un pecho humano, detrás de las cuales no palpita un corazón.

Sea lo que quiera de la literatura de Gautier, su carácter nada tuvo de impasible, y su estética se deriva cabalmente de una exaltada y enfermiza sensibilidad. El autor que tanto contribuyó á la desaparición del lirismo romántico, fue por dentro más lírico y desesperanzado que todos los *Renés*, *Manfredos* y *Obermanes* del mundo. Aunque nacido en tierra tan alegre como la gascona, Gautier vino al mundo gastado, caduco, viejo é inerte; y sin que influyesen en él los acontecimientos como influyeron en Chateaubriand, ni los desengaños que arrancaron gritos de dolor á Alfredo de Musset, padeció esa úlcera devoradora del escepticismo que se conoce por *el mal del siglo*, y que se encuentra en todas las civilizaciones decadentes. Cuéntase que ya en el colegio, cuando aprendía latín, prefería á los autores sanos y fuertes, como Cicerón y Tácito; los deliquescentes manidos, como Apuleyo y Petronio: y también en esto le han seguido é imitado los decadentistas actuales, jactándose, quizás sólo por jactarse, de tener estragado el paladar. «Soy—decía de sí mismo Gautier—como el niño que rechazase el seno de su nodriza y sólo quisiere mamar aguardiente; y mientras paso una vida morigerada y metódica, me siento tan cansado y tan saciado de todo, como si hubiese realizado las abusivas y monstruosas hazañas de un Sardanápalo.»

Tal manera de ser, que alegan los partidarios de Teófilo para que no se le acuse de impasibilidad, es el origen secreto de esa impasibilidad misma. El exceso del tedio y de la rabia hace enmudecer y hasta petrifica, como la vista de la cabeza de Medusa. El que se queja y solloza, Alfredo de Musset, por ejemplo, ya está próximo á consolarse, y el que desahoga sus amarguras en un libro, se ha salvado. Gautier, lejos de quejarse, cubrió su llaga con el manto marmóreo de las estatuas de Fidias y adoptó la actitud del estoico, y la ironía que resalta en el célebre prólogo de *Mademoiselle de Maupin*, obra



tan malsana y equívoca, y ¿por qué no decirlo? tan pecaminosa, que, no obstante su espléndida vestidura, yo no conozco otra más repugnante, no porque describa á lo vivo lances de amor, sino por la exasperación de un sueño monstruoso, el de la androginia, ó sea la confusión de dos tipos de belleza, que Gautier se empeñó en reunir en un solo ejemplar de la especie. No insistamos más; bien castigado está Gautier con haber escrito un libro que sólo necesitaría que circulase una corriente de aire puro al través de sus páginas para conseguir por la perfección del desempeño el dictado de obra maestra, y que no lo es por culpa de un sensualismo á la vez frío y calenturiento, y siempre duro é inhumano. *Mademoiselle de Maupin* figura en las bibliotecas secretas y verdes, pena tan humillante como lo sería para un fragmento de estatua antigua verse arrinconado en un zaquizamí, entre despojos de monigotes de cartón.

Lástima infunde la pintura del estado moral de Gautier en los primeros años de su vida. Todo le es indiferente: la mujer, la humanidad, el mal, el bien; su corazón está árido, lo mismo que un limón estrujado, y áridos también sus ojos, hasta tal extremo, que desea sufrir un dolor muy agudo, á trueque de poder derramar una lágrima. En tal situación, el alma sólo alberga una aspiración profunda: aspira á la nada, quiere disolverse y aniquilarse; y por este camino profano á veces se llega al ascetismo. Así es que Gautier, detestando su época, aborreciendo la civilización, la industria, el movimiento, el trabajo—aunque él fue, por necesidad, un perenne trabajador y se pasó la vida sujeto al remo del folletín, á la crítica de arte y de teatros—deseó lo mismo que desearon en los primitivos tiempos de la Iglesia tantas almas á quienes la fe sostenía en sus alas de paloma. «Si algún ensueño me sonrío todavía—dice en sus versos—es el de ir á sepultarme en el fondo de una Cartuja, en alguna hórrida é inaccesible soledad; allá, muy lejos, al pie de la bravía sierra, donde jamás haya resonado la voz del hombre, cercado de pinos, entre cenicientas rocas, donde ni resuene el tañido de la campana; una Tebaida, en fin.»



Eran los ayes del lirismo que todavía dominaba á Gautier: más adelante, después de los veinticinco años, edad decisiva, se despide Gautier definitivamente de la literatura sentimental y personal, y entra en el período estético, impersonal, y, al menos en la forma, impasible. Su tristeza permanece, pero latente, sin que el labio se digne exhalarla. «Soy — dice — como el salvaje atado al poste del tormento: todos le pinchan y le desgarran para arrancarle un grito, pero él se mantiene inmóvil y nadie logra la satisfacción de oírle una queja.» Pueden dividirse en dos secciones las de Gautier: las primeras, todavía humanas: *Poesías* y *Mademoiselle de Maupin*; las segundas, ya puramente artísticas—*Fortunio*, *Esmaltes y camafleos*, *El capitán Fracasa*, *La novela de la momia*, *Avatar*, *Espirita*,— y la serie de los admirables *Viajes*, para los cuales no he de tener sino frases de alabanza, pues me parecen modeo acabado é insuperable del género. La religión del arte, el culto de la belleza, no subordinada á cosa alguna, sino en sí misma, la forma por la forma: tal fue la Tebaida inaccesible donde se refugió Gautier, el asilo donde su espíritu encontró, si no la calma, por lo menos ese objeto y fin último que toda actividad humana necesita, esa razón de existir que hace transigir con la vida á los más desesperados, y esa suma de goces literarios que otros autores cobran en aplauso y popularidad, y Gautier en el solitario orgullo de la frase torneada y perfecta, de la palabra cincelada como un medallón. Y le bastó, pues son esta clase de autores semejantes á aquel célebre platero que no podía sufrir que sus obras pasasen á poder del comprador profano, y cuando éste salía de la tienda, le esperaba en acecho y le asesinaba para recobrar la joya. «Los mismos dioses perecen— exclamaba Gautier con arrogante fanatismo estético, — pero el arte es inmortal, y los versos duran, más recios que el bronce.»

Si hubiésemos de decir algo de todas las obras de Gautier, necesitaríamos para eso solo un largo capítulo; porque Gautier tuvo el signo de los grandes escritores, la fecundidad, la



pluma prolífica; y si fue impecable, como se le llamó por antonomasia, no fue premioso y doloroso al modo de Gustavo Flaubert, en este punto verdadero maniático, para quien cada renglón era una especie de parto difícil. Sujeto, como he dicho, á la ley del trabajo, Gautier escribió mucho y en muy diferentes géneros, poesías, novelas, viajes, cuentos, crítica literaria y artística, todo en cantidad, hasta tal punto, que la abundancia de su producción hizo fracasar el proyecto de una edición de sus *Obras completas*, que formarían más de cien volúmenes. El editor se resolvería á una edición escogida; pero los devotos de Gautier protestaron contra el sacrilegio de elegir donde todo es cabal y extremado, y Bergerat exclamaba poseído de santo celo: «¡Elegir en las obras de Teófilo! ¿Y qué íbamos á desechar? Cuando veo la Venus de Milo, sólo pienso en los brazos que le faltan.»

Entre los *Viajes* de Gautier descuella el de España, titulado *Tras los montes*, inmejorable descripción, sobria, intensa y bañada por el sol del Mediodía. Ignoro por qué se ha repetido á bulto que Teófilo Gautier estampaba patrañas como Dumas: es, por el contrario, sumamente veraz, nada enfático, exagerado ni declamatorio, y no sólo evita incurrir en los peregrinos errores de Víctor Hugo, sino que los nota y los corrige. Estos viajes por España, así como los de Italia y Rusia, han conservado su gracia y su amenidad y deleitan hoy como el día en que se escribieron. Tampoco han caducado los trabajos críticos de Gautier, ni la *Historia del romanticismo*, ni *Los grotescos*, que son de las pocas obras donde se resuelve el problema de acopiar datos interesantes á la historia literaria, suficientes para que un libro sea de consulta, y prestarle el atractivo de un libro de lectura entretenida. Gautier no era un erudito á la violeta, ni un verboso generalizador, sino un hombre doctísimo, pero demasiado artista para no aspirar ante todo á hacerse leer. Es de advertir que la crítica fue la ocupación diaria é incesante de aquel escritor á quien las leyendas representaban como un perezoso nihilista



dedicado á soñar el nirvana entre el humo de un cigarrillo oriental; y aunque Gautier creía que sus folletines críticos eran cosa efímera y sin trascendencia, y decía que el trabajo periodístico es un árbol que pierde cada noche las hojas y nunca llega á dar fruto, escribía sus folletines con todo el primor de que se sentía capaz. La obra crítica de Gautier, ya dispersa en esos folletines, ya reunida en libros como *Los grotescos* y la *Memoria sobre los progresos de la poesía francesa*, es considerable, llena de equidad, de moderación, de buen sentido y de delicada percepción del valor de la creación estética.

Yo no he podido leer sin asombro la reiterada afirmación de que Gautier, en todo cuanto escribió, no nos ha legado ni una sola idea. Son con él menos injustos los que le dan por bandera este aforismo: «La idea nace de la forma»; pero ni la primera aserción ni la segunda parecen defendibles para quien recuerde el papel que Gautier desempeña en la evolución de las ideas estéticas precisamente. Sería un fenómeno sin precedentes en los anales literarios el de un escritor que habiéndonos dejado libros de crítica que se leen y consultan con gusto y con fruto bastantes años después de publicados, no hubiese puesto en ellos ni una idea, máxime si este escritor es un jefe de escuela, y de escuela muy numerosa y ramificada en distintas direcciones. Lo primero habría que saber qué se entiende por ideas y si se confunden las ideas con las ideologías, cosa harto diferente. No creyó Gautier que la idea naciese de la forma, pero sí creyó y dijo muy alto que las ideas están al alcance de todos, y la forma sólo del artista; que al artista jamás deben faltarle medios de expresión, y que no será artista verdadero el que, propuestos una idea ó un asunto, carezca de palabras con que expresarlo. Ideas, ó mejor dicho, doctrinas, no del orden filosófico, sino del estético, y especialmente del técnico, las tuvo á docenas Gautier, y muy activas y de inoculación, de esas que cunden y se transmiten por contagio. Pueden citarse: la doctrina de la transposición de los efectos de la plástica á las letras; la de la impasibilidad; la de



la inferioridad estética de la edad presente con relación á otras de la historia; la de la eternidad del arte; la del valor de la forma y de la palabra—en esto procedía de Víctor Hugo y no lo negaba nunca — y, sobre todo, otra doctrina bien nueva dentro del período romántico: la apoteosis de la salud, de la belleza, de la fuerza y del placer, que también pone á Gautier lejos y fuera del realismo y del naturalismo, los cuales buscan y reconocen belleza en la contemplación, exhibición y pintura de lo feo, antipático, morboso y vulgar. Hasta tal punto era convicción en Gautier el derecho aristocrático de los héroes y de los asuntos, que sostenía en serio que un médico ó un notario, por serlo, no debían quejarse cuando su mujer les engañaba. Las doctrinas de Gautier—dice con sumo acierto Spronck, —mezcla de helenismo y de orientalismo, no fueron comprendidas: á unos les parecieron inmorales, á otros estrambóticas, y sólo un grupo refinado supo entender y admiró.

Es, en resumen, Teófilo Gautier el escritor de transición en quien el romanticismo pierde sus caracteres y la aureola popular y democrática que le había prestado el motín de 1830, y volando tal vez más alto, se reintegra en las regiones de la estética pura. La unidad se ha roto; una época diferente se anuncia ya; y en esa escuela, de raíces románticas y tronco helénico, caben la nueva novela y la nueva poesía y los nuevos ideales: los poetas de la perversión, como Carlos Baudelaire; los de la impasibilidad marmórea, como Leconte de Lisle, y los de la perfección, como Teodoro de Banville; los novelistas de la forma exquisita, como Gustavo Flaubert, y los del colorido y la sensación, como los hermanos Goncourt; los parnasianos, los simbolistas, los deliquescentes, numerosa tribu que lleva en sus venas la sangre de Gautier, unos purpúrea y joven, como él se jactaba de poseerla, otros devorada por la anemia y la calentura. Con Teófilo Gautier podemos decir que el romanticismo de escuela sucumbe, y el siglo literario emprende rutas antes ignoradas.

EMILIA PARDO BAZÁN.



# VIAJE DE LA EMBAJADA ESPAÑOLA

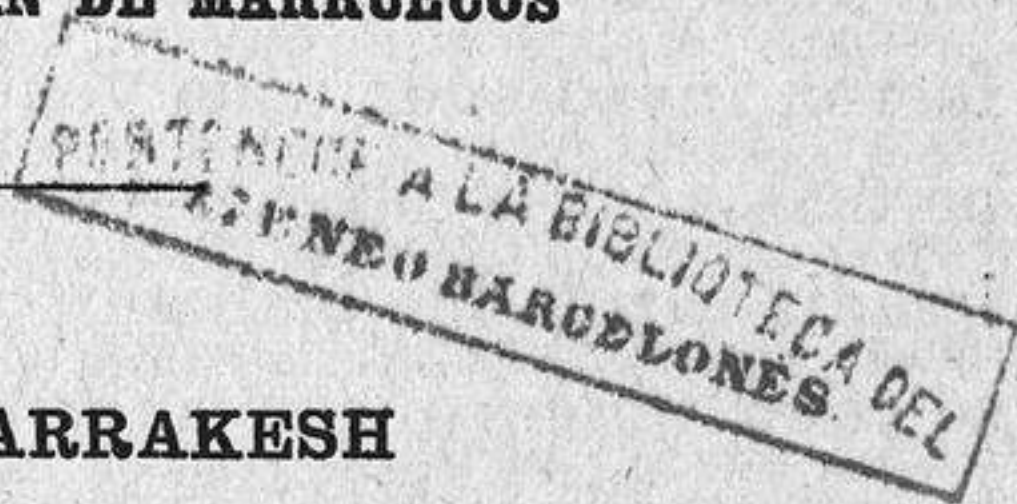
Á LA CORTE DEL SULTÁN DE MARRUECOS

## LA VIDA EN MARRAKESH

Dar Muley Alí, 28 de Mayo de 1900.

Los habitantes de la capital magrebina han estado todo el día azorados y llenos de preocupación y terror supersticioso. La verdad es que tenían fundamento sobrado: el imponente fenómeno astronómico que se ha verificado hoy, me parece causa bastante para excitar los temerosos recelos de gentes tan ignorantes y fanáticas como los musulmanes. El eclipse total de sol que tanto preocupa á la ciencia europea, se ha podido ver en Marrakesh, donde si bien la totalidad no ha sido completa, las sombras han cubierto tres cuartas partes del disco solar. El espectáculo ha sido soberanamente hermoso, y desde la azotea de nuestro palacio hemos podido admirar el sorprendente golpe de vista que presentaba el valle del Tensif, y las alternativas de luz y las diversas gradaciones de sombra porque ha ido pasando el paisaje.

Sobre poco más de las dos de la tarde, las sombras proyectadas por el disco de la luna comenzaron á morder en el disco solar, que brillaba en medio de un cielo despejado y espléndido. Fue entonces de ver á los mahometanos, visiblemente alarmados, atravesar las plazas públicas y correr presurosos á re-





fugiarse en las diversas mezquitas de la ciudad, buscando sin duda el amparo del omnipotente Alláh. Por mi parte, comprendo perfectamente esta impresión, pues aun para nosotros, que conocemos sus causas físicas, no deja de producirnos cierto inevitable efecto el grandioso fenómeno. Resulta tan extraordinaria aquella disminución de la luz solar, y aquella especie de penumbra tétrica y misteriosa que circunda á cuanto nos rodea, que el espíritu, sobrecogido, cree rota la armonía del universo y teme un cataclismo inminente. Las sombras fueron invadiendo cada vez más el astro del día, de cuya superficie apenas dejaron descubierto un pequeño segmento que irradiaba una luz brillante, pero incapaz de disipar el inmenso cono obscuro que cubría gran parte del horizonte. Casi toda la tarde la hemos pasado en las terrazas y azoteas, armados de cristales ahumados ó de gafas negras para observar el fenómeno á nuestro sabor; la servidumbre, en tanto, permanecía por los rincones, sin atreverse á nada y dando muestras visibles de preocupación.

Terminado el eclipse, los árabes comenzaron su vida habitual, y nosotros dimos nuestro paseo acostumbrado, más breve que otros días. A nuestro regreso supimos con verdadera satisfacción que al fin y al cabo, pasado mañana, S. M. Sheriffiana recibirá en audiencia privada al Embajador de España, acto importantísimo que inaugurará nuestras negociaciones cerca del Gobierno marroquí. Francamente, después de un mes de estancia en Marrakesh, ya era tiempo de que así sucediese.

30 de Mayo.

A las nueve de la mañana se ha verificado la audiencia privada tan ardientemente deseada. He acompañado al Ministro hasta la puerta de la Kubba Suera, donde aguardaba el Emperador y donde ha penetrado él, solamente acompañado por su intérprete correspondiente. En la parte externa, el ceremonial observado ha sido idéntico al que se siguió en la audien-



cia pública. El Jalifa del Kaid el Meshuar, vino á buscarnos á Dar Muley Alí, y rodeados de la conveniente escolta, nos trasladamos á la inmensa plaza de Armas del palacio imperial. Allí estaban las tropas, tendidas á derecha é izquierda, presentando el conjunto aquel pintoresco aspecto que tanto nos sorprendió la primera vez que pudimos contemplarlo. Lo cierto es que no puede imaginarse mayor brillantez de colores, y que la vista queda deslumbrada sin saber á dónde fijarse. Vimos de nuevo los *askaris* formando una línea, con sus almillas ó chaquetas multicolores, y los hieráticos músicos imperiales revestidos de sus túnicas verdes y escarlatas, y cubiertos con sus gorros cónicos. Atravesamos las filas de soldados, y llegamos frente al pabellón que da entrada á los jardines del Agudal. Dejamos nuestras cabalgaduras, y el Introdutor de Embajadores se dirigió á nuestro encuentro, conduciendo al interior de la elegante construcción al Ministro y á su intérprete. La etiqueta marroquí prescribe que á estas entrevistas sólo concurren las personas estrictamente necesarias.

Mientras se verificaba la conferencia, pude pasearme á mis anchas por la amplia plaza y observar las tropas imperiales. Apenas el enviado de España penetró en el pabellón reservado, á una seña dada, con una unidad verdaderamente pasmosa, toda la formación se sentó en el suelo, colocando las armas á un lado. Los jefes, entre los que se hallaba el Kaid Mac Lean, ocuparon para mayor comodidad los tambores, que vinieron á convertirse en taburetes, y la soldadesca se acurrucó á la moruna. Como había visto repetidas veces maniobrar á los soldados marroquíes, pudiendo observar la desigualdad caprichosa con que obedecían las voces de mando, no pudo menos de sorprenderme sobremanera aquel isocronismo de los movimientos. Se conoce que la voz de descanso es esperada con impaciencia y acatada con júbilo.

En la sombra que proyectaba una de las fachadas de la Kubba Suera, sobre hermosos tapices de Rabat, extendidos



sobre la tierra, se hallaba instalado el Ministerio de Negocios Extranjeros y la Secretaría particular del Sultán. En medio, sentado en unos cojines, presidía el propio Abd-el-Krim-ben-Solimán; y en torno suyo una infinidad de escribas y talebs se ocupaban en redactar la correspondencia y despachar los asuntos. Todos tenían delante un pequeño pupitre ó carpeta de madera con los útiles necesarios para escribir. Hay que reconocer que semejante oficina se distingue por su sencillez extrema.

La audiencia ha durado unos veinte minutos; de manera que, al poco tiempo de haberme dedicado á estudiar los detalles del cuadro, regresó el Ministro y hube de reunirme á su séquito, no sin observar que, apenas el Kaid el Meshuar anunció la presencia del enviado de España, las tropas volvieron á recobrar su posición primitiva y á presentar las armas, movimientos que se verificaron con marcado abandono y dejadez.

El jefe de la misión me ha narrado algunos detalles de la entrevista, que me apresuro á transcribir en estos apuntes. Después que se hubo separado de mí, el Introdutor de Embajadores lo condujo por una escalera lóbrega, estrecha y tortuosa, típica de la arquitectura doméstica árabe, hasta una azotea que domina los extensos jardines de Agudal, á la que hacía frente una espaciosa sala decorada con mosaicos y arabescos, en cuyo fondo, y sentado en una especie de banquetta ó diván de caprichoso estilo, híbrido de europeo y oriental, se hallaba el joven Soberano, acompañado únicamente por su Gran Visir el Hadj Mucktar. Una vez que fue anunciado por el Kaid el Meshuar, S. M. indicó al Ministro que se sentase en una silla, única que en la sala se encontraba y que al efecto había sido dispuesta, dándole la bienvenida y saludándole en los términos usuales. Según parece, el joven Soberano acompañó sus frases con una sonrisa tan llena de afabilidad y con gestos tan expresivos, que el Ministro no pudo menos de quedar sorprendido por el contraste que ofrecía con aquella rigidez automática, aquella atonía en la mirada y aquella reserva hierática, por decirlo así,



que todos pudimos observar en el continente del Sultán el día de la audiencia pública.

La conversación que siguió fue cordialísima. S. M. Abdul-Azis demostró su afecto y simpatías por España, preguntando con vivo interés por nuestros soberanos, y el Ministro le presentó un *Memorandum* en que se formulaban las pretensiones del Gobierno español. En todas sus respuestas, el Monarca marroquí dió pruebas de su evidente satisfacción por las manifestaciones de simpatía que se le hacían, demostrando gran viveza y afabilidad, y revistiendo su fisonomía con tal expresión de dulzura, que al mismo tiempo que revelaba dotes de perspicacia é inteligencia que nadie sospechaba, permitía alimentar la esperanza de que su benévola acogida y las seguridades que daba de su firme propósito de contribuir en cuanto estuviera de su parte al firme mantenimiento de la estrecha amistad que une á los dos países, eran algo más que meras fórmulas de cortesía internacional y que productos de una lección bien aprendida. S. M. Abdul-Azis se mostró también agradecido por los espléndidos regalos que recibiera, declarando que había destinado las armas blancas para su uso particular, y quedó en designar día y hora para que en su presencia se verificasen las pruebas de los fusiles Maüsser, á cuyo objeto habían acompañado á la Embajada dos oficiales de Artillería, un maestro armero y un tirador de la fábrica de Oviedo. En conclusión, la audiencia fue en extremo cordial, reinando en toda ella el mismo tono afable y lisonjero.

A la salida del pabellón se tributaron á los representantes de España los mismos honores que á la entrada, y siempre acompañados por el Jalifa del Kaid el Meshuar y numeroso séquito de jinetes é infantes, regresamos á las diez, próximamente, á nuestra residencia, donde se procedió á distribuir, entre el Jalifa y sus soldados, la propina de cincuenta duros con que es costumbre gratificarlos en semejantes casos. En este país todo el mundo recibe obsequios de esta índole, y hasta es uso establecido y sancionado por la práctica el ofre-



cer la suma de 1.000 francos al propio Ministro de Negocios Extranjeros, como prueba de gratitud por sus buenos servicios. El orgullo musulmán no se desdora con aceptar tales regalos, aunque procedan de aquellos que consideran como enemigos é inferiores.

Lo que más nos ha sorprendido á todos, son las revelaciones hechas por el Ministro acerca del notable cambio que ha podido observar en el Soberano del Magreb. Parece que su carácter, sus tendencias y hasta su fisonomía han experimentado una radical transformación desde la muerte del ilustre Ba-Ahmed. Anteriormente á la entrevista verificada hoy, lo mismo las observaciones de nuestros colegas de la Misión italiana que las de algunos íntimos allegados á la corte, que el parecer de la opinión pública y las impresiones que pudo recoger el personal de la Embajada cuando en las postrimerías de su prepotente tutor, S. M. Abdul-Azis nos recibió en audiencia pública, coincidían unánimemente en considerar al joven Sultán como un sér tímido, obtuso é indolente, instrumento de una energía superior, destinado á ser juguete de la ambición del primer astuto intrigante que lograrse suceder y reemplazar al difunto Gran Visir. Hoy día, después de las repetidas muestras de virilidad y energía dadas por el Soberano en la difícil situación que le creaba el fallecimiento de su omnipotente primer Ministro, confirmadas por las observaciones hechas por el Enviado de España, parece demostrado que los juicios anteriores, basados en la política disimulación con que el Sultán ha sobrellevado el peso de su tutela, eran completamente infundados. S. M. Abdul-Azis ha arrojado la máscara de indiferente reserva que le imponía su temor al prepotente valido á quien debía la corona, y hoy, ya libre de su ominoso despotismo, se muestra afable, inteligente, enérgico y dispuesto á asumir en su persona todas las realidades de su poderío, á la vez religioso y político.

No debe desconocerse la importancia que este cambio radical é inesperado tiene para la política europea, y aún más



especialmente para la española, puesto que las acciones del Soberano del Magreb han de repercutir forzosamente sobre las relaciones internacionales durante el reinado que comienza, é influir poderosamente en la orientación que deberá imprimirse á la marcha de nuestra política en Africa.

1.º de Junio.

Hoy ha sido el primer día en que la temperatura se ha mostrado verdaderamente inclemente, haciéndonos comprobar todo lo que se cuenta de los ardores del sol africano. A medio día el calor era insoportable, y para que nada faltase, comenzó á soplar un viento cálido y violento que arrastraba arenas en tal cantidad, que obscureció la luz solar. En una palabra, el famoso *Simoun* de que nos hablan los viajeros. Refugiados en nuestras habitaciones, pudimos presenciar el paso de la ardiente tromba, que lo dejó todo cubierto de una capa de tenue polvo rojizo. Al aire libre no se podía respirar, y únicamente encerrados se hallaba algún consuelo. Gracias que el desagradable fenómeno duró poco, y que á la tarde comenzó á refrescar algo, hasta volver á una temperatura muy soportable. Como recuerdo, el viento del desierto nos ha traído una invasión de langostas, desagradables insectos que si á nosotros nos resultan sumamente antipáticos, son acogidos con júbilo por los árabes, que se los comen con fruición.

Ya esta tarde, en los numerosos *restaurants* del Soko, se vendía el apetitoso manjar, que consistía en el cuerpo del insecto frito en aceite. Su aspecto no resultaba repugnante, y los consumidores acudían sin cesar á las infinitas tiendas de comidas que se encuentran por todas partes. Estos establecimientos son de lo más primitivo que puedan imaginarse. Generalmente consisten en una tosca choza formada por cañas y telas; las cocinas están al aire libre, y despiden ese olor nauseabundo á manteca rancia por demás intolerable, pero característico de la ciudad.

Nuestro paseo ha sido al Mellaj ó barrio de los judíos, que



tiene su cerca particular de media legua de circuito y se halla situado entre el recinto del palacio imperial y la ciudad. Como los otros distritos de Marrakesh, se halla éste medio arruinado, distinguiéndose especialmente por su suciedad. Parece mentira que seres humanos puedan soportar la vida en medio de tanta y tanta inmundicia. Es verdad que el estado de degradación de los habitantes de la judería es grande, y que todos viven en la mayor miseria, no obstante ejercer muchas artes y oficios. Son los únicos plateros, hojalateros y sastres que hay en la capital, pues los árabes sólo se dedican á ser zapateros, carpinteros, albañiles, cerrajeros y tejedores de jaiques.

Los hebreos, á quienes los mahometanos consideran como entes despreciables, tienen costumbres sumamente relajadas, no siendo extraño ver matrimonios de niñas tiernas, apenas núbiles, con ancianos venerables, y uniones de jóvenes que apenas acaban de llegar á la pubertad. La prostitución es muy frecuente en las mujeres, que la practican con el mayor descaro, y los hombres son por lo general, bajos, rastreros y cobardes. Sufren las humillaciones y vejaciones que les hacen los habitantes de la ciudad, quienes sin distinguir de sexos ni de edades, no les consienten salir del distrito que tienen destinado sin llevar la cabeza cubierta por un pañuelo y caminar con los pies descalzos. A ciertas horas establecidas tienen que recluirse en su cuartel, cuyas puertas se cierran y son guardadas por un Kaid destinado al efecto, y si algún desgraciado burla la consigna, es apaleado sin misericordia.

Como son los principales comerciantes, en sus distritos se encuentran las mejores tiendas y casas de banca, así como los establecimientos del correo francés é italiano. Se calcula que habitarán el Mellaj unos seis mil judíos, que visten un traje particular, compuesto de unos grandes calzones, túnica que llega hasta la rodilla, una especie de albornoz ó manto que cae por un lado, pantuflas y un bonete muy pequeño. Todas las dichas piezas han de ser de color negro, á excepción de la camisa, cuyas mangas, en extremo anchas, están descubiertas



y quedan pendientes. Las fachas son, por lo general, ignobles. Se encuentran ancianos sórdidos y de mirar malévoló, que parecen hermanos del Shylock de Shakespearé; jovenzuelos de aspecto afeminado y movimientos llenos de procacidad y cinismo, y mujeres descaradas de semblante provocativo. Hay que confesar que entre ellas se hallan algunas de singular belleza, aunque sus fisonomías, por demás correctas, carecen de expresión.

Lo que es inconcebible es la miseria y suciedad en que viven. Parece que se complacen en rodearse de inmundicia, á pesar de que son generalmente pudientes, pues son los principales artesanos, hacen un comercio bastante considerable, y su mercado está casi siempre bien surtido. Algunos tienen casas construídas con cierto lujo como la del famoso Corcós, célebre usurero y prestamista, cuya morada está adornada con relativa opulencia, y ofrece un elegante ejemplar de la arquitectura morisca. Pero tengo por seguro que el poseedor actual de la gentil vivienda, no se ha ocupado de decorarla en modo alguno, sino que todos aquellos delicados arabescos que revelan un gusto refinado, fueron mandados hacer por algún antiguo dueño, hoy arrojado de su primitiva habitación. Si la decoración es rica, el mobiliario es mezquino; que Corcós, preocupado únicamente con sus préstamos y las cuentas del tanto por ciento, no tiene tiempo para preocuparse de nada de lo que puede contribuir á embellecer la vida, que la pasión del oro endurece el corazón y ciega la fantasía.

En todo el Mellaj se encuentra una sola fuente, que no fue concedida á los judíos, como pudiera imaginarse, sino á los cristianos que en tiempos pasados allí residían. Se tienen datos de que en aquellos lugares se encontraba la casa de los misioneros franciscanos, á quienes los Sultanes siempre apreciaron mucho, y á quienes hicieron la concesión citada; pero por más indagaciones que hemos hecho en compañía del padre Cervera, no nos ha sido posible dar con ningún rastro del primitivo establecimiento religioso. Aunque el convento de-



bió ser trasladado al Mellaj en época reciente, puesto que en los primeros tiempos de su fundación se hallaba en la *Sajena*, ó barrio de los cautivos, no hubiera dejado de tener interés averiguar dónde estaba situado en los años porque fue extinguido, y los misioneros franciscanos hubieron de abandonar en definitiva la capital del Imperio.

Uno de los lugares más curiosos que hay en la Judería es el patio reservado á los joyeros, que está completamente aislado, rodeado por altas murallas y cerrado por fuertes puertas. Con medios toscos y primitivos, en pequeños cuchitriles, se fabrican lindas alhajas de plata y oro, adornadas con piedras preciosas, que los mahometanos adquieren, para ofrecerlas á las mujeres del Harem. Ellos, por mandato del Profeta, no deben usar joyas de ninguna clase, si bien la prescripción divina no se sigue rigurosamente. Véanse allí brazaletes y ajorcas para los tobillos, largos pendientes de oro, broches caprichosos, ricos estuches de plata, labrada á cincel, para guardar al Alkorán, sortijas, cadenas y collares; y no es raro encontrar antiquísimas monedas de antiguos Sultanes y de gran valor numismático, que enriquecerían la colección de cualquier arqueólogo. También se distinguen los artífices hebreos batiendo el cobre, con el que hacen preciosos trabajos, entre los que figuran bandejas de todos tamaños, exornadas con caprichosos dibujos, y servicios de té, de hechura elegante, compuestos de tazas, teteras, platos y otras vasijas, en las que se mezcla el cobre rojo con el dorado, formando un conjunto en extremo original.

A la salida del Mellaj, y junto á la única puerta que le comunica con el resto de la ciudad, se encuentra la cárcel de mujeres, antiguo é imponente edificio, en cuyas fuertes murallas anidan innumerables cigüeñas. Tal construcción es debida al ilustre Sultán de los Sherifes Saadies, Abu Mohammed Abdallah el Galeb, que la mandó edificar para hospital por los años 970 de la hegira. Se cuenta que la piadosa fundación estaba dotada con grandes rentas, pero ninguna de ellas sub-



siste en el presente, y en el interior del amplio edificio sólo gimen unas cuantas desgraciadas, que sufren tristísima vida de angustias y pesadumbres. Lo mismo ocurre en la cárcel de hombres, donde los detenidos yacen olvidados de todos, en la mayor miseria y abyección. Para ganarse un mezquino sustento fabrican cestos, canastas y bandejas de paja, lindamente trabajadas, y unos curiosos abanicos, de hechura de bandera, hechos de palma tejida y adornados con recortes de paño de infinitos colores, que forman dibujos caprichosos. En algunos de estos abanicos se hallan torpemente reproducidos todos los objetos que se usan para servir el té á la moruna, y no dejan de encontrarse algunos que presenten un aspecto en extremo vistoso y original.

A propósito del triste abandono en que se encuentran los prisioneros castigados por la justicia marroquí, debo referir que, hablando acerca de tal particular con Abd-el Krim Ben Soliman, el propio Ministro de Negocios Extranjeros, como yo le hiciera ciertas observaciones, criticando la crueldad con que semejantes desgraciados eran tratados, me contestó con razones extrañas, pero que no dejan de ser justas en cierto modo. «En tu país—me dijo el magnate (hay que advertir que Abd-el Krim Ben Soliman acompañó la embajada que, presidida por Sidi Brisha, visitó la corte de España después de los sucesos de Melilla),—los criminales son encerrados en las prisiones, donde el Estado se ocupa en mantenerlos, sin que les falte nada de lo necesario. En tanto muchos hombres honrados no tienen para vivir, y luchan por alcanzar un mezquino sustento. ¿Es esto equitativo? De ningún modo. Además los ciudadanos honrados pagan contribuciones y gabelas, cuyo importe sirve para sufragar los gastos ocasionados por las prisiones. Es decir, que los justos pagan para mantener á los culpables. Los unos trabajan, y los otros no hacen nada, cubriendo, sin embargo, sus necesidades. ¡Extraña justicia la vuestra! Créeme, nosotros seremos crueles y duros con los culpables, pero nunca consentiremos que éstos vivan á



costa de los inocentes. Si faltaron, deben purgar su delito, sin ser gravosos ni al Estado ni á los ciudadanos.»

Precisa reconocer que los argumentos aducidos por Abdel Krim Ben Soliman dan que pensar y merecen ser tenidos en cuenta, á pesar de lo que puedan decir los sociólogos y criminalistas.

3 de Junio.

Los agregados militares que nos han acompañado para presentar las armas regaladas por España al Sultán, se han marchado al medio día, una vez terminada su misión. Ayer por la mañana fueron recibidos en audiencia privada por el soberano, y en su presencia desmontaron uno de los fusiles Maüsser fabricados en Oviedo, explicando minuciosamente su mecanismo y funcionamiento. S. M. Abdul-Azis demostró vivo interés durante todo el acto, al que no asistió el personal de la Embajada, por haber expresado su deseo de que la audiencia revistiese un carácter estrictamente privado é íntimo. La nota fue tan exagerada, que se prescindió hasta del necesario intérprete, por lo que la entrevista debió resultar en extremo curiosa, puesto que ni los marroquíes que á ella asistieron hablaban el castellano, ni ninguno de los Oficiales de Artillería comprendía una palabra de árabe. Gracias que la mímica puede llegar á ser un lenguaje altamente expresivo.

Cierto es que los fusiles y carabinas Maüsser, de modelo español, son armas perfeccionadas de indiscutible valor; pero ignoro hasta qué punto pudieran interesar al soberano de Marruecos, que ya posee aparatos similares construídos en Alemania é Inglaterra, semejantes perfeccionamientos. Tampoco se hicieron disparos que pudieran acreditar el alcance y fuerza extraordinaria desarrollada por los proyectiles, ni la velocidad pasmosa con que se suceden, y las grandes facilidades que efrece la carga y descarga. Con nosotros había venido un tirador consumado, encargado de hacer las pruebas necesarias; pero sus servicios no fueron utilizados. Creo seguro que



su extremada habilidad y destreza hubiera causado gran efecto entre los mahometanos. Pero en este país todo es extraordinario y fuera del orden natural; cuando todos esperábamos que se realizarían experiencias prácticas que demostrasen el mérito de las armas fabricadas en España, resulta que el Sultán se contenta con una explicación pantomímica del mecanismo del fusil Maüsser, reduciéndose todo el acto á armar y desarmar uno de ellos. Es decir, demostraciones técnicas casi incomprensibles para quien no conoce la teoría de las armas de fuego, cuando, á mi entender, hacían falta experimentos decisivos y terminantes que pudieran herir vivamente la imaginación de los árabes y hacerles comprender hasta la evidencia la superioridad indiscutible de los armamentos europeos.

En sus detalles, el acto se verificó con arreglo al mismo ceremonial seguido en la audiencia privada concedida al Ministro, salvo en los honores militares únicamente tributados al Representante de la nación. S. M. Abdul-Azis recibió á los Oficiales españoles en la sala superior de la *Kubba Suera*, acompañado tan sólo por el nuevo Ministro de la Guerra. Asistieron también á la entrevista el maestro armero y el tirador de la fábrica de Oviedo. Una de las cajas de fusiles, entregadas al Sultán el día de la audiencia solemne, había sido trasladada previamente al recinto designado, y con una de aquellas armas se hicieron las demostraciones anteriormente indicadas, sin que mediara ni una sola frase entre los españoles y los marroquíes.

Cumplido el encargo que motivaba su viaje, los Oficiales manifestaron su deseo, muy justo por cierto, de regresar á España. Nada les detenía en Marrakesh, y la verdad es que la vida en la capital magrebina ofrece muy poco atractivo. Pasada la primera impresión de curiosidad y extrañeza, comienzan á notarse las faltas de casi todas aquellas comodidades y distracciones á que nos tiene acostumbrados la vida en ciudades civilizadas, no tardando en manifestarse síntomas de nostalgia y señales visibles de aburrimiento. Para muy pocos se



mantiene constantemente excitado algún interés, que les evite caer en la monotonía desesperante de una vida sin accidentes ni emociones cuyo tedio es aumentado por el aislamiento que nos crea nuestra situación y el medio ambiente que nos rodea. Vivimos completamente separados del pueblo marroquí, y cada día se acentúan más y más las inmensas diferencias que existen entre su civilización y la nuestra. Comprendo, pues, el deseo de los militares que, previa la autorización del Ministro, se han marchado esta tarde, proyectando acampar en *Suinia*, y seguir su viaje á jornadas forzadas, para llegar en el plazo más breve posible á Mazagán, donde se embarcarán para la madre patria. ¡Dios les acompañe en su camino!

La partida nos ha causado una triste impresión. A pesar de las divergencias de carácter y temperamento inevitables, todos los individuos de esta Embajada formábamos una especie de gran familia, de la que se han separado dos miembros queridos. Durante largo tiempo hemos habitado bajo el mismo techo, hemos compartido las fatigas de un viaje penoso, cambiando nuestras impresiones y estableciéndose entre todos las más sinceras y amistosas relaciones, cimentadas en la estimación recíproca y el mutuo aprecio. Es natural que la marcha de los Sres. Ayensa y Benítez, así como la del maestro armero y el tirador, nos produzcan su efecto, dejándonos un vacío difícil de llenar. Todos ellos, por sus bellas cualidades, se habían captado nuestras más cordiales simpatías.

5 de Junio.

Los acompasados trámites de la etiqueta marroquí establecen que los Jefes de Misión, después de haber sido recibidos en audiencia privada, pasen á saludar, escalonando sus visitas con un intervalo de tres días, á los diversos Ministros de la Corona y altos dignatarios de la corte.

Conformándose á tal práctica, el Sr. Ojeda pasó anteanoche á visitar, en su domicilio particular, al primer funcionario del



Imperio. El nuevo Gran Visir Hadj Mucktar recibió y agasajó con gran cortesía y esplendidez al representante de España, estableciéndose un verdadero torneo de atentas y lisonjeras expresiones. Hallóse presente á la visita el tantas veces citado Abd-el-Krim-ben-Soliman, que amenizó el acto, haciendo un relato hiperbólico de las maravillas que había podido admirar en España durante su expedición en compañía de Sidi Brisha. Con gran entusiasmo habló de los espléndidos monumentos que el arte árabe había dejado entre nosotros, refiriendo las grandezas del alcázar sevillano, de la mezquita cordobesa y de la Alhambra granadina. Enumeró también las grandes riquezas que en manuscritos orientales poseía la Biblioteca del Escorial, y por último, se extasió narrando las maravillas de la civilización moderna. Su exaltación no reconoció límites cuando trató de la animación extraordinaria que había notado en las calles de la capital de España: «Que es — decía — cinco veces más grande que Fez», pretendiendo hacer comprender á su atónito interlocutor la multitud de coches, tranvías, caballos, transeuntes y velocípedos que circulan por Madrid. Estos últimos artefactos le chocaban sobremanera, y para explicar la velocidad de sus movimientos, remedaba los gestos de un velocipedista lanzado á la carrera. La escena era única. De una parte la expresiva pantomima de Abd-el-Krim al abordar ciertos detalles, y de otra el creciente asombro y los grandes esfuerzos que la ofuscada inteligencia del Gran Visir realizaba para tratar de asimilarse tan inauditas descripciones, formaban un cuadro cuya originalidad hizo peligrar en más de un momento la grave seriedad que tan solemne acto imponía.

El Hadj Mucktar, que parece una excelente persona, nos obsequió con infinidad de dulces y pastas y sendas tazas de ese té especial, excelente bebida aromática que es de rigurosa necesidad en toda recepción mahometana. Mezcla de té verde, hierbabuena, azahar y ámbar; semejante infusión, que se sirve muy azucarada, resulta sumamente agradable, y sin ningún esfuerzo se cumple la costumbre que prescribe beber por



lo menos tres tazas, si no se quiere desairar al anfitrión. La visita fue muy agradable, y no se prolongó demasiado.

Ayer tarde, el Gran Visir nos devolvió la cortesía. Presentóse en Dar Muy Alí, acompañado por numeroso séquito, y permaneció entre nosotros largo rato. Durante él pudimos observarle y formar juicio sobre su persona. Primo hermano del difunto Ba-Ahmed, el Hadj Mucktar procede, como aquél, de una familia de esclavos sudaneses, y por lo tanto, su tipo es francamente africano. De fisonomía poco inteligente, nariz roma, mirar vidrioso, labios gruesos, cejas pobladas, dientes deformes y grandes oídos, á través de sus groseras facciones y de su tez bronceada se advierte tal expresión de afabilidad y genial benevolencia, que se hace simpático desde el primer momento. Hombre de edad proveyta, inteligencia escasa, cuya ilustración no alcanza más allá de los comentarios del Alkorán, desconocido hasta la fecha, é ignorante de cuanto al gobierno del Estado se refiere, parece realizar sin duda alguna el sucesor ideal que el astuto Ba-Ahmed soñaba y que con tanta solicitud recomendó al Sultán antes de morir.

Todas estas razones hacen suponer fundadamente que la influencia del Hadj Mucktar en la política interior del Imperio será escasa, por no decir casi nula, y que los miembros del Gobierno actual, que en realidad podrán imprimir algún carácter personal á los asuntos del Estado, serán Abd-el-Krim-ben-Soliman, en lo que atañe á las relaciones exteriores, y El Menebbi, Ministro de la Guerra, en lo concerniente al régimen interior, manteniéndose en la sombra, pero con una intervención decisiva, el viejo y solapado Tasi, caracterizado por sus tendencias retrógradas y su sistemático odio á los cristianos, que, á modo de consultor secreto, hace ya años que viene desempeñando el papel de consejero *in extremis*.

También hoy hemos visitado al Ministro de la Guerra, joven muy simpático, sumamente fino y en extremo elegante. En esta entrevista se repitieron las cordiales manifestaciones de costumbre, y fuimos agasajados con verdadera esplendi-



dez. Lo más extraño es que en tales reuniones nada se habla de los asuntos que nos han traído á Marrakesh. Las negociaciones con Abd-el-Krim Ben-Soliman, encargado de conferenciar con nosotros, no comenzarán hasta mediados del corriente, aplazamiento motivado por la circunstancia de que el Sultán se encuentra en la más completa ignorancia de los asuntos internacionales, desconociendo en absoluto los tratados firmados por sus antecesores con las potencias extranjeras, y desea estudiarlos, á fin de tratar y decidir por sí mismo los asuntos concernientes á España. De retraso en retraso, no sé hasta cuándo se va á prolongar nuestra estancia en la capital de Marruecos, pues las negociaciones, dado el temperamento de los árabes y su característica suspicacia, han de prolongarse durante muchos días, aún más si se tiene en cuenta que los funcionarios marroquíes, que eluden el trabajo por cuantos medios tienen á su alcance, se niegan á hacer nada los lunes, porque reciben la correspondencia del interior del Imperio; los jueves, porque los dedican á los goces y placeres del harem, y los viernes, por estar consagrados á la oración. Es decir, que entre unas y otras cosas se pierden tranquilamente tres días por semana, sin contar aquellos en que, sin causa ni fundamento alguno, tampoco se hace nada. Lo temible es que se aproximan las grandes solemnidades de la Pascua de Mulud, aniversario del nacimiento del Profeta, y que durante los quince días que duran las fiestas, la religión y la costumbre prohíben terminantemente ocuparse de negocios profanos. Como la estación avanza, tememos que los grandes calores nos sorprendan durante el viaje de regreso, lo que sería muy desagradable y hasta podría causarnos graves perturbaciones, puesto que no estamos acostumbrados á sufrir las altas temperaturas de estas latitudes ni las inclemencias del ardiente sol africano.

Al pasar por la Mamunia para saludar á nuestros compañeros italianos, que habiendo terminado ya su misión, se disponen á marcharse de un día para otro, me encuentro con que acaban de recibir los espléndidos regalos ofrecidos por el Sub-



tán á los representantes de S. M. Humberto I. He podido admirar soberbios sables, cuyas vainas, de terciopelo de distintos colores, están revestidas con ricas aplicaciones de plata doradas y esmaltadas; espléndidas sillas de montar morunas, bordadas en oro; magníficos tapices y hermosos caballos, entre los que descuella el regalado al Ministro, magnífico alazán dorado, de ricas formas y elegantes movimientos, que, lejos de reproducir la estampa de los caballos árabes delgados de cuerpo y finos de remos, se asemeja mejor al tipo *percherón* ó *normando* por su robusta musculatura y amplitud de carnes. Casi se diría la reproducción viva de los caballos panzones que montan Felipe III y Felipe IV en sus estatuas ecuestres de Madrid. Esta es la clase de caballos que se encuentra con más frecuencia en el Imperio y los que generalmente sirven al Emperador. Los arreos á la jineta y las mantas y gualdrapas que cubren la silla moruna, disimulan bastante su falta de proporciones, y así aderezados los caballos mauritanos, si no precisamente graciosos y elegantes, resultan majestuosos y soberbios.

Nuestros queridos colegas nos cuentan maravillas de los espléndidos banquetes con que han sido agasajados por Su Majestad Abdul-Azis en la huerta de la *Menara*, por el Gran Visir y por el Ministro de la Guerra, y, á decir verdad sus descripciones nos hacen desear presenciar comidas tan extraordinarias y fuera de lo corriente. Como es seguro que nosotros, una vez terminada nuestra misión, seremos obsequiados de idéntico modo, espero que llegue el momento para describir con exactitud semejantes festines, verdaderamente dignos de Pantagrúel y Gargantúa.

6 de Junio.

Cada día nos quedamos más solos. Esta mañana fuimos á acompañar hasta las afueras de la ciudad á los Sres. Malmusi y á sus compañeros de la Embajada italiana, que partieron en dirección á Rabat, pues acarician el proyecto de regresar á



Tánger por tierra, realizando así un viaje interesantísimo á través del Imperio. Nosotros aún ignoramos si volveremos por el mismo insípido y empalagoso camino de Mazagán, ó si bien nos atreveremos, lo que confieso que me encantaría por la novedad, á seguir las orillas del Tensif, hasta llegar á Mogador, donde nos recogería el *Carlos V*. No sé por qué me temo que no se realice semejante deseo, y que tornemos á Tánger tranquilamente por el mismo camino que vinimos á Marrakesh. Hasta fuera de *Bab el Amhra* acompañamos á nuestros amigos, de quien nos separamos con hondo sentimiento. El Sr. Malmusi, con su jovial carácter, y su hijo Carlo, entrañable amigo mío de Tánger, eran compañeros agradabilísimos, y aquí, lejos de toda civilización, se había estrechado sobremanera nuestra amistad, que se conservará seguramente á través del tiempo y la distancia. Mucho vamos á echar de menos nuestras continuas reuniones en Dar Muley Alí, ó en *La Mamunia*, donde encontrábamos siempre cariñosa acogida y fraternal hospitalidad.

Una vez que se alejaron nuestros amigos, sirviéndome de guía el bueno del Tebib Mariano, he emprendido una larga excursión por algunos barrios de la ciudad que todavía no había visitado. Deseaba aprovechar el tiempo, y temiendo que una vez empezadas las negociaciones diplomáticas, los trabajos de Cancillería me privasen de la libertad é independencia necesarias, he aprovechado la mañana para recorrer las principales mezquitas de Marrakesh que aún me eran desconocidas. Fuimos primero á la *aljama de Ben-Almanzor*, santuario situado dentro del recinto de la *Kasbah*, que se comunica interiormente con el palacio imperial. Allí es donde los Sultanes de Marruecos acostumbran á hacer sus oraciones, celebrándose las del Viernes por la tarde con inusitada pompa. La puerta principal de la mezquita, bastante escondida y disimulada, es una muestra primorosa de la arquitectura árabe africana. Está llena de elegantísimos arabescos y alicatados de estuco que afean sobremanera las sucesivas capas de cal con que han



sido revestidos por artífices ignorantes. Creo que convenientemente restaurada la puerta principal del santuario de *Ben-Almanzor*, figuraría dignamente al lado de los más bellos pórticos de la Alhambra ó del Jeneralife.

Pasamos después á proximidad de la mezquita de *Ben-Yusef*, que cuenta, según se dice, con seiscientos cincuenta y dos años de existencia. Debe ser inmensa, á juzgar por las dimensiones del recinto exterior, pero ofrece poco interés, formando una extraña mezcla de arquitectura antigua y moderna, gracias á haber sido reedificada en su mayor parte. De allí nos dirigimos al venerado sepulcro de *Sidi-Abdelazis*, santuario sacratísimo, cuyas calles afluentes están cerradas por fuertes cadenas de hierro, allí tendidas, con objeto de impedir el paso á las innumerables caballerías que libremente circulan por las calles de Marrakesh, así como á los infieles y profanos. Con gran sorpresa de los fanáticos musulmanes, y siguiendo al *Tebib Mariano*, que viste á la usanza moruna, me atrevo á burlar la consigna, y saltando la férrea cadena, me interno denodadamente por el callejón que al santuario conducía. Es imposible describir el asombro de los circunstantes, que no se daban cuenta de tamaña audacia. Mis dos fieles *askaris*, cuya guardia es inevitable, no se apartaron de mí ni un solo momento, á pesar de su creciente indignación; pero como el trayecto era corto, pude recorrerlo rápidamente, lanzando de paso una mirada al interior del edificio consagrado, de manera que antes de que el pueblo pudiera darse cuenta de lo ocurrido, me hallaba fuera del recinto vedado. Aunque oímos algunos gritos de protesta, no volvimos hacia atrás nuestras miradas, y recobrando las caballerías que nos aguardaban, nos alejamos, seguidos de las maldiciones y amenazas de una turba justamente indignada y herida en sus sentimientos religiosos.

Francamente, siento haber molestado á los pobres musulmanes sin motivo, tanto más cuanto que mi curiosidad quedó castigada, puesto que no me fue dado ver nada que mereciese



la pena. La *Kubba* de Sidi-Abdelazis es un pequeño edificio que se alza en el centro de un patio reservado, y que está recargado de una multitud de adornos y arabescos de dudoso gusto, pintados de los más vistosos colorines. El exterior del santuario, que con tanto cuidado se oculta á las miradas de los infieles, es feo y revela un arte salvaje y estrafalario. No obstante, constituye para los fieles devotos de Alláh un lugar sacratísimo y venerado, al que no se aproximan sino con las mayores pruebas de respeto y consideración, en atención á los méritos del santón ó morabito que allí reposa su último sueño.

Mi guía se había propuesto hacerme visitar los principales edificios religiosos de Marrakesh, así que de la mezquita de Sidi-Abdelazis me llevó á la de Sidi-ben-Soliman, también considerada en mucho por los habitantes de la ciudad, y naturalmente oculta en medio de un laberinto de callejas estrechas y tortuosas, destinadas á impedir el paso á los profanos. En el no corto trayecto que media de un santuario á otro, pasamos ante los principales establecimientos de baños públicos, que abundan en la capital magrebina, pues es sabido que los árabes tienen la costumbre de acudir diariamente á gozar de las delicias de aquellos baños de vapor, en los que pasan sucesivamente por varias estancias gradualmente más cálidas unas que otras, lo que provoca una abundante transpiración y mantiene al cuerpo ágil y vigoroso. Tales establecimientos están abiertos desde la madrugada hasta bien entrada la noche; pero siguen un régimen especial, es decir, que por la mañana están destinados á los hombres, quedando la tarde reservada á las mujeres. Inútil creo decir que á los europeos les está rigurosamente prohibida la entrada.

El santuario de Sidi-ben-Soliman merece una visita, pues en el pequeño patio que lo precede se encuentra un pórtico y una fuente de primorosa arquitectura árabe. No puede imaginarse nada más elegante y caprichoso que estas dos pequeñas construcciones, edificadas, seguramente, en la época del



esplendor del arte morisco. Ladrillos esmaltados de diversos colores, formando mosaicos, y delicados alicatados trazados en estuco, constituyen los adornos principales de ambos monumentos, que están enriquecidos, contra la costumbre, con columnas de mármol, procedentes, sin duda alguna, de las ruinas romanas que se hallan en las faldas del Atlas.

Otro delicioso monumento, que también hemos visitado hoy, es la fuente pública denominada *Beve y mira*, nombre destinado á llamar la atención del que acude á saciar la sed en el agua fresquísima que destilan los caños de la fuente, á fin de que fije una mirada en su primorosa ornamentación. Puro refinamiento del sensualismo oriental, que pretende producir una doble sensación agradable, obrando á un tiempo sobre el paladar y la vista. Y aquellos adornos, creados por una imaginación ardiente y derrochados con sin igual esplendor, son acreedores, ciertamente, á más que una ligera mirada, á una detenida contemplación. En todas partes se observa la decadencia de este pueblo, un tiempo glorioso é ilustre; la fuente *Beve y mira* pertenece todavía á la época del buen gusto, aunque en ella comienzan á notarse aquellos colorines chillones y aquel conjunto abigarrado, formado de elementos heterogéneos que caracterizan la arquitectura propia de Marruecos, y que lucen descaradamente en la típica fuente de los curtidores. Lo más bonito del monumento de que trato, que se reduce á una especie de pórtico, en cuyo fondo se encuentra el pilar que recoge el agua, son sus artesonados, y más especialmente las vigas de cedro prolijamente labradas, una de las cuales contiene la inscripción que da nombre á la fuente.

Por último, hemos recorrido el barrio denominado del *Moj*, que aún no conocía, y que es uno de los que mejor han conservado su carácter medioeval. La ciudad es tan grande, que en cada paseo, y no son pocos los que por ella he dado, se encuentran monumentos y calles desconocidas; el barrio que hoy he visitado, puede decirse que ocupa el centro del espacio que cierran las murallas. Está situado en una especie de



hondonada, y tan escondido, que apenas se sospecharía su existencia, de modo que la misma torre de su mezquita, una de las más bonitas de Marrakesh, no se ve hasta hallarse casi junto á ella, lo que ha dado lugar á un proverbio árabe muy popular en la capital, que dice: «Tan escondido como el alminar de la aljama del Moj, que, hallándose en el centro de la ciudad, no se ve desde ninguna parte.» Y es lástima, porque la torre en cuestión, muy parecida, aunque de mucho más reducidas proporciones, á la incomparable *Kotubia* y al gentil minarete de la mezquita de Muley Yazid, vale la pena de ser visto por su elegante traza, sus lindos mosaicos y sus primorosos adornos.

Lo demás del barrio forma un conjunto de inextricables callejuelas sin salida, en extremo curioso. Durante largo rato se camina, en rigurosa fila por supuesto, pues sería imposible en absoluto marchar dos de frente, por oscuros y tortuosos callejones, y tras dar innumerables vueltas y revueltas, tras torcer diez veces á derecha y otras tantas á izquierda, cuando se encuentra uno despistado por completo, vuelve á encontrarse tranquilamente en el mismo lugar de donde partió, sin poderse dar razón satisfactoria de aquel laberinto inexplicable. En otras partes, las viviendas están situadas bajo tierra, y nuestros caballos pisan á la altura de las azoteas, por lo que podemos lanzar alguna que otra indiscreta mirada al interior de los patios de aquellos tugurios sórdidos y miserables. ¡Cuánta suciedad y cuánto abandono! Imposible parece que puedan habitar allí seres humanos sin ser diezmados por continuas epidemias. Como los habitantes del Moj se dedican en su mayor parte al oficio de curtidores, saturan el ambiente esos pestilentes miasmas que exhalan irremediabilmente todas las tenerías del mundo. Lo que contribuyó poderosamente á que abreviáramos nuestro paseo por tan mal olientes lugares.

Al llegar á Dar Muley Alí, nos encontramos con que el Ministro de la Guerra, el simpático Menebbi, ha venido á visitar al Ministro. Su lucido séquito, compuesto de *mejaznias* y



*askaris*, le aguarda en el jardín exterior, y yo al verlo me bajé de mi caballo con el fin de ocultarme en el pabellón chinesco que ocupa el Kaid Erha, y ver si desde allí puedo hacer una fotografía de la comitiva á su salida del palacio. Tras breve rato de espera, vivas señales de agitación, dadas por parte de los soldados y servidores, me avisaron que se aproximaba el *Kebir el askar*, el soldado grande, título oficial del Ministro de la Guerra, quien no tardó en aparecer, envuelto en los pliegues de blanquísimo y transparente alquicel. Todos los árabes presentes hicieron una profunda inclinación, murmurando al mismo tiempo respetuosas frases de saludo. Aproximaron el soberbio corcel, lujosamente enjaezado, del magnate; un esclavo le presentó su rodilla derecha para que le sirviera de escabel al cabalgar, mientras que otro sostenía el estribo izquierdo, pues es sabido que los jinetes árabes, á diferencia nuestra, montan por la derecha. Una vez á caballo, otros servidores le calzaron los acicates damasquinados de oro de larguísima punta, que no es costumbre conservar pie á tierra, y el Menebbi, que con impasible indiferencia había recibido tales pruebas de servilismo, se alejó al pesado trote de su bridón, envuelto en hierática majestad y rodeado de los esclavos y soldados de su séquito, que corrían presurosos para conservarse en su compañía.

Cuando pasaron junto á mí, apreté el botoncillo de mi *photojumelle*, quedando retratada la lujosa comitiva, no sin que me gritara, sonriéndose con malicia, Sidi Mohammed-ben-Kaab, Secretario intérprete del Ministro marroquí, en correcto francés: *¡Ah! vous faites de la photographie!*

RAFAEL MITJANA.

(Se continuará.)



# EL AÑO SOCIOLOGICO (1900)

---

## I

Siguen siendo del más alto interés, para cuantos sientan afición hacia los estudios sociológicos, y aun para toda persona culta que desee enterarse de la marcha del pensamiento científico en esferas tan importantes, las dos publicaciones que normalmente me sirven para hacer este trabajo: los *Annales de l'Institut International de Sociologie*, de M. R. Worms, y *l'Année Sociologique*, de M. E. Durkheim. Tengo á la vista el volumen VII de la primera (1) y el IV (1899-1900) de la segunda (2), y á ellos voy á referirme exclusivamente en este resumen, breve por necesidad, del movimiento doctrinal de la sociología en el pasado año de 1900.

Los *Anales* contienen esta vez varias de las Memorias leídas en el Congreso Internacional de Sociología, celebrado en París en Septiembre del año último, con ocasión de la Exposición Universal, y resúmenes de las discusiones á que dichas Memorias dieron lugar. No figuran al parecer en este tomo, ni todas las Memorias presentadas, ni todas las discusiones habidas: faltan las referentes á un tema de tan especial y palpitante interés como el del *Materialismo histórico*,

---

(1) Un volumen de 317 págs. París, Giard y Briere, editores.

(2) Un volumen de 628 págs. París, F. Alcan, editor.



ó concepción materialista—ó *realista*, como algunos quieren, quizá con razón—de la historia, el cual expresa, por un lado, una de las características del socialismo científico, y por otro, entraña una *fórmula* sociológica, discutible sin duda, en mi concepto parcial, limitada, pero digna de la consideración más detenida, aunque no sea más que por lo mucho que *pesa* y puede *pesar* en ciertos ideales políticos y en ciertas soluciones sociales de trascendencia universal. Muy de veras siento que el volumen de los *Anales* que hoy tomo en cuenta no comprenda el materialismo histórico, pues con particular gusto hubiera dedicado gran parte del presente artículo á tratar de él, recordando de paso los importantes debates que sobre el mismo punto ha habido no hace mucho en la *Sociedad de Sociología* de París, y publicados por extenso en la *Revue Internationale de Sociologie*. Pero no hay más remedio que esperar otra ocasión. Después de todo, el tema será de actualidad durante mucho tiempo todavía.

El volumen del *Año*, de M. Durkheim, no desmerece en nada de los anteriores, ni por los trabajos originales, de pura investigación sociológica, ni menos por la cantidad y la calidad de la información bibliográfica, ni, en fin, por la seriedad y variedad de la crítica. Contiene esta vez tres Memorias originales y los análisis de numerosísimos libros, artículos de revistas, y abundantísimas notas é indicaciones de las publicaciones sociológicas de todo género.

Los temas tratados en las memorias de ambos volúmenes son los siguientes: en los *Anales*, *El Clan*, excelente trabajo sintético de Max Kovalewsky; *La familia artificial*, muy erudito estudio de M. R. de la Grasserie; *La Mecánica Social*, un ensayo de concepción sociológica, hecho con su espíritu rigurosamente científico, de M. L. F. Ward; *Los prejuicios de la sociología contemporánea*, en que M. de Roberty deshace alguno muy importante, y *Las asociaciones industriales y la solución pacífica de las huelgas*, de M. Alberto Iaffiée. En el *Año*, el sabio autor de las *Ideas igualitarias*, M. Bouglé, nos ofrece



un estudio erudito, de una erudición sólida, y concebido de la rigurosa manera que caracteriza las bellas lucubraciones sociológicas del libro que acabo de citar, acerca de cosa tan interesante en la historia como el *Régimen de las castas*: á continuación expone M. Durkheim *Dos leyes de la evolución penal*, y por fin, M. Charmont examina las *Causas de extinción de la propiedad corporativa*.

Dejando para luego el examen de aquel problema que estimo capital en la ciencia sociológica, á saber, el de su concepto y determinación de su contenido, problema que aparece estudiado en diversos trabajos de los analizados en el *Año* y en alguna de las Memorias y discusiones de los *Anales*, vamos ahora á reseñar, con la brevedad posible, el movimiento científico de la sociología tal como resulta, especialmente de los análisis críticos del primero de los dos libros citados.

## II

En dos grandes grupos cabe clasificar los libros y artículos de Revistas de que en la publicación de M. Durkheim se da cuenta: trabajos de sociología general ó propiamente de sociología filosófica, ó bien de filosofía de la sociología en sus dos direcciones bien conocidas: *genética*, spenceriana—la una—y abstracta ó psicológica la otra, y trabajos de sociología especial, de capítulos de la sociología, relativos los unos á instituciones sociales, los otros á aspectos sociológicos de la vida del hombre y á problemas que deberían comprenderse en una historia de la vida social.

No he de dar cuenta por el momento de los trabajos del primer grupo: como el problema que veo en los mismos considerado es el que más arriba indico—el de la sociología como ciencia,—dejo las reflexiones acerca de la misma para luego, y me limito á los del otro grupo.

Una ojeada de conjunto sobre los materiales bibliográfi-



cos, reunidos por M. Durkheim y sus colaboradores los señores Charmont, Richard, Bouglé, Levy, Aubin, Lapie, Bourgin, Fauconnet, Hubert, Mauss, Parodi y Simiand, permite hacer la apreciación siguiente: Continúa siendo un asunto que atrae especialmente la atención de las gentes científicas el relativo á la que M. Durkheim llama *Sociología religiosa*. En el *Año* á que nos referimos figura en primer lugar. Comprende el análisis de los libros y demás estudios sobre temas de sociología religiosa: ideas y fenómenos de la religión, creencias, ritos, etc., etc., 145 páginas, examinándose en ellas, con relativo detenimiento, cuarenta y ocho obras, á más de las notas bibliográficas relativas á muchas más y de la indicación escueta de otras que se estiman de menos interés. Sigue en orden de importancia, á lo menos hasta donde ésta puede inferirse de esta primera apreciación, la *Sociología jurídica y moral*, que ocupa 128 páginas del *Año*, comprende el análisis detenido de treinta y cuatro obras, mas las notas é indicaciones bibliográficas consiguientes. Las otras dos secciones, que contienen materiales no tan abundantes, pero sí de cierta importancia, son por este orden: la de *Sociología económica* y la de *Sociología criminal*. Por último, figuran con escaso contingente de trabajos científicos, la sección de *Morfología social* y la de *Variedades (Sociología estética y Tecnología)*.



## III

La *Sección de Sociología religiosa* del *Año* comprende, en primer lugar, los trabajos relativos á *Concepciones generales*. Sólo una obra de cierta importancia figura aquí: la de E. D. Starbuck, *The Psychology of Religion*, que es un estudio de carácter empírico, es decir, fundado principalmente en la estadística y en la observación del desenvolvimiento de la conciencia religiosa. El problema es de verdadero interés: ¿cómo



y cuándo se produce en el hombre ese sentimiento, ó mejor, el fenómeno de la creencia? No parece ser, sin embargo, según el expositor—M. Mauss,—que el autor dé una respuesta á esta pregunta. «No nos da en manera alguna una «psicología de la religión», ni aun siquiera una teoría realmente satisfactoria de la formación de la conciencia religiosa. En el fondo, sólo he estudiado el funcionamiento del protestantismo en América...» Bajo el epígrafe de *Fenómenos religiosos elementales* se analizan ó indican numerosas publicaciones acerca de las *religiones primitivas* y de las *supersticiones populares*. En el primer grupo, se deben señalar á un lado, algunos trabajos sobre los aborígenes de ciertos pueblos, muy estudiados por los etnógrafos; v. gr.: los australianos—la obra de P. Mathew, *Eaglehawk and Crow*—y los tasmanianos,—el libro de Ling-Roth— *The Aborigenes of Tasmania*; y de otro, varios sobre el fenómeno, interesantísimo por demás, del *Totemismo*: estudios de Hartland, Jevons, Pikler, etc., etc. En el segundo grupo es preciso citar el trabajo de W-W. Skeat, *Malay Magic*, rico en datos, en su mayoría, clara y seguramente expuestos, curiosísimos y de verdadera utilidad para el sociólogo; fuera de ésta, se registran hasta veintisiete estudios de muy vario interés. La *Magia* constituye un capítulo especial en esta sección de sociología religiosa, entendiendo por ella, según una muy aceptable definición del autor de uno de los libros analizados, M. Seler—*Magia y magos en el antiguo Méjico*,—«las ceremonias extrañas al cuadro de los actos del culto propiamente dicho». Por cierto que el segundo libro examinado, el de R. Campbell Thompson, *The Reports of the Magicians and Astrologers of Nineveh and Babylon in the British Museum*, suscita serias dudas respecto de la manera adecuada de definir los fenómenos de magia. Según M. Hubert, «los *rappports*, publicados por M. T., no tienen nada de común con la magia y los magos; se trata de prejuicios greco-latinos que nos acercan á la astrología de la magia». De las demás obras examinadas aquí, la más interesante quizá es la de A. Bouché-Leclerq, *L'Astrologie grec-*



que; tiene este autor una excelente idea de la astrología; es, dice, una obra colectiva, y su estudio «interesa, en primer lugar, á cuantos tratan de conocer al hombre, analizando en sus obras colectivas la más espontánea y activa de sus facultades, la de creer».

Sobre *Creencias y ritos relativos á los muertos*, tema siempre muy estudiado entre los etnógrafos y de capital importancia, como Spencer ha demostrado, para explicar los orígenes de las religiones, se analizan cuatro obras principalmente: una de ellas, de A. Jeremías, acerca del *Infierno y el paraíso entre los babilonios*; y las otras de Berthollet, Grueneisen y Charles, acerca de las creencias de los israelitas. La de este último parece ser un trabajo de muy alto valor científico. También se analizan obras de mucho interés acerca de las sociedades religiosas y de su organización. Merecen especial mención: 1.º, un libro de Budde, acerca de la *Religión del pueblo de Israel hasta el destierro*, en el cual se hace una historia muy viva y positiva, de los comienzos de la religión hebraica, mediante la indagación sociológica de los fundamentos sobre que descansa la sociedad religiosa formada por Israel y su Dios; 2.º, otro de Buechler, que aclara el período tan obscuro y perturbado de la historia judía, que abarca desde la dominación de los Tolomeos en Palestina hasta la sublevación de los Macabeos contra los Seleucidas; 3.º, un curioso trabajo de Kirseh sobre la *Doctrina de la comunidad de los Santos en la Antigüedad cristiana*; 4.º, una hermosa *Historia eclesiástica de los países alemanes*, de A. Kauck, etc., etc.

En tres grupos aparecen clasificados los trabajos referentes al *Ritual*: el uno, muy nutrido, comprende los relativos á las ceremonias y ritos manuales; el otro, muy poco nutrido, abarca varios escritos sobre ritos verbales; y en el tercero, de muy rica información, se contienen numerosos estudios acerca de las *Fiestas*. Limitándome á este último, conviene señalar la obra del insigne americanista Seler (en alemán) acerca de las *Fiestas Mejicanas*; la de W. Fowler sobre las *Fiestas Romanas*;



la de Bilfinger acerca de la *Cronología de los antiguos germanos*, fuera de otras, que por falta de espacio no cito.

A continuación, y bajo el epígrafe común de *Las representaciones religiosas*, puede el lector del Año examinar muy varias publicaciones acerca de los *Dioses* (por ejemplo, la de A. Gruenwedel, *Mitología del Budismo en el Tibet y en Mongolia*, obra erudita y á la vez muy sistemática), de los *Santos* (entre otras, la de C. A. Bernoulli, *Los Santos Merovingios*) y de los *Demonios*. Luego figuran los trabajos sobre *Mitos, leyendas y cuentos*, mereciendo especial mención *La Evolución de la Historia*, del sabio Letelier, y *El mito etnogónico de los germanos*, de F. Stein; otros sobre *Dogmas*, y por último, varias obras acerca de las *Grandes Religiones*. De éstas es preciso señalar la que nos ofrece una exposición de la *Religión de la América Central*, del sabio Haebler, americanista eruditísimo; otra de los *Indios y el Iran*, de O'denberg—libro de vulgarización;—otra de la *Religión Babilónica*, de King, etcétera, etc.

#### IV

La *Sociología Jurídica y Moral*, ó *Estudio*—dice un epígrafe explicativo—*de las reglas jurídicas y morales consideradas en su génesis*, abarca el análisis de trabajos de muy varia naturaleza y alcance. Por otro lado, están éstos distribuidos en capítulos numerosos, que quieren responder á una cierta diferenciación sistemática de materias: de un lado, las *Consideraciones generales*, es decir, estudios sobre puntos generales jurídicos, á saber: *Evolución jurídica y moral*, *Derecho consuetudinario*, *Jurisprudencia*, y no creo que hubiera estado fuera de su sitio el último capítulo, que comprende el análisis del excelente trabajo de M. Bouglé sobre las *Ideas Igualitarias*, verdadero modelo de investigación sociológica. De



otro lado, figuran los capítulos de instituciones ó de organización, á saber: Organización social y política, Organización de grupos locales, Organización doméstica, Derecho de propiedad, Derecho contractual, Derecho criminal, Costumbres de grupos sociales.

No seguiré paso á paso la exposición de los interesantes análisis de esta sección. Quiero limitarme á señalar algunas de las obras más importantes de las que en ella se examinan. Por de pronto, es preciso citar el trabajo, muy estimable, de M. Tanou, *L' Evolution du Droit y la conscience sociale*, y el interesante estudio de V. Miceli sobre *La forza obbligatoria della consuetudine*, materia ésta que cada vez habrá de preocupar más—con razón—á los juristas y sociólogos. Pero en esta primera parte de la *Sección* que resumimos, la obra sin duda más importante, obra de jurista verdadero, es la de F. Geny, *Methode d'interpretation et sources en droit privé positif*. Conozco el libro directamente, y me explico sin esfuerzo que, como dice su crítico M. Levy, la publicación del mismo «haya hecho gran impresión», especialmente entre los juristas franceses, que han debido ver en las apreciaciones de M. Geny verdaderas novedades atrevidas. Hay en la crítica de M. Geny del método jurídico de interpretación actual, dos apreciaciones que indican su orientación segura y bien preparada en el conocimiento del Derecho, de una manera realista é histórica: advierte en tal método estos dos defectos: gran exageración del elemento legal y abuso de las abstracciones lógicas, y frente á ellos, indica al intérprete, si quiere hacer obra buena en la reconstrucción jurídica que á diario se verifica, como consecuencia de las transformaciones de la vida, la necesidad de atender á la ley, á la costumbre, á la autoridad y á la tradición, y á la libre investigación científica... Pero preciso es pasar adelante: basta lo dicho para señalar el mérito de tan importante libro, escrito todo él, además, como dice M. Levy, con una riqueza tal de desenvolvimiento, un análisis tan sutil, una viveza y flexibilidad y una



variedad y prodigalidad de ejemplos tales, que hacen de él una obra de acción potente.

Es verdaderamente extraña la escasez de publicaciones que se advierte en la materia de organización política. Sólo un trabajo se cita, en brevísima nota, que, á mi ver, merecía más amplio estudio: el de Commons, *A sociological view of sovercignty* (del *Journal of socioligy* americano). Ofrece mayor interés la bibliografía de la organización doméstica; los trabajos de Steinmetz sobre la *Familia humana*: indicación del método para practicar investigaciones fecundas—método sociológico—de Flach, acerca del *Levirat*—crítica de la doctrina de Sumner Maine, Mac Lennan, Morgan—de Puini, sobre el *Matrimonio en el Tibet*, son, entre otras, especialmente recomendables, como lo es también la obra de Verdelot (P.), acerca *Du bien de famille en Allemagne et de la possibilité de cette institution en France*, y la de Grasshoff sobre el *Derecho contractual entre los árabes*.

Contrasta con la escasez bibliográfica de varios de los capítulos de esta sección la relativa abundancia de trabajos, algunos de verdadero empuje, que se registran en el Derecho criminal. Allí está el magnífico Manual de Mommsen, *Roemischen Strafrecht*, que de manera tan magistral resume esta rama del Derecho romano; una monografía muy llena de datos, de Procksch, sobre la *Venganza de la sangre entre los árabes preislámicos*; un libro de E. Alabaster acerca del *Derecho criminal chino*; el erudito trabajo de G. Apper, *Un code de la Feodalité japonaise au XIII siècle*, y en otro orden, el estudio del sabio criminalista y sociólogo M. G. Richard, publicado en la *Revue philosophique* acerca de *La responsabilité et les equivalents de la peine*, la *Introducción al Derecho penal*, de Licpmann, etc., etc.



## V

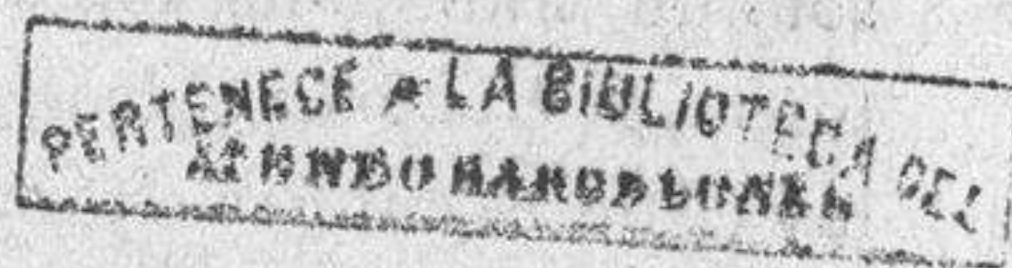
La sección de *Sociología criminal y de Estadística moral*—ó estudio, se añade, de las reglas jurídicas y morales consideradas en su funcionamiento, contraponiéndolo así al de Sociología jurídica—va precedida de una larga nota explicativa, á manera de introducción particular, de M. Durkheim. En esta introducción razona el sabio sociólogo la manera cómo se va *haciendo* la clasificación de los materiales bibliográficos que analiza y resume el *Año*, y de un modo más especial la amplitud alcanzada, y el sentido que preside, en la formación del grupo á que se refieren directamente, en el presente volumen. Era este grupo, en efecto, antes de pura sociología criminal; se registraba en él sólo la literatura criminológica, y si á veces se comprendía la estadística, era ésta sólo la relativa al crimen. Ahora se comprende bajo el nuevo epígrafe, que bien pudiera sustituirse con el de *pragmatología*, todos los estudios que se refieren al funcionamiento de los actos humanos, bajo la idea de la existencia de las reglas de una conducta moral y jurídica. Quiere, por otro lado, M. Durkheim que la concepción de esta sección cuarta del *Año*, se oponga como en contraste complementario á la de la sección anterior. Quizá violenta un tanto los términos para hacerlo, pues á la conducta humana se refieren publicaciones de otras secciones; pero, en fin, la oposición indicada satisface de cierta manera las exigencias del plan. Así, en los estudios de la tercer sección las reglas del derecho y de la moral se consideran desde el punto de vista de la manera como se han constituido en sus orígenes y génesis, mientras que en la cuarta se atienden, se observan estas reglas aplicadas por los hombres. «En principio, añade, cada capítulo de la sección anterior deberá tener aquí su correspondiente. A la organización doméstica responde la estadística de la vida doméstica—celibato y matrimonios, divorcio, etc.;—á la política,



todo lo referente á la intensidad de la vida pública, etc., etc.»

Considerada ya directamente la bibliografía de esta sección en los diferentes capítulos que comprende, tropezamos en el de la *Estadística de la vida doméstica* con dos trabajos, muy originales, de M. Prinzing acerca de la situación social de la viuda en Alemania, que resulta, á la verdad, precaria y difícil, según los resultados claros y terminantes de la estadística: «Una sexta parte de las viudas, ó vive de la caridad, ó están colocadas en posiciones altamente desfavorables.» El autor reclama la intervención del Estado en pro de las viudas. En el capítulo de la *Moralidad sexual* figura un buen estudio estadístico de F. Lindner acerca de los *Nacimientos ilegítimos en Baviera*. La obra de A. Fouillée, *Le France au point de vue moral*, es el trabajo más interesante que se analiza en el capítulo de la Moralidad y criminalidad en general, según los países. En el de los *Factores diversos de la criminalidad* se citan varios trabajos acerca del interesante tema de los crímenes de los jóvenes. Un libro de Estadística comparada del italiano Bosco, y otro sobre *Ivagabondi* de Florian y Cavaglieri, son los estudios analizados más interesantes bajo el epígrafe de *Formas especiales de la criminalidad*. M. Richard hace muy completo análisis en el capítulo de las asociaciones de malhechores de los trabajos de Church, *Brigantaggio e Società segrete nella Puglia*, y de Nicotri, *Mafia in Sicilia*, etc., etc.

## VI



M. F. Simiand, que es el ponente, por decirlo así, de la sección de *Sociología económica*, no se limita á registrar y analizar sus libros ó artículos. *Hace plan*, y lo razona en breves pero interesantes indicaciones, puestas al frente de algunos capítulos. En su consecuencia, la clasificación de éstos adquiere una cierta importancia científica por sí misma. Por mi parte, creo que cuanto hagan los autores del Año por razonar sus di-



visiones, y, naturalmente, por cimentarlas sobre bases lógicas adecuadas, será obra útil y meritoria. Conviene advertir, además, que en este Año los análisis de M. F. Simiand son, en general, los que me parecen redactados con mayor cuidado. Hay algunos verdaderamente magistrales, de los que dan plena idea del libro analizado.

La clasificación de materias que sirve de cuadro para distribuir sus trabajos á M. Simiand, es la siguiente: 1.º Los estudios generales y metodología, que comprende principalmente *tratados* de Economía; figuran allí largos análisis de los libros de Nicholson, *Principles of politica economy*; de Marshall, *Elements of economics of industry*—un excelente manual de la ciencia;— de Mayo. Smith, *Statistics and economies*, y sobre todo del magistral resumen ó manual del economista profesor Schmoller—*Grundriss der allgemeinen Volkswirtschaftslehre*,—tomo primero, en el cual condensa y presenta en forma sistemática la enseñanza de economía política general que desde hace treinta y seis años viene dando su autor en su cátedra. Este tratado trae una introducción interesantísima, en la cual define la ciencia económica, estudia las bases psicológicas, morales y jurídicas de la vida económica y social, y expone la historia de la ciencia y el método. 2.º Sistemas económicos, ó sea exposiciones del «conjunto de las relaciones é instituciones que caracterizan á la economía de una sociedad»; sólo un trabajo de verdadera importancia se analiza por extenso, la *Historia y doctrinas económicas de Inglaterra* de Ashley (I de la edición francesa). 3.º Régimen de la producción, frase que el autor emplea para designar «las instituciones de la producción económica, definidas y clasificadas según las relaciones jurídicas y sociales que las caracterizan». La producción se toma aquí en un sentido lato, distinguiendo el régimen de las formas. El régimen de la producción, abarca: A, Régimen de la corporación, con el análisis del libro de Eberstadt, *El origen de la corporación*; B, Régimen de la cooperación, que contiene el análisis del simpático y sugestivo libro de M. Gide,



*La cooperation*, y de Ertl y Licht, *La cooperación en Alemania*; C, *Los trust*, análisis del *Repport* de la *Industrial Commission* del Congreso de los Estados Unidos; D, *Régimen de la producción municipal*, que comprende varias notas de escasa importancia. 4.º Formas de la producción y del comercio. 5.º, Clases económicas. 6.º Elementos de la distribución: A, *Salario*, con un estudio sobre el trabajo de Bowley, *Salarios en el Reino Unido en el siglo XIX* y otro sobre el de Zwiednek-Suedenhorst acerca de la *Política y teoría del Salario*, etc.; B, Otros elementos de la distribución. 7.º Asociaciones profesionales, que contiene, entre otros, un largo extracto de la publicación del *Office du travail* acerca de las Asociaciones profesionales obreras. 8.º Economías especiales, donde se da cuenta de las publicaciones sobre el Agrarismo—Souchon, *La propriété paysanne* y otras muchas. 9.º Política económica y ciencia y política financieras. 10. Teorías sociales.—Socialismo.

## VII

En las dos últimas secciones del *Año*, dedicadas respectivamente á la Morfología social y á varios (sociología estética y tecnología), se da cuenta de algunas obras de interés. Merecen en primer lugar mención especial, las analizadas bajo el epígrafe de *Base geográfica de las Sociedades*, de Ratzel, el insigne y sabio geógrafo; una de ellas se refiere á la consideración del *Mar como fuente de engrandecimiento de los pueblos*; es un folleto de 85 páginas, que aunque destinado á hacer ver á los alemanes lo que les interesa ser una potencia marítima, tiene un alcance sociológico general, en cuanto se procura demostrar la importancia que en la expansión social tienen los mares; la otra es un trabajo acerca del *Origen y emigraciones de los pueblos estudiados geográficamente*. También importa señalar el libro de Cauderlier, *Les lois de la popula-*



*tion et leur application à la Belgique*, así como varios de los que figuran bajo el epígrafe *Los grupos urbanos*, por ejemplo, el trabajo de Weber sobre el *Desenvolvimiento de las ciudades en el siglo XIX*.

De Sociología estética se analizan ó anotan diversos trabajos: quizá el más interesante, de seguro el de mayor alcance filosófico, es el del profundo pensador Bergson acerca de *Le rire*, estudio originalísimo, en el que se manifiestan las extraordinarias facultades de penetración psicológica y metafísica del autor; luego se debe citar el libro de Renard, *La methode scientifique de l'histoire litteraire*.

Por último, acerca de tecnología, esto es, estudio de los diversos instrumentos de que los hombres se sirven, los cuales, en cuanto obra colectiva, tienen un alcance sociológico indudable, pueden citarse los libros de Balfour, *Historia natural del arco musical*; de Munro, *Prehistoric Scotland*, etc., etc.

## VIII

Hecho el resumen, breve y necesariamente incompleto, de los materiales bibliográficos reunidos en el *Año*, importa considerar lo que puede inferirse de los mismos, y de las monografías y discusiones del Congreso Internacional de Sociología, insertas en los *Anales*, con respecto á la *formación* de la ciencia sociológica y á las tendencias en la misma dominantes.

Desde luego se ve cuán grande es el interés que despiertan en el mundo culto, entre las gentes sabias, las cuestiones sociológicas; es verdaderamente grande la cantidad de energía intelectual consumida en estudiar aspectos, fenómenos y problemas de Sociología, ó que de alguna manera se relacionan con la Sociología. Por otro lado, parece acentuarse la tendencia constructiva y sistemática, esto es, se advierte en los que trabajan sobre asuntos ó materiales sociológicos, cierto afán, muy razonable y oportuno á veces, por dar forma sintética,



por organizar, si no interna, á lo menos arquitectómicamente, el contenido de las diversas ramas de la Sociología ó de las diferentes ciencias de base social. Véase si no alguno de los libros de Sociología religiosa, jurídica, y sobre todo económica. La necesidad de *unificar*, de buscar un enlace íntimo, un principio explicativo á las manifestaciones históricas, á los hechos y hasta á las ideas, característica del espíritu humano y base de sus aspiraciones filosóficas, se revela do quier, ya en la Sociología, ya en sus derivaciones. Llegase ahí, á veces, afrontando directamente el problema metafísico, ó bien merced á la consideración del aspecto psicológico de las manifestaciones jurídicas, religiosas, económicas, etc.; el camino no importa, lo que importa es el resultado. No hay, en verdad, duda de que en las mismas monografías de una apariencia más histórica, v. gr., la de M. Bouglé sobre el *Régimen de las castas*, ó bien la de M. Kovalewsky sobre el *Clan*, se observa la aplicación de cierto espíritu ordenador y de cierto *aglutinante* filosófico, que está muy lejos del carácter empírico que dominaba en los simples inventarios clasificados, tan en uso, en determinadas investigaciones de la Sociología evolucionista.

Pero respecto de la Sociología como ciencia, ¿qué nos dicen los libros en que nos ocupamos?

Esta vez, aunque no se pueda citar todavía ninguna obra de filosofía social, ó bien de Sociología general, magistral de veras, aunque no abunden los estudios sobre los problemas *preparatorios* de la Sociología, y menos las grandes construcciones sistemáticas, hay, sin embargo, algunos trabajos que atacan directamente ó de soslayo el problema capital de la existencia y del contenido de la Sociología. En primer lugar, debe citarse la Memoria del sociólogo americano Lester F. Ward, *La Mecánica social*, inserta en los *Anales*. Es una monografía escrita con talento y que supone un gran esfuerzo de concreción ó de reducción á términos breves, á los imprescindibles, de toda una amplia concepción sociológica: donde dice *Mecánica social* podría decir *Sociología*, pues de



eso se trata, de explicar, por la aplicación de la idea del mecanismo, la del *ser* y del *devenir* de la sociedad. El resultado más próximo de este punto de vista — harto discutido, por lo demás, en sus fundamentos filosóficos — es el reconocimiento de la realidad social como objeto de ciencia, y de la posibilidad de una Sociología positiva. M. Ward aplica á la explicación de la mecánica social los principios informadores de la mecánica; su idea es que el mundo social obedece á una acción, á una combinación de fuerzas, bajo leyes — leyes sociales — exactas en sí, aunque nosotros no penetremos toda su exactitud, en razón del grado de complejidad de los fenómenos sociales. Como consecuencia de esto, divide M. W. la mecánica social en estática y dinámica, pero cuidando de advertir que lo estático no quiere decir lo *estacionario*; «la estática social trata del proceso en virtud del cual la energía social se conserva y se transforma en un agente útil en lugar de ser perjudicial, ó mejor se convierte de destructiva en constructiva; podría llamarse la estática social, *Sociología constructiva*». La dinámica social tiene como objeto propio «el progreso social, ó, cuando menos, la transformación social».

No es posible apreciar en este artículo el alcance verdaderamente científico de la monografía de L. W. Claro es, como dejo dicho, que su concepción de la mecánica social no es indiscutible; creo que puede ser atacada en su misma raíz filosófica; cosa que, por cierto, no se ha hecho en las críticas que al discutirse la Memoria se formularon en el Congreso de Sociología. Porque, en rigor, lo que importa es no tanto ver si la concepción de L. Ward es más ó menos comtiana, ó bien si comprende la Sociología totalmente, como demostrar lo firme ó deleznable del punto de vista *mecánico* en sí mismo.

En la sección primera del *Año*, de M. Durkheim, se analizan por M. Bouglé varios trabajos, que unidos á algunos de los examinados por otros colaboradores del *Año* y relativos á relaciones de la Sociología — con la *Antropología*, v. gr., por Topinard — á la evolución social y á las doctrinas sociológicas



—especialmente la de A. Comte, en los libros de MM. Levy-Bruhl, *La philosophie d'Aguste Comte*, y Alengri, *Essai historique et critique sur la Sociologie chez Auguste Comte*—ofrecen interesantes puntos de vista para examinar el grave problema ya indicado, de la existencia y del objeto de la Sociología.

El contraste de opiniones no puede ser más radical. Empezan los análisis por un folleto de De Martini, que se titula así: *Dell'impossibilita di esistere di una scienza sociologica general*, que debe tener por primer complemento, y á la vez rectificación, el trabajo de J. Eulenburg, que se pregunta: *Si es posible una psicología social, y cuáles son sus problemas?*, y luego, por contraposición radical, los estudios de Albión W. Small (*The Scopo of Sociology*), A. Loria, A. Asturaro, E. Durkheim, que tratan en sendos artículos de la *Rivista italiana di Sociologie*, de la *Sociología y de su lugar en la ciencia contemporánea*.

El Sr. De Martini considera que una sociología general, esto es, la preocupación de tantos sociólogos, el objeto perseguido por tantos ensayos de análisis y de sistematización desde A. Comte, ó mucho antes quizá—la *Política* de Aristóteles, ¿no era una *Sociología* á la manera moderna?—es cosa enteramente irrealizable. Verdad es que los argumentos del señor De M. no son demasiado graves. ¿Puede, en efecto, declararse imposible una disciplina científica, porque sus especialistas ofrezcan soluciones variadísimas y no estén de acuerdo sobre su concepto, contenido y sistema? La mayor parte de los puntos de vista distintos que mantienen los sociólogos, no se explican por la falta de fundamentos sólidos de la nueva ciencia, ni porque no tenga ésta objeto propio, sino que se derivan de la posición filosófica más general del investigador: en otros términos, el desacuerdo de los sociólogos es cuestión, la mayoría de las veces, de criterio metafísico, de educación científica, de situación ante los problemas capitales del Ser y del Conocer. En nuestro concepto, la posibilidad ó imposibilidad de una sociología depende, exclusivamente acaso, de la respuesta que



se dé al problema de si hay ó no hay una *realidad social*; y, entiéndase bien, no queremos decir si la sociedad es ó no un sér ó un organismo, ó una sustantividad, no; sólo queremos decir si lo *social*—sea como fuese—es cosa real, y cognoscible por tanto. La prueba de que la variedad de opiniones entre los sociólogos, respecto de la naturaleza del objeto de la sociología, depende de puntos de vista generales, y hasta de prejuicios á veces, la tenemos en los que, por ejemplo, *atan* al carro del materialismo histórico la sustantividad de la ciencia social, ó bien los que no creen en su posibilidad sino á partir de una concepción mecánica de la realidad, ó bien los que no creen que sea dable sino una concepción genética de las sociedades, como base y explicación del sistema sociológico.

Realmente, la posibilidad de la sociología resulta demostrada con la misma variedad de hipótesis propuestas, y la realidad social se afirma como consecuencia de los diversos conceptos formulados, en virtud de la determinación de los caracteres distintivos del fenómeno sociológico. ¿No hay, en efecto, una cierta coincidencia para el efecto último de la existencia de la realidad social en las investigaciones del biologicismo, del psicologismo y del mecanismo sociológicos? Aun reducido lo sociológico á la hipótesis de M. Tarde: la psicología intermental, ó bien el efecto de la acción de un espíritu en otros, ¿no es esto un elemento real nuevo, inexplicable por la psicología individual, es decir, por la observación de los fenómenos de conciencia en cada yo particular? Y de la composición, verdaderamente rica, complejísima de los estados de conciencia por la acción de la vida social, ¿no surge todo un orden de la realidad, cuyo hecho elemental puede ser la *conciencia de la especie* del sabio y original Giddings, inexplicable por la psicología?

Mas preciso es terminar estas consideraciones, que exigirían, si hubiéramos de desarrollarlas, un espacio mucho más amplio de aquel de que aquí disponemos. Sólo añadiré que las disertaciones de los Sres. Albión W. Small, Loria, Asturaro,



---

Durkheim, Eulenberg, con más las de Duclaux, *Sociologie y Biologie*; Powell, *Sociology, or the science of institutions*; Rossi, *Psicologia Colletiva*, ofrecen representaciones muy interesantes de los diversos puntos de vista en la ciencia sociológica, pudiendo asegurarse, en resumen, que la tendencia á reconocer y á mostrar la posibilidad de la sociología, domina sobre su contraria, así como que estamos muy lejos del período de constitución de la ciencia, según un criterio, ya que no exclusivo, predominante.

ADOLFO POSADA.



# LECTURAS AMERICANAS

---

SUMARIO: La *Revista positiva*, de Méjico. — El positivismo en América. — Programa. — La condena condicional. — La institución del homestead. — La sensibilidad y el carácter mejicano. — El Dr. Barreda. — La educación moral. — La carta á D. M. Riva Palacio. — La Subsecretaría de Instrucción pública y D. Justo Sierra. — Las guerras de Inglaterra. — Los propagandistas del positivismo en la Argentina. — *La República*. — La humedad atmosférica y los delitos de ira en Méjico. — La génesis del crimen en Méjico. — La aclimatación humana en Cuba bajo el Gobierno español. — *Cuba y América*. — Las negociaciones de paz con Dupuy de Lome. — Una fuga de Ceuta. — *Boletín de la Oficina nacional de inmigración*, en Bolivia. — La *Revista Nacional*, de Buenos Aires. — Etnografía del Río de la Plata. — D. Diego Andrés Rocha y el origen de los indios americanos. — Un documento del P. Fray Pedro Luis Pacheco. — *Cataluña, Aragón, Valencia, Baleares*. — *El Ateneo*, de Lima. — La pedagogía y sus cultivadores en el siglo XIX. — Costumbres limeñas en 1801. — La *Revista Moderna*.

Con intervalo de seis meses han aparecido en Méjico dos nuevas revistas: la *Revista positiva* y *La República*. La primera, dirigida por D. Agustín Aragón, uno de los miembros más distinguidos y cultos del Profesorado joven, tiene singular importancia como representante de la tendencia más común, y quizá más característica, del movimiento intelectual hispanoamericano. El positivismo es, en efecto, la filosofía que generalmente profesan los intelectuales de aquellos países, la que se refleja en muchos de sus planes de enseñanza, la que informa no pocos libros modernos, llegando, á veces,



hasta la intransigencia más cerrada. En cierta ocasión quejábame yo á un notable propagandista americano, del olvido en que la juventud de su país tiene á nuestros escritores de la escuela liberal (ó de las escuelas liberales, por mejor decir), singularmente á los que cultivan las ciencias jurídicas y morales en que, con toda sinceridad y convicción, creo que están, hoy día, nuestra mayor originalidad y nuestra positiva y eficaz colaboración á la cultura general humana. Su contestación fue que no leían esos autores por ser krausistas, *enemigos del positivismo*, y porque sus doctrinas llevaban aparejada la defensa del absolutismo y de la dictadura (!). Excuso detenerme en refutar esta creencia, que significa un desconocimiento absoluto de lo que representan los más de nuestros autores modernos, y un error más grande todavía en punto á la doctrina política del krausismo: ¡aquí, donde todos los que la gente llama krausistas, por el afán de poner mote, militan en los partidos radicales! Sólo he citado aquella contestación para que se vea el arraigo que el positivismo tiene en todos los países hispanoamericanos y el carácter exclusivista que toma á veces. Por eso decía antes, que la revista fundada por el Sr. Aragón tiene una importancia especial para el estudio de las tendencias científicas americanas. Su programa lo dice claramente:

«El positivismo se compone de una filosofía que explica *científicamente* el mundo y el hombre, y de una política que instituye la dirección de uno y otro, basándose en el sistema de las *leyes naturales*.

»Esa filosofía y esta política, necesariamente inseparables, representan la teoría y la práctica del positivismo, que se resume en una síntesis ó religión en la que, partiendo del conocimiento de todo lo que es, se instituye por medio de la moral demostrable el gobierno de todo lo que obra.

»En otros términos, el positivismo plantea, desde el punto de vista científico, el problema permanente de la aproximación de la especie humana y del gobierno del mundo, que no



ha podido resolverse de modo definitivo ni por la teología ni por la metafísica, cuya influencia social la considera como agotada desde hace mucho tiempo.

»No cuesta esfuerzo al entendimiento comprender que una doctrina tan vasta, que viene á reformar á la vez la especulación y la acción, y á consumir la transformación más profunda de cuantas la humanidad ha sido objeto, está muy por encima del alcance general de las inteligencias y de los corazones en la época en que vivimos. Tampoco escapa á la penetración habitual hasta qué punto el positivismo tropieza con hábitos mentales y morales arraigados, y hasta qué grado compromete intereses, individuos, profesiones, clases y aun castas!

»No hay que sorprenderse, pues, ni de las animosidades que provoca, ni de las repulsiones que inspira, ni de las críticas que engendra, ni de los obstáculos que halla. Por el contrario, cuanto más se propague, hay que esperar odios más ardientes y oposiciones más declaradas contra su irresistible influjo.»

.....

«Nuestra tarea es de vulgarización; tratamos de poner al alcance de todas las inteligencias la síntesis positiva que da la clave del bienestar de la especie nuestra, resolviendo sus más complejos problemas por procedimientos que nada tienen de violentos y que, inspirándose en el estudio del pasado, mejoran el presente y preparan el porvenir.

»Nuestra empresa no es empresa comercial; todo el apoyo con que contamos para trabajar en la obra que hoy da comienzo, después de prolongadas y continuas reflexiones, se resume en nuestra posesión de *la verdad demostrable*. Las cuestiones políticas internacionales nos interesarán de preferencia, y todos los asuntos que han de ocuparnos habremos de tratarlos en su faz abstracta y bajo su aspecto concreto.»

En los seis números recibidos hasta la fecha (Enero á Junio), la *Revista positiva* publica trabajos de verdadero mérito.



Es uno de ellos el discurso sobre *La condena condicional*, leído en el Concurso Científico Nacional de 1900 por el Licenciado Miguel S. Macedo. El Sr. Macedo hace historia de esta moderna institución jurídica, nacida en Boston en 1870, y cuya aplicación europea más conocida entre nosotros es la célebre ley Bérenger, promulgada en Francia en 1884 y aplicada con tanto tino en recientes sentencias por el Presidente Magnaud. El Sr. Macedo patrocina la adopción en Méjico de la condena condicional, aunque la considera como un procedimiento de transición, como un «ingerto ecléctico sobre el viejo tronco clásico del derecho y del procedimiento penal»; pero subordina esta innovación á ciertas condiciones:

«Para que la condena condicional pueda ser establecida sin peligro para el orden social—dice—es preciso que la autoridad tenga seguridad: I. De conocer el pasado del hombre á quien se juzgue; y II. De que ese hombre, si se le abren las puertas de la prisión, no se sustraerá á la mirada de la policía y será encontrado en el momento que se quiera. Para esto, los otros pueblos tienen instituciones admirables que permiten conocer, con poco trabajo y con certeza casi completa, el pasado de cada individuo, é identificarlo y seguirlo por do quiera que vaya. Para lo primero tienen el registro judicial, llamado en Francia *Cassier judiciaire*; para lo otro, una excelente policía y los gabinetes antropométricos, con sus fotografías anejas, que funcionan con sorprendente precisión. Nosotros carecemos de todo; apenas hace unos cuantos años funciona en la cárcel de Belén la identificación antropométrica, y no diré la totalidad de los antecedentes de los inculpados, sino aun el antecedente más fundamental, el de la reincidencia, se nos escapa en gran número de casos (cuando se trata de delitos cometidos fuera del distrito federal), siendo admirable que no se nos escape siempre; lo único que nuestros jueces pueden hacer, es inquirir si el individuo tiene antecedentes en la misma prisión. Carecemos hasta del registro civil, lo que nos impide tener un punto de partida cierto para



el registro judicial y las operaciones ulteriores, siéndonos imposible saber dónde, cuándo y de quiénes nacieron la mayor parte de los pobladores de nuestras cárceles. Ellos no figuran en los archivos del registro civil ni cuando nacen, ni cuando se unen á una mujer, ni cuando son padres, sino tan sólo cuando mueren, y eso porque sus cadáveres no encontrarán sepultura sin que la defunción sea declarada, aunque en medio de inexactitudes y deficiencias, por el empleado subalterno de una agencia mercantil de inhumaciones.»

También cree necesario reformar las condiciones de la policía, de la magistratura y de las leyes procesales; éstas, «en el sentido de que se acelere la decisión de los procesos y se limiten la retención y la prisión preventivas á los casos y al tiempo estrictamente necesarios, favoreciendo en cuanto sea posible la libertad provisional».

Las condiciones á que llega el autor y que se discutieron en el Concurso, son las siguientes:

«I. La condena condicional es, actualmente, parte necesaria de todo sistema penal, racional y completo;

II. La mejor forma de la condena condicional es la de su aplicación á los delincuentes primarios, especialmente accidentales, pasionales y responsables de delitos de culpa, sometiéndolos á la vigilancia y dirección tutelar de funcionarios *ad hoc*;

III. La institución de la condena condicional exige el previo establecimiento, como generales para toda la República, de otras instituciones destinadas á conocer los antecedentes de los acusados y á su identificación, tales como el registro judicial y los gabinetes antropométricos; el perfeccionamiento de la policía y de la magistratura penal, y la reforma del procedimiento en el sentido de impedir la corrupción del inculcado por la prisión preventiva, y de facilitar prudentemente la libertad provisional;

IV. Por ahora sería prematura la institución de la condena condicional en México.»



El Licenciado Emilio Pardo estudia *La institución del homestead*, en España muy discutida hace tiempo. A su juicio, podría adoptarse en Méjico con varias modificaciones. Las principales son:

«El *homestead*, en primer lugar, tendría que ser un beneficio reservado á los jefes de familia, en el concepto de que la ley reglamentaria tendría que definir esta noción, comprendiendo en ella, no solamente los grupos formados por el matrimonio, sino también todos aquellos que resultan de la dependencia de varios individuos de una persona que provee á su subsistencia, aun cuando no exista una relación de parentesco de las que, según los preceptos del Código civil, engendran la obligación de dar alimentos.

»La ley tendría que fijar el máximum del valor de la propiedad que hubiese de ser erigida en *homestead*, bien por medio de la determinación de un precio, resultante de avalúos hechos *ad hoc* ó de estimaciones fiscales, bien mediante el señalamiento de una extensión superficial, variable, según las condiciones de cada localidad, estableciendo, por supuesto, la distinción entre el *homestead* urbano, que comprendería también lo que los americanos llaman *bussines house*, es decir, el taller ú obrador, y el *homestead* rural, con la mira de establecer para el primero el límite de valor y para el segundo el de la extensión territorial, no de un modo uniforme, sino con reglas flexibles que permitieran la adaptación á las circunstancias y á las singularidades de las diferentes regiones.

»Inspirándose en la índole eminentemente popular y democrática del *homestead*, y para evitar que á su sombra se erigiesen verdaderos mayorazgos, destinados á satisfacer caprichos de vanidad ó á impedir la enajenación de propiedades inmuebles de valor considerable, la ley tendría que preocuparse seriamente de acertar en la determinación del valor máximo á que me he referido, porque ni sería conveniente fijarlo tan bajo que se frustrasen los beneficios de la institución, ni correspondería á sus fines y objeto establecerlo tan



alto que, en efecto, llegase á constituir un peligro para la movilización de la propiedad territorial.

Formalidades de publicidad previas tendrían que garantizar á terceros legítimamente interesados, contra conatos de fraude, encaminados á poner fuera del alcance de los acreedores bienes que respondieran de deudas contraídas con anterioridad, y ocioso parece recomendar el precepto prohibitivo de constituir en homestead inmuebles sujetos á gravámenes reales, mientras no fuesen totalmente liberados.

Además, la autoridad municipal exigiría la comprobación de la propiedad y de las condiciones personales del jefe de familia, y la ley determinaría los casos en que el patrimonio familiar podría sustraerse á ese régimen y ser enajenado, con otros particulares en que no podemos detenernos.

Como apéndice interesantísimo al trabajo del Sr. Pardo, el editor inserta un cuadro de las peculiaridades del homestead en los Estados Unidos y territorios de la Unión anglo-americana, tomado de la obra de Lalor: *Cyclopædia of Political Science, Political Economy and of Political History of the United States*.

Los estudios de psicología colectiva están hoy en moda, y no tiene duda que, bien dirigidos, pueden dar excelentes resultados para la ciencia y para la gobernación de los pueblos. A instancias del Sr. Macedo, el Licenciado Ezequiel A. Chavez presentó al Concurso científico un *Ensayo sobre los rasgos de la sensibilidad como factor del carácter mejicano*. Distingue el autor cuatro elementos en la masa social de su país: el *indígena*, independiente, refractario y con carácter propio, «pues el viejo sedimento indígena, á pesar de que han transcurrido ya cerca de cuatro centurias del principio de la conquista, rige aún en varios millones de individuos»; el de los *descendientes directos, y sin mezcla, de los extranjeros*; el de los *descendientes de razas mezcladas*, «que secularmente han tenido antecesores constituídos en familias estables» (y en él está «el resistente nervio del pueblo mejicano»), y el de los *descen-*



*dientes de razas mezcladas*, pero que, «en vez de tener un árbol genealógico de familias constituídas... ha tenido, por el contrario, secularmente, como antecesores, individuos fortuitamente unidos», y éste forma «el bajo fondo de la Sociedad». Respecto de todos ellos, estudia el Sr. Chavez los siguientes puntos: 1.º Cualquier excitante, ¿determina en los mejicanos con facilidad las emociones? 2.º Una vez producida la emoción, ¿qué la distingue en el carácter mejicano? 3.º Duración y fuerza de la sensibilidad. 4.º Efectos de la sensibilidad. Concretando, al fin de su trabajo, los resultados de su investigación, dice el Sr. Chavez:

«a) Resumiendo, aún en otra forma, puede decirse: de los elementos que constituyen el heterogéneo organismo mejicano, el primero y más viejo, el de las venerables razas fundadoras, el de los patriarcas de nuestra estirpe nacional, el indígena, se caracteriza psíquicamente en punto á su sensibilidad, por ser tan difícil de producirse, que por eso se ha llamado al indio inerte; por eso se dice que lo domina una atonía secular; nace, no obstante, gracias á fuertes ó largos y reiterados esfuerzos del medio social, y entonces no se diversifica por lo común con la germinativa levadura de múltiples ideas, sino que toma cierta forma visceral, y casi pudiera decirse vegetativa, que persiste largo tiempo incólume en un estado virtual de cristalización interior, susceptible de terminarse, ya por una ruptura crítica de terremoto que todo lo conmueve, ya por el lento y seguro desenvolvimiento de acumuladas energías, tales como las de Juárez, de poder incontrastable. Y puede verse así que la cualidad suprema de esta forma de sensibilidad estriba en su solidez, en su firme consistencia, por virtud de la que Méjico puede seguir teniendo, como ha tenido ya, una serie, larga para su incipiente existencia, de verdaderos y grandes caracteres.

»b) Por lo que toca á los mestizos vulgares, reúnen, á una sensibilidad de producción más fácil, una fertilización de las emociones más ricas, abonadas como son las rudimentarias



por los procesos de imaginación concreta é inferior, que se refieren por lo común á lo presente, y que, sin implicar representaciones mentales ulteriores, no dan paso á la deliberación, sino que en breve plazo aniquilan, con la ola de las sensaciones nuevas, las antiguas, por lo común deleznable, y desatan el torrente de las acciones irreflexivas, á menudo de impulsivo carácter, tan funestas para la integridad de la disciplina corporativa.

•c) En fin, en los mestizos superiores lígase á una rápida y fácil excitabilidad, á una epidermis moral muy delicada, una opulenta proliferación de ideas y abstracciones que intelectualizan los sentimientos, orientándolos hacia lo futuro, y más ó menos hacia lo ideal, dándoles, en consecuencia, cimientos adventicios, anclas más bien, que lo sujetan en el mar de lo tornadizo, y que, por contrabalancearse en cada vez con otras muchas sugestiones mentales, dan margen á profusas deliberaciones, que á la par vuelven más ó menos reflexivos los actos, y que ponen en ellos, no sólo la conciencia del placer y del dolor propios, sino la del dolor y placer ajenos, seguro germen del altruismo.

Los que conocen, aunque sea sólo sumariamente, la historia moderna de Méjico, saben la importancia grandísima que en la reforma de su enseñanza y en la cultura toda nacional tuvo el Dr. D. Gabino Barreda.

No es extraño, pues, que los mejicanos y los españoles avendados en Méjico tributen á la memoria de aquel gran escritor y pedagogo singulares honores. Varias muestras de ello ofrecen los números de la *Revista positiva*. Es uno, el discurso necrológico leído ante la tumba de Barreda por D. Agustín Aragón. Contiene interesantes datos biográficos que muestran el valor inmenso de la obra cumplida por el biografiado. El Sr. Aragón alude á la velada en que un español por muchos conceptos ilustre, D. Telesforo García, leyó otro discurso notable sobre la significación de Barreda. La *Revista positiva* reproduce también dos importantes escritos de éste: uno sobre



*La educación moral* (fecha de 1863), cuyo sentido se expresa bien en los siguientes párrafos finales:

«Por fortuna, los instintos morales y simpáticos están suficientemente arraigados en el hombre para protestar diariamente contra esa degradación á que se le quiere condenar, de no ser capaz de nada bueno sino atraído por el cebo de esperanzas ilusorias ó aterrorizado por el temor de castigos repugnantes, y esto, á pesar de la influencia desastrosa de una educación puramente egoísta; por fortuna, como hemos visto, la moral es independiente de los dogmas religiosos, no participa sino de un modo secundario de sus inconciliables divergencias, y no ha menester ya para ser cultivada, ni de la revelación, ni de otros apoyos sobrenaturales que en otro tiempo le fueron necesarios, y en los que, por falta de una base humana y demostrable, la fundaron forzosamente todos los que antes de ahora lograron sistematizarla.

»Pero esta sistematización de la moral sobre bases positivas y evidentes, cuya posibilidad está ya demostrada, es también una imperiosa necesidad actual para hacer cesar de una vez ese anárquico é inmoral escepticismo, que fue la necesaria é inmediata consecuencia del rápido y creciente descrédito á que desde la aparición de las doctrinas disolventes del siglo XVIII, y sobre todo desde la grande explosión francesa, quedó irrevocablemente sujeto el catolicismo, y con mayor razón el protestantismo.

»He indicado cuál será el modo de llenar con ventaja este inmenso vacío que la falta innegable de fe religiosa va dejando cada día más y más en la educación moderna. No he podido hacer otra cosa que indicar someramente los principios fundamentales en los cuales debe basarse esta regeneración, porque mi objeto no era dar aquí un curso de moral práctica, sino tan sólo patentizar la posibilidad y la conveniencia de una reforma radical en este ramo de la educación.»

El otro escrito es una larga é interesantísima *Carta dirigida al C. Mariano Riva Palacio*, Gobernador del Estado de



Méjico, en la cual se tocan varios puntos relativos á Instrucción pública. El motivo especial de reproducir ahora este documento, que procede de 1870 y se ha impreso antes tres veces, es el hecho ciertamente grato y plausible, no sólo para los mejicanos, mas también para los españoles, de haberse creado en Méjico la plaza de Subsecretario de Instrucción pública, para la cual el Gobierno ha tenido el acierto grandísimo de nombrar á D. Justo Sierra, cuya cultura profunda, cuyo tacto, cuyo sentido político y discreta é intencionada elocuencia, aplaudíamos en Madrid, no hace muchos meses, con ocasión del Congreso hispanoamericano. El editor de la *Revista positiva* ha creído oportuno recordar, «á este respecto, los orígenes de nuestro actual sistema de educación é instrucción, y nada más adecuado para tener idea de los métodos y doctrinas que guiaron á los legisladores de 1867 y 1869, que la reproducción del luminoso é interesantísimo documento que en forma epistolar expone el espíritu que presidió á las grandes y trascendentales reformas llevadas á cabo después del triunfo definitivo del gran partido liberal». La lectura de la carta de Barreda debe recomendarse á todos los que en España se preocupan por los asuntos pedagógicos.

En el número 3.º de la *Revista positiva* aparece un curioso artículo de la señora E. B. Harrison, titulado *Un templo de Jano*. Diríjese á combatir la creencia de que el reinado de Victoria I ha sido una era de paz, prosperidad y holgura económica para Inglaterra. Al efecto, publica un cuadro de las guerras sostenidas por Inglaterra desde 1838, y que son 40 (algunas de muy larga duración): contando tan sólo «las vastas expediciones, emprendidas en su mayor parte con propósitos de conquista y que han dado casi todas por resultado la adquisición de un nuevo territorio» y despreciando «las expediciones menores, que han sido en número considerable y productoras de grandes pérdidas y sufrimientos para las razas más débiles». El resultado de esta política codiciosa se demuestra con el cuadro adjunto:



| NACIONES    | POBLACION   | EJERCITO de paz | EJERCITO de guerra. | COSTO ANUAL Guerra y Marina. | DEUDA Nacional. | INTERESES    | INGRESOS totales. |
|-------------|-------------|-----------------|---------------------|------------------------------|-----------------|--------------|-------------------|
| Francia...  | 38.517.975  | 615.413         | 2.500.000           | £ 36.573.876                 | £ 1.299.768.224 | £ 49.913.311 | £ 136.556.643     |
| Alemania    | 52.279.915  | 585.440         | 3.350.000           | £ 31.562.614                 | £ 112.262.750   | £ 3.809.565  | £ 66.415.091      |
| G. Bret.... | 40.188.927  | 220.869         | 718.797             | £ 43.942.895                 | £ 634.435.704   | £ 25.000.000 | £ 106.614.004     |
| Rusia.....  | 129.211.000 | 1.055.335       | 2.532.496           | £ 55.602.916                 | £ 1.052.462.570 | £ 42.514.490 | £ 230.320.301     |
| Italia..... | 31.290.490  | 279.982         | 2.448.308           | £ 13.299.917                 | £ 494.782.470   | £ 23.409.330 | £ 67.410.950      |
| Austria...  | 44.448.474  | 391.675         | 2.769.714           | £ 18.571.958                 | £ 647.699.347   | £ 28.543.342 | £ 101.518.047     |

«Mucho pudiera decirse acerca de las grandes sumas de nuestros gastos militares y del pequeño resultado que obtenemos en números. Hemos tenido últimamente experiencia del esfuerzo para reclutar 250.000 soldados eficaces para la ofensiva. ¿Qué será de nosotros si continuamos añadiendo á nuestras obligaciones y responsabilidades, sin el poder de añadir á nuestra población ó á nuestros recursos interiores?

»Las cifras anteriores corresponden á los años de 1898-99 y deberán modificarse profundamente para ponerlas al día.»

En el número 5.º, D. Ramón Carrillo estudia la *Propaganda positivista argentina* y su influencia en la educación. Es interesante por la relación que trae de la obra cumplida por cada uno de los propagandistas notables, desde Scalabrini, actual Director del Museo de Corrientes, á M. Práxedes Muñiz, escritora peruana.

Por último, señalaremos el hecho (no especial de la *Revista positiva*, sino muy común ya en las publicaciones americanas) de reproducir á menudo escritos de autores españoles.



*La República* es una revista de política y ciencias sociales, fundada por los Sres. D. Julio Guerrero y D. Antonio Horcasitas. Su programa político está expresado en los párrafos siguientes:

«Los rancios apotegmas de la curia española, los lirismos del jacobinismo francés, y á veces las teorías de la democracia sajona, constituyen como consecuencia de esta yuxtaposición histórica de principios políticos, las únicas doctrinas con que se juzga de la política mexicana; y como el sistema dictatorial que nos rige no se ha sujetado á fórmulas, resulta que no cabe en las doctrinas reinantes, y es considerado como un absurdo, rechazado de sus teorías y señalado como un crimen. La reacción es natural, y por mucha mansedumbre que se suponga en quienes ejercen el poder, es de presumir que á su vez vean en los escritores que los insultan ó estigmatizan con apotegmas de curia ó con lirismos jacobinos, teóricos metafísicos, que obcecados en sus lucubraciones, no ven el mundo real en que se desarrolla la nación; ó políticos peligrosos y anárquicos, que con sus ataques dan derecho al Gobierno para que defienda sus energías, y con ellas el orden y la prosperidad de la patria. Este es el secreto de la lucha constante, aunque ya poco interesante entre el periodismo y el Gobierno, y la razón de que no haya libertad de imprenta bajo un Gobierno eminentemente liberal; pues mientras subsista este antagonismo, la prensa y el Estado estarán en pugna.

»Ahora bien; ya es tiempo de preguntarse si el Gobierno comete un crimen por no amoldarse á las instituciones, ó si los criterios que defienden las instituciones son falsos, y al convertirse en doctrinas militantes son crímenes verdaderos, perpetrados contra la tranquilidad pública y la estabilidad gubernamental. Este es el primer problema que se propone resolver este periódico, y lo hará á paso y medida que los asuntos públicos se presenten, estudiando en cada uno de ellos el fenómeno social en juego y las doctrinas con que de él se juzgue, sin más móvil que el deseo de encontrar la verdad y de ir



entretejiendo con las soluciones concretas las ideas con que deba juzgarse de la política mexicana.»

Entre los varios artículos que contienen los dos números recibidos, señalaremos dos: *La humedad atmosférica y los delitos de ira*, y *La aclimatación humana en Cuba bajo el Gobierno español*. El primero es un resumen de la discusión habida en la Sociedad Positivista sobre un párrafo de la interesante obra del Licenciado Julio Guerrero, titulada *La génesis del crimen en Méjico*. Dice el Sr. Guerrero: «Háse notado, por ejemplo, que el número de lesiones y riñas, que en el Distrito Federal es enorme, disminuye cuando llueve, y aun llega á desaparecer en una súbita tranquilidad de espíritu.»

«El Licenciado Miguel S. Macedo presentó á la Sociedad un cuadro gráfico, en el cual, y tomando las cifras de estas tablas, aparecen encontradas las curvas respectivas de la delincuencia y de la humedad en los meses extremos, es decir, en los de la primavera é invierno, en tanto que son absolutamente paralelas en la forma de W en los de estío y otoño.

»De esta construcción dedujo que la delincuencia por *ira* disminuye con las *lluvias*, que es la tesis del autor, y no con la humedad, debiéndose atribuir el fenómeno al hecho de que éstas alejan al pueblo de las pulquerías.»

El Sr. Guerrero discutió esta conclusión en los términos siguientes:

«En las haciendas pulqueras, el exceso de bebida no llega á producir los efectos que se notan en la capital. El tipo del hombre gordo, fuerte, obeso en su último grado de degeneración, pero alegre y trabajador, es el que allí llega á producir el abuso del pulque. Las riñas son muy raras entre ellos, y basta, por lo general, la autoridad semipatriarcal y semifeudal del dueño ó mayordomo, para conservar el orden y la moralidad entre todos los sirvientes de esas haciendas; gente sana, robusta y trabajadora, que constituye el elemento productor de todas las llanadas magueyeras de la Mesa Central. El tipo contrario es el alcoholizado en la capital con pulque: demacrado,



perezoso, irritable, y que rápidamente revela en su faz é inteligencia una perturbación hepática, que saturando de bilis su sangre y de ardores su sistema nervioso, lo conduce á la riña y á la liviandad. El tinacal y la taberna son los laboratorios respectivos de estas dos antitéticas formas de la degeneración pulquera. ¿A qué es debido esta diferencia?

»Es un hecho lamentado por los administradores de pulque que su producción disminuye cuando llueve, sobre todo cuando se *lloviznan* las aguasmieles.

»Por motivos profesionales, el Licenciado Guerrero dijo que había cotejado con cuidado unas cifras relativas á compras de pulques en una hacienda de Apam, con las correspondientes á los embarques de esas cantidades en el ferrocarril de Hidalgo, y con las correspondientes á los recibos de esas cantidades, expedidos por el encargado de la casilla expendedora en México. La primera y la tercera concuerdan en todas las cantidades, y la segunda revelaba una merma de 6 á 8 por 100 cuotidianamente. Es, pues, evidente que el pulque era robado antes de embarcarse en el ferrocarril; y como es un hecho que la calidad del expendido en México es inferior al del tinacal, se deduce que al entregarlo al jicarero, la cantidad mermada era sustituida por otras substancias. Pero como su acción embriagante sería notada por el consumidor, para hacer aceptable la adulteración se le mezcla algún alcohol barato de los industriales, de la serie metélica sobre todo, cuyos efectos tóxicos y embriagantes terribles son la demacración, riña, hepatitis y la locura furiosa de nuestros ébrios. Esto explica el horroroso coeficiente de la ebriedad de los léperos mexicanos y el contingente alarmante del pulque alcoholizado *con copa* (sic) en la criminalidad de sangre del Distrito Federal.

»Pero á pesar de esto, en tiempo de lluvias decrece la delincuencia ocasionada por la lluvia, según aceptó el mismo Licenciado Macedo. Ahora bien; si en los meses pluviosos disminuye ésta, á pesar de que se aumenta por la sustitución del alcohol metélico al natural del pulque, y centuplicando sus



energías tóxicas y vesánicas los efectos criminales de la bebida, se deduce que no desempeña el pulque el papel de causa principal en los hábitos de nuestro pueblo; y como en las épocas de lluvia la humedad aumenta, se desprende, por el contrario, que ésta está unida á la delincuencia por una relación de causa á efecto, casi en razón inversa, según la fórmula matemática dada por el mismo Licenciado Macedo á la tesis del Sr. Guerrero.»

El artículo referente á Cuba es también del Sr. Guerrero, y nos parece tan interesante para nuestros lectores, que no vacilamos en dar de él un amplio extracto, que no significa, claro es, aquiescencia á sus conclusiones. Comienza enumerando las causas de insalubridad y mortalidad súbitas: enfermedades palúdicas y vómito, mantenidas por la alta temperatura; humedad excesiva y falta de higiene; abundancia de ciénagas en la parte llana de la isla; huracanes violentos de Julio á Octubre, y terremotos. Sigue una serie de datos demográficos, por cierto muy incompleta, pues el autor ha dejado de consultar muchas fuentes españolas especiales.

Clasificando los datos que trae, deduce que la población de Cuba es «el resultado de dos grupos de causas: unas, que tienden á su aumento, y otras á su destrucción». Cuenta entre aquéllas la generación, inmigración, éxodos, trata, contrabando negrero, contratación de *coolis* y primas á la cría de raza negra; y entre las segundas, la crueldad de los españoles con la raza dominada, la esclavitud y la guerra. Las enfermedades y accidentes meteorológicos antes mencionados no figuran aquí para nada. Los censos de la isla desde 1774 á 1886 dan como cifras extremas 171.618 habitantes en la primera fecha, y 1.521.684 en la segunda. Pone luego en relación el promedio de estas cifras y el de los años intermedios con las anormales de] aumento (inmigración, trata, etc.), y reduciéndolas en seguida á la proporción que les corresponde, «comparando el promedio con la población original en cada período», deduce que «en Cuba, para obtener un aumento en



la población de 7 al millar, se ha necesitado la contratación de *coolis* durante dos años; de 11 al millar, se ha necesitado el contrabando negrero durante dos años; de 25 al millar, se ha necesitado el contrabando negrero y la pérdida de las colonias hispanoamericanas, para que inmigraran á la isla parte de sus habitantes durante cuatro años; de 31 al millar, se ha necesitado el contrabando negrero durante veinticinco años; de 35 al millar, se ha necesitado que España pierda una provincia y que emigraran sus habitantes á Cuba, funcionando también la trata negrera durante diez y siete años; de 52 al millar, se ha necesitado la trata, dos éxodos y la inmigración extranjera durante diez y nueve años; de 55 al millar, se ha necesitado la pérdida de provincias americanas de España, contrabando negrero é inmigración de descontentos españoles durante dos años; de 65 al millar, se ha necesitado la trata y el contrabando negrero durante siete años.

»De estas cifras se desprende que el aumento de población que puede atribuirse á la generación en Cuba, representa una cantidad *menor* que el 6 por 100 de la población, y á veces descende á una menor del 0,7 por 100; es decir, que si no hubiera habido otras causas que coadyuvaran á la multiplicación de la especie humana, la población de la isla habría aumentado de una manera tan insignificante, que quizá hubiera quedado estacionaria. Además, y como durante el período que registra la historia de Cuba hasta el levantamiento de Martí (cuatrocientos años), sólo en la época que siguió á su descubrimiento y en la guerra de 1869 á 1879 funcionaron las causas destructoras de la especie, se deduce que la aclimatación humana fue un problema de colonización no resuelto bajo las instituciones coloniales. ¿Lo será bajo el régimen de libertad é independencia?»

La revista ilustrada *Cuba y América* nutre sus páginas, en gran medida, con traducciones del inglés. Entre los artículos originales que traen sus últimos números, merecen citarse *El Censo de Cuba de 1899*, por Carlos M. Trelles (número de



Febrero y Marzo); *Datos históricos*, por R. Cabrera, muy interesante para conocer las negociaciones que en 1897 se llevaron á cabo con intervención del Sr. Dupuy de Lome, con el propósito de «despertar corrientes de armonía é inteligencia para buscar soluciones al conflicto revolucionario (la guerra de Cuba), eludiendo la amenazante intervención de los Estados Unidos»: artículo nutrido de documentos notables, como el «Proyecto de proposiciones de paz» enviado al Sr. Dupuy por el cónsul dinamarqués, intermediario en las negociaciones, Thowald C. Culmell; la crónica del *Congreso Médico Panamericano* de 1901, por el Dr. F. García Cañizares; un estudio sobre *Notables autoras Norteamericanas*, de Lincoln de Zayas; *El foso de los laureles*, por H. de Saavedra, en que se recuerdan los fusilamientos de patriotas cubanos hechos en aquel sitio de la fortaleza de la Cabaña, y el dramático episodio de la *Fuga del presidio de Ceuta de varios confinados políticos cubanos en 1852*, contado por uno de ellos, Juan O'Bourke.

En Bolivia ha comenzado á publicarse (Enero) un *Boletín de la oficina nacional de inmigración, estadística y propaganda geográfica*, cuyos datos, que es imposible resumir aquí, señalamos á los aficionados á esta clase de estudios.

La *Revista Nacional*, de Buenos Aires, ofrecé las siguientes novedades en sus números de Febrero, Marzo y Abril: *Etnografía del Río de la Plata*, por B. T. Martínez, eruditísimo capítulo de un libro inédito en que se estudia la cuestión de la raza autóctona, imposible de determinar hoy día, y la de las invasiones guarani y kechua; *Bibliografía y crítica histórica*, en que el eminente geógrafo peruano Sr. Larrabure y Unanue estudia, con motivo del *Tratado único del origen de los indios*, que escribió el Oidor D. Diego Andrés Rocha, el problema de la descendencia etnográfica de los indios americanos, pasando revista á las hipótesis del origen europeo, á través de la Atlántida, y el judío, basado en un pasaje de Esdras; la continuación del estudio histórico sobre *Las cesiones de Samaná*, por A. Pujol, y *Un documento valioso del P. Fray*



*Pedro Luis Pacheco*, relativo á las gestiones hechas, al parecer oficiosamente, en las Cortes europeas y con los hombres más influyentes de las Chancillerías, para lograr el reconocimiento de la nacionalidad argentina. El documento lleva fecha de 1.º Octubre 1822.

También en Buenos Aires ha comenzado á publicarse una revista, órgano de varias agrupaciones de la colonia española, que se titula *Cataluña, Aragón, Valencia, Baleares*. Contiene informaciones interesantes y la dirige el laborioso y entusiasta escritor Sr. Monner y Sans.

*El Ateneo*, de Lima, emplea casi todo su número de Diciembre de 1900 en un extenso trabajo del Sr. Whilar sobre *La pedagogía y sus eminentes cultivadores en el siglo XIX*. En lo relativo á España, es muy deficiente é inexacto. Demuestra no conocer bien nuestra literatura pedagógica moderna.

El número primero de 1901 contiene un curiosísimo capítulo sobre el *Carácter, genio y costumbres de los limeños en 1801*, tomado de la inédita (1) *Descripción del Perú*, del naturalista Tadeo Haënke, que se conserva en la British Museum. De las muchas cosas interesantes que relata, entresacamos las siguientes:

«Uno de los caracteres que sobresale más entre estos habitantes, es la generosidad; pues sin embargo de que en las grandes capitales, ó la frecuencia de los huéspedes por una parte, ó el lujo que cercena las facultades por otra, hacen gravosa á la hospitalidad, en la capital del Perú se ejerce con mucha facilidad en las casas de los amigos ó personas para quienes se lleva recomendación. Se desprenden con facilidad de sus alhajas; son suntuosos en sus banquetes y pródigos del dinero; lo miran y gastan con la mayor indiferencia. Pero este mismo desprendimiento, que contenido dentro de sus justos límites haría el mejor elogio de los limeños, es, por des-

(1) Ya no, pues acaba de publicarla la Biblioteca Nacional del Perú. Lima, 1901. Un vol. de XIII-320 págs.



gracia, la causa de la mayor parte de sus ruinas. Llevan al exceso sus gastos, y lo peor es que, apoderándose este furor de derrochar de las clases más pobres, les acarrea incalculables daños, especialmente en los criollos. El *chapelón* es verdad que empieza á viciarse desde que llega á Lima, pero debe confesarse que á él se debe el tal ó cual arreglo que se conserva en muchas familias. Acostumbraba decirnos un amigo que había puesto su estudio en conocer á los limeños: El *chapelón*—decía—viene regularmente á edificar á este país; pero el criollo, su hijo, queda para destruir cuanto su padre edificó.

»En efecto, cuando una casa se halla atrasada, se busca al *chapelón* para que la levante. Este se afana, la adelanta y la pone en tono; pero he aquí que sus hijos acaban con todo, ayudados y aun instigados por la madre.

»No se hallan ni se experimentan delitos atroces en estos vastos reinos, donde puede ser tan fácil la impunidad con la fuga á países y pueblos que distan entre sí tanto, y se caminan centenares de leguas sin tener otros enemigos de temer que las estaciones, los malos caminos, la escasez y la lluvia. Son compasivos en extremo, y desde que se hace público un delito, todos conspiran á ocultar al reo, á disculparle, y hasta á empeñarse en su defensa. Pero su humanidad en nada se conoce más que en el trato de sus esclavos: los visten, calzan y alimentan bastante bien, según su condición; y á pesar de que en éstos suele haber demasiado motivo para los castigos, el más riguroso es ponerlos en una panadería, donde los hacen trabajar y les dan algunas correcciones. Raros son los esclavos que se quejan de que sus amos los traten con severidad. Ellos, con el poco castigo, por el contrario, suelen ser consentidos y flojos servidores.

.....

»Son dados á los placeres, al juego y á una vida regalada y ociosa. Idólatras de las mujeres, casi siempre estiman poco la suya propia. La juventud se corrompe fácilmente, y en Lima



es crecido el número de mujeres prostitutas, cuyo lujo y riqueza prueban los muchos hombres acomodados que con ellas viven y las mantienen.

»Sin embargo de tales defectos, veo que sus buenas cualidades aventajan en mucho á las malas. Son dulces en su trato, tienen afabilidad y buena explicación, especialmente en materias amorosas, en donde despliegan todos sus chistes y gracias, distinguiéndose en esto con particularidad las mujeres. Diferéncianse éstas de los hombres, aventajándolos, no sólo en aquellas cualidades físicas que parecen como inculcadas en el varón, sino en las dotes del ánimo y sus propiedades morales. Al más ligero examen percibe un observador atento la superioridad de la limeña sobre el criollo, formando un contraste admirable y que la distingue de todas las demás de su sexo en otros países. Tienen el cuerpo más fornido (á proporción) que el de los hombres; es su espíritu más sagaz y penetrante; las ideas, más sólidas y permanentes; ejercen sobre los hombres un influjo casi general; son hermosísimas, agraciadas y tan halagüeñas, que arrebatan y enamoran; muestran en sus palabras y acciones cierto señorío y grandeza que las realza sobremanera; tienen el alma y chiste de las andaluzas, con otros muchos atractivos, y una facilidad en el hablar que las hace muy recomendables. Parece que la fecunda Naturaleza ha derramado sobre ellas sus más preciosos dones. Desde muy temprano despliegan todos los resortes de su alma, y aún más que la física perfección de su cuerpo, se anticipa la de su espíritu. Se oye á las muchachas discursos, razones y proposiciones que manifiestan lo mucho que se les adelanta el uso de la razón. Una limeña de diez años exige, en la conversación de un hombre bien criado, el mismo respeto y atención que una de quince en Europa. Encuéntrase en ellas, por lo común, más formalidad y honradéz que en los hombres, y son muy humanas y compasivas.»

Del traje de las mujeres da estas sabrosas noticias:

«Las *tapadas*, que ya no subsisten en España, y con cuyo



disfraz tenían las mujeres un velo para sus intrigas amorosas, como lo atestiguan nuestros cómicos, y con el que bajo de obscura nube del manto conciliaban, sin pérdida de su buena fama, los placeres de la libertad con la opinión de un aparente recato, se hallan todavía en la América meridional. Encubriendo sus ahuecados y el campanudo guardapié, en el día han variado de traje (pues visten á la europea, pero conservan el traje de tapada) con sayas ó basquiñas de la misma hechura y tamaño; pliéganlas á lo largo con pliegues longitudinales y transversales, del mismo modo que el manto, con el cual se tapan perfectamente la cara, descubriendo sólo la órbita del ojo, de manera que al más celoso marido y al más vigilante padre es imposible, cuando no muy difícil, el conocerlas. Adquiere con este ahuecado vestido la figura femenina un volumen tal, que no da pie para inferir su arte y venir en conocimiento de la tapada, á menos que la voz, la figura de los brazos ú otras semejantes señales, den indicios de la persona.

»Pero al paso que con cuidadoso esmero procuran taparse aquellas damas desde la cintura arriba, tienen otro no menor por descubrir los bajos, desde la liga hasta la planta de los pies. La más recatada limeña descubre sin escrúpulo la mitad de la caña de sus piernas. Y por muy escandaloso que parezca á nuestras europeas este traje, el uso común de él en todo aquel país acostumbra insensiblemente la vista y hace al fin que no cause la menor novedad, por extraño y chocante que parezca al principio.»

Termina el capítulo una descripción de la procesión del Corpus:

«Las procesiones de Lima, parecidas á las de España en la ostentación y solemnidad con que salen las santas imágenes, cuyas andas y blandones son de plata á martillo y de la mayor riqueza, además del numeroso concurso de Comunidades religiosas, Tribunales, Cabildos, etc., con el mismo orden que en España, se diversifican con todo en las gracias grotescas



de las danzas que hacen los negros, los que tienen particular afición á ellas, ya por su humor para divertirse, ya por ahorrarse aquellos días de trabajo.

»Estábamos en Lima á la sazón que se verificaba la procesión del Corpus, y pudimos ser testigos de estas particularidades. Componíase la procesión de las Comunidades de San Juan de Dios, de los Mercenarios, de la de Agustinos y la de los Franciscanos. Seguían después el Arzobispo y el Cabildo, y llevaba el palio la guardia de alabarderos del Virrey. Ultimamente, cerraba la procesión un regimiento de dragones y otro de infantería. En las demás funciones salen las santas imágenes, y se reducen á lo mismo con cierta diferencia; pero en ésta sólo salió la magnífica custodia, que en dicha ciudad es de grande riqueza. Asistían los negros, unos con las cabezas adornadas con plumas de gallos, otros con tarjetas en los brazos y palos en las manos, figurando una especie de batalla, pegándose golpes á compás de la música, en los escudos, unos á los otros, quienes repetían lo mismo á su vez. Hacían otros de reyes y reinas, yendo debajo de un quitasol, con su compañía de criados, y con una gravedad y mesura que excitaba la risa. No les falta gracia para bufones á estas pobres gentes, que se olvidan así de su esclavitud y presentan varias de las costumbres de su patria.»

En el mismo número hay un artículo de Manuel A. San Juan, sobre el último poema de Núñez de Arce: *¡Sursum Corda!*

En punto á originales literarios, es interesante la mejicana *Revista Moderna*, que reúne las firmas de notables escritores indígenas y extranjeros, con preciosas ilustraciones.

De libros, trataré en la próxima crónica.

HISPANUS.



# REVISTA HISPANOAMERICANA

---

**SUMARIO:** CHILE: La muerte del Presidente Errázuriz.—Elección definitiva de D. Germán Riesco.—Sus declaraciones sobre su política exterior.—COLOMBIA Y VENEZUELA: El conflicto pendiente.—Sus orígenes y antecedentes.—Los rebeldes.—Andrade y Uribe y Uribe.—La nueva bandera de la restauración de la Colombia de Bolívar.—La intervención de los Estados Unidos.—El asfalto y el Canal.—Dos insurrecciones paralelas y ninguna guerra internacional.—Obscuridad del conflicto.—CHILE, LA ARGENTINA, etc.: Su asistencia al Congreso Panamericano.

La muerte del Presidente Federico Errázuriz y Echaurren, en Chile, cuando casi tocaba al término de su mandato constitucional, que comenzó el 18 de Septiembre de 1896, y debió concluir en igual fecha del año actual; la elección definitiva de su sucesor y cuñado D. Germán Riesco y Errázuriz Zañartu, que con los 183 votos adictos que obtuvo de los colegios electorales en contra de los 88 de su adversario D. Pedro Monte, quedó ratificada en el acto definitivo legal del 25 de Julio último, y cuya proclamación se hará por el Congreso Nacional el 2 de Septiembre; los recuerdos de la política y administración que el Presidente muerto ha dejado en pos de sí, y las promesas y esperanzas que brotan de la nueva situación que se crea, forma lo más interesante de las cuestiones que en la actualidad preocupan en la parte más austral del continente americano del Sur.

El Presidente Federico Errázuriz murió en Valparaíso á las seis y media de la tarde del 12 de Julio último (1), siendo

---

(1) La biografía del Presidente Errázuriz se encuentra en el *Diccionario Biográfico de Chile*, publicado en 1897 por D. P. P. Figueroa: «Na-



el primero que muere en la República de Chile durante el desempeño de su elevada magistratura, pues cuando en 21 de Marzo de 1831 murió D. José Ovalle Bezanilla, no era sino Vicepresidente. Tanto por estas circunstancias, cuanto por la

---

ció en Santiago el 16 de Noviembre de 1850. Fueron sus padres D. Federico Errázuriz Zañartu y la señora Eulogia Echaurren Huidobro. Hizo sus primeros estudios en el colegio de los Padres Franceses. Terminó las Humanidades en el Instituto Nacional, y cursó leyes en la Universidad. Obtuvo su título de abogado el 26 de Marzo de 1873. Su Memoria de prueba versó sobre derecho constitucional, teniendo por tema la *Representación de las minorías*, la que se insertó en *Los Anales* de la Universidad. No ejerció la profesión forense, consagrándose á la agricultura, por la cual ha tenido especial predilección. Se inició en la vida política en 1876 como diputado por el departamento de Constitución. Reelegido en 1879, representó á este mismo departamento en varios períodos legislativos. En 1885 formó parte de la oposición parlamentaria contra el Gobierno del Presidente Santa María. En 1889 fue elegido Senador por la provincia de Maule. En 1890 fue nombrado Ministro de Guerra y Marina. En 1891 se asoció á la revolución del Congreso contra la administración del Presidente Balmaceda. Durante el desarrollo de la guerra civil recorrió la Europa, permaneciendo algún tiempo en París. Elegido primeramente diputado por Cauquenes después del triunfo de la revolución, en 1894 fue electo Senador por la provincia de Maule. En este mismo año fue nombrado Ministro de Justicia é Instrucción Pública. El 5 de Abril de 1896 fue proclamado candidato á la Presidencia de la República en la Convención celebrada por los partidos de la fusión liberal-conservadora, y electo jefe supremo del Estado el 25 de Junio del mismo año. Iniciada su administración el 18 de Septiembre (1896), con el programa de protección á las industrias nacionales, efectuó un viaje de estudio y observación á las provincias australes, á bordo de uno de los buques de guerra de la Armada, acompañado de altos dignatarios, en Marzo de 1897, visitando en su excursión la isla de Juan Fernández, para dedicarla á presidio ó á colonia. Ha procurado borrar las asperezas de la contienda civil de 1891, y después de un período de gobierno con la fusión liberal-conservadora, ha llamado á compartir las labores administrativas á los partidos liberales. En su empeño de procurar al país un vigoroso y uniforme desenvolvimiento industrial, ha solicitado del Congreso la sanción constitucional para diversos proyectos de ley destinados á realizar tan patrióticos propósitos, que darán bienestar á la República.\*



estimación general que se dispensaba á las bien equilibradas prendas de su carácter personal, los honores fúnebres que en su honor se han hecho, han sido majestuosos y excepcionales. Luchando largamente en la gravedad de su estado entre la muerte y la vida, de sus últimos momentos sólo fueron solitarios testigos su esposa Doña Gertrudis Echeñique, su hija Doña Elena Errázuriz y el Dr. Germán Greve, que le asistía. Había perdido el conocimiento, sintió alguna fatiga, alzó la mirada hacia la que había sido compañera de su vida, inclinó después la cabeza hacia el lado derecho, de que estaba apoderada la hemiplegía, y espiró en el sillón en que casi de continuo permanecía recostado. El Vicepresidente D. Aníbal Zañartu, que ejercía sus funciones presidenciales, su propio hijo D. Federico Errázuriz Echeñique y el General Körner, que se hallaban en Santiago, apenas el telégrafo les comunicó la noticia, salieron para Valparaíso, adonde concurrieron después el electo Germán Riesco y otros individuos del Gobierno y de la familia. Se dispuso que en todas las plazas de la República, donde hubiera artillería, de quince en quince minutos se disparasen cañonazos en señal de duelo nacional. Los alumnos de la Escuela Militar Naval salieron inmediatamente para dar guardia de honor y escoltar después el cadáver. Se suspendieron por una semana todos los teatros y espectáculos públicos. Se dió orden al Ejército de mar y tierra de vestir por quince días los distintivos reglamentarios del luto. Se dispuso que á las aguas de Valparaíso concurriera toda la escuadra de evoluciones al mando del Contraalmirante Goñi, compuesta del *O' Higgins*, *Blanco Encalada*, *Esmeralda*, *Zenteno* y *Condell*, para hacer los honores, y entretanto en la Catedral de Santiago se levantaba un ostentoso catafalco para las exequias de cuerpo presente. Al día siguiente se trasladó el cadáver de Valparaíso á Santiago, depositándose en el Salón de Honor del Congreso Nacional, suntuosamente convertido en capilla ardiente, y adonde fue pública la entrada. A la llegada del cadáver á Santiago, todo el Cuerpo diplomático extranjero se reunió á recibirle en la Estación. Los cuer-



pos de las guarniciones de Valparaíso y de Santiago formaron en línea, además de la división de desembarco de la escuadra que acompañó al cadáver hasta la capital, donde, con el duelo oficial, se juntaron el Presidente electo Riesco y el candidato Lazcano, los dos sobrinos de Errázuriz, seguidos de los representantes del Congreso y de todas las altas clases del mundo administrativo del Estado. Al pasar el cortejo fúnebre por la Casa Consistorial de Santiago, se hallaba enarbolada en ella á media asta la bandera con que en 1810 se juró la independencia. Durante la expedición de Valparaíso á Santiago, cuya marcha se hizo con deliberada lentitud, los pueblos salían al paso á rendir su último homenaje al ilustre magistrado. En Villa de Mar el fuerte Andes hizo seis disparos con sus cañones de 47 y 24, y la conmoción producida á su estampido fue tan violenta, que saltaban rotos en pedazos los vidrios de las ventanillas del tren. En Quillota, Llaillai, Tiltil y Renca, el gentío era inmenso y muy sentidas las demostraciones del duelo popular. El carro en que se colocó el féretro se cubrió de coronas, del que el salón del Congreso era un bosque, y entre las que se detallaba la por todo extremo espléndida del Cuerpo diplomático extranjero. Independiente de ésta, de carácter colectivo, la Legación Argentina, por mandato del Ministro D. Amancio Alcorta, envió otra que fue objeto de la atención general por su estructura artística.

Estas demostraciones especiales de la República Argentina causaron viva impresión, sobre todo cuando los periódicos de Santiago publicaron el expresivo telegrama de condolencia del General Roca al Vicepresidente Zañartu, y el decreto del Gobierno de Buenos Aires ordenando el luto por el amigo muerto, que el telégrafo también transmitió. Uno y otro documento serían siempre importantes; pero lo eran mucho más en el momento en que en algunos círculos de América se discutía si el sucesor de Errázuriz mantendría la buena amistad que entre éste y Roca se pactó en las visitas de Puntaarenas; y las Agencias de Nueva York, mal informadas, ó deliberadamente infor-



madas mal, comunicaban á Europa que las relaciones entre las dos Repúblicas del extremo austral de los Andes, estaban próximas á un rompimiento por un pequeño incidente de fronteras en Cerro Palique que sería el preludio de una guerra inminente. El telegrama del General Roca decía así:—«*Buenos Aires, Julio 14.*—A. S. E. el Sr. Vicepresidente en ejercicio del Poder Ejecutivo D. Aníbal Zañartu, Santiago de Chile.—Reciba V. E. las expresiones de mi más viva condolencia por el fallecimiento del Sr. Presidente D. Federico Errázuriz. La República Argentina participa sinceramente del duelo que ahí causa la pérdida del ilustre mandatario y esclarecido ciudadano chileno que tanto ha contribuído con su talento y elevación de miras á mantener la amistad y buena armonía entre ambos pueblos. Con este triste motivo saluda á V. E. con su consideración más distinguida, JULIO A. ROCA.»—El decreto del Ejecutivo Argentino dice así:—«*Buenos Aires, Julio 13 de 1901.*—Habiendo resuelto el Gobierno nacional asociarse al duelo de la nación chilena por la sensible pérdida que ha experimentado con el fallecimiento de su Presidente, Excmo. Sr. D. Federico Errázuriz, el cual manifestó durante su gobierno las más cordiales simpatías por el pueblo argentino, del que fue digno y fiel amigo, el Presidente de la República DECRETA:

*Artículo 1.º* Durante el día de hoy permanecerá izada á media asta la bandera nacional en todos los edificios públicos, buques y fortalezas de la nación. *Art. 2.º* Por el Ministerio del Interior se comunicará este decreto á los señores Gobernadores de provincia, pidiéndoles se asocien al duelo decretado. *Art. 3.º* Este decreto se pondrá en conocimiento del Gobierno de Chile, al significarle que el pueblo y el Gobierno argentino participan del duelo que embarga á la nación chilena por la pérdida de su ilustre gobernante. *Art. 4.º* Comuníquese, publíquese é insértese en el Registro nacional.—ROCA.—*Felipe Yofre.*»—Como en los pretendidos conflictos de que telégrafo de Nueva York ha hablado entre Chile y la Argentina, se ha añadido que ésta procedería contra aquélla en alian-



za con el Brasil, el Perú y Bolivia, completa el cuadro de estas demostraciones la actitud de las Cámaras de Diputados y Senadores de Río Janeiro, que apenas informadas de la muerte del Presidente de Chile, suspendieron la sesión que celebraban, comunicándolo así por telégrafo al Gobierno de Santiago, y el telegrama del Ministro de Relaciones Extranjeras del Brasil, Olintho de Magalhaes, y á su Ministro en Chile, Joaquín Godoy, para que en nombre de su Gobierno diera el pésame más sentido al del Vicepresidente Zañartu.

De los demás Estados vecinos y de las grandes potencias de Europa (Inglaterra, Alemania é Italia) no han dejado de llegar á Santiago sentidas expresiones oficiales de duelo, que han completado la pompa fúnebre con que se verificaron el día 17 los grandes funerales en la Catedral y el entierro del cadáver después de la gran ceremonia religiosa. El espectáculo de las exequias fue imponente, y á él asistía toda la alta sociedad de Santiago, mientras que en la ciudad, suspendido el tráfico y cerrados todo género de establecimientos, la población en masa afluíá á las calles del tránsito, cuyos edificios, en su casi totalidad, ostentaban colgaduras negras ó adornadas de crepón. En el carro fúnebre se habían colocado los mismos adornos que llevó el que condujo á la última morada el cadáver de O'Higgins; y en el acto de la sepultura, como aún es costumbre en muchos pueblos, se pronunciaron discursos por el Vicepresidente Zañartu, por el Ministro de la Guerra, por el Presidente de la Corte de Justicia y por el Alcalde de Santiago, que entrañaban la apología de un hombre cuyo mandato público se había desempeñado con ejemplar escrupulosidad (1).

---

(1) El juicio que la voz de sus contemporáneos, por medio de la Prensa, adelanta sobre Errázuriz á la posteridad, puede resumirse en estos párrafos:

De *El Chileno*: «Amante sincero de la paz, llevó á cabo su propósito con un patriotismo que nadie tiene derecho de negarle, cualquiera que haya sido el éxito de las negociaciones que él inspiró. En el interior hizo labor de honrada administración, llamando al seno del Gobierno á los ele-



De esta nota de universal respeto han disentido en el mismo Santiago de Chile dos únicos periódicos, *La Ley* y *El Herald*, el primero de los cuales ha prometido probar que Errázuriz fue el más desgraciado y fatal de todos los Presidentes de Chile; y el segundo, que los honores que se han dispensado á su cadáver han sido una falsificación del sentimiento público. Realmente, este lenguaje no revela sino lo que todo el mundo sabe ya de memoria por centuplicadas experiencias en el estado moral por que atraviesan todos los pueblos del universo; es decir, que los sentimientos *unánimes* son un problema de solu-

mentos moderados del país, convencido de que no estamos en situación de excitar los ánimos con luchas de conciencia ni con discusiones de doctrinas... El Sr. Errázuriz baja pobre á la tumba. Es este un motivo de orgullo para todos los chilenos, como es una tradición gloriosa en la Presidencia de este país. El amor propio nacional se siente halagado cuando le es dado comprobar, como en el caso presente, que cualquier propósito lleva un hombre á la Presidencia chilena menos el de lucrar inescrupulosamente con la elevada investidura.»

De *La Tarde*: «Que las blancas y frescas rosas, emblema de cariño; que las rojas siemprevivas de la gratitud y del recuerdo; que las yedras verdiobscuras humedecidas de llanto; que las más bellas, las más nobles flores, cubran el sagrado féretro de ese hombre distinguido que ha espirado en lecho de angustiosos sufrimientos, y á cuyo cadáver la pompa oficial ha dado por sudario la bandera de Chile... Aun cuando se ame mucho á la patria, nunca es temprano para aprender á amarla aún más... Podrá haber divergencias de criterio para juzgar la obra del más joven de los Presidentes chilenos en su labor como político y administrador; pero será unánime el sentimiento de justicia para reconocer en Errázuriz dotes excepcionales de patriotismo y de inteligencia, y á su muerte se asocia el duelo de toda la nación.»

De *El Mercurio*, de Valparaíso: «Sean cuales fueren las faltas que pudieran atribuírsele, el hecho culminante para todo el mundo es que fue hermosa su labor para conjurar los peligros en nuestras relaciones con la Argentina, para evitarlos con mano firme, resuelta y enérgica, para suavizar todas sus asperezas y dedicarse con singular constancia y delicadeza á cultivar fraternalmente esas buenas relaciones... En todo lo demás, hizo á su país el bien que le permitieron las circunstancias por que atravesaban los partidos políticos durante su gobierno. El país debe agradecersele.»



ción tan difícil en todas partes, como la cuadratura del círculo en los ámbitos de la ciencia. De cualquier modo, donde quiera que el espectáculo se da, no hay conciencia moral á la que no repugne la sevicia contra los muertos. Los periódicos del Perú y de Bolivia dejan traspasar una nota amarga en su juicio sobre Errázuriz, porque, después de negociado el Tratado Billinghurst-Latorre, no lo hubiera hecho prevalecer contra la oposición de la Cámara de los Diputados, y porque á Bolivia, en lugar de satisfacerla con la concesión de un puerto sobre el Pacífico, la anonadara bajo el peso de aquella célebre nota de König, que desvaneció las esperanzas halagadas por las promesas de sus agentes en la Paz y en Sucre. Con todo, en Lima se reconoce que, en los gobiernos de opinión, los supremos mandatarios no pueden obrar nunca con la resolución de soberanos.

Aunque Tacua y Arica se chilenalizan cada día más, el problema político internacional no está cerrado. Si la cuestión no ha podido zanjarse definitivamente por medio del arbitraje de la Reina Regente de España, en la forma que para la inspección del plebiscito á que había de someterse en dichas provincias había quedado consignado en el tratado Billinghurst-Latorre, tampoco lo será en las próximas deliberaciones del Congreso Panamericano de Méjico, si Chile, al cabo, á él envía los delegados que andan en candidatura después de la renuncia de D. Vicente Reyes, esto es, D. Marcial Martínez ó don Luis Aldunate. Pero lo que no hay que dudar es que ese asunto queda á las inspiraciones del nuevo Presidente de Chile, don Germán Riesco, que probablemente no lo pondrá sobre el tapete de otra manera que en la en que en la actualidad se halla colocado hasta que en Londres se pronuncie el laudo final sobre la gran cuestión de la limitación de la frontera de los Andes (1). Lo difícil será, en todo caso, y para llegar á las solu-

---

(1) La biografía de Riesco no está publicada en ningún *Diccionario* americano todavía. Con motivo de su elección para la Presidencia, *El*



ciones conciliadoras que se imponen en las relaciones jurídicas y políticas de la fraternidad y de la solidaridad americana, hallar los elementos de compensación y de equivalencia á

*Tarapacá*, periódico que se publica en Iquique, ha insertado los apuntes siguientes:

«El Sr. D. Germán Riesco, hijo de D. Mariano Riesco y de D.<sup>a</sup> Carlota Errázuriz Zañartu, nació en la ciudad de Rancagua el 28 de Mayo de 1854. Recibió el Sr. Riesco su primera educación en Santiago. Una vez que obtuvo su diploma de bachiller en humanidades, ingresó en la Universidad del Estado, en la que, después de brillantes estudios, obtuvo el título de abogado, á fines del año 1875, á los veintiún años de edad. Pero desde antes, desde 1871, apenas incorporado en las aulas universitarias, el Sr. Riesco, cuya familia no tenía bienes de fortuna, había obtenido en el Ministerio de Justicia el empleo de oficial de número, como un medio de auxiliarse en su vida de estudiante. Desde aquella época, comenzó el Sr. Riesco á sobresalir entre los suyos. En la Universidad fue un alumno distinguido, que llamó la atención de sus compañeros y de sus profesores por la claridad de su inteligencia y por la serenidad de su juicio; en el Ministerio se impuso á la consideración de sus jefes por esas mismas privilegiadas dotes y por su espíritu de trabajo, que jamás lo ha abandonado en el curso de su vida. Fue rápida por esas razones la carrera que hizo el Sr. Riesco en el Ministerio en que había ingresado, y en el corto espacio de nueve años llegó por merecidos ascensos hasta el cargo de oficial mayor, que desempeñaba en 1879, cuando tenía apenas veintiseis años de edad. En 1880, la Corte de Apelaciones de Santiago lo llamó á ocupar el puesto de relator del Tribunal; diez años más tarde fue nombrado Ministro del mismo, y en 1897 Fiscal de la Corte Suprema, en donde permaneció solamente un año, hasta 1898. Dejó ese cargo el Sr. Riesco para dedicarse al ejercicio libre de su profesión de abogado, y tomar la participación que había sabido conquistarse, y que de legítimo derecho le correspondía, en el movimiento político del país. Quien quiera que en los últimos veinte años haya conocido los Tribunales de Justicia de Santiago, sabe cómo descollaba allí la inteligente y simpática personalidad del Sr. Riesco. Sus consejos, aun en el tiempo en que fue relator de la Corte, eran no sólo oídos, sino buscados por los más viejos y expertos magistrados, en las más arduas cuestiones que esos tribunales tenían que resolver. La opinión del Sr. Riesco era tenida siempre como la más acertada y la más sensata. De ejemplar probidad, de rectitud nunca desmentida, de claro talento, no sólo los Tribunales de Justicia, sino también lo



que hace poco invitaba la situación del territorio del Acre, del que se había apoderado contra la soberanía de Bolivia un puñado de aventureros, estimulados por los tripulantes *yanquis* del cañonero *Wilmington*. Bolivia después ha restablecido sobre aquel territorio su situación de derecho, y por más miradas que se dirijan sobre el mapa, no se encuentran esas equivalencias territoriales que podían dar amigable cima á la cuestión.

Pero hay que fiar al tiempo, á la constancia y á la magnanimidad. El ilustre hijo de Rancagua, que el 18 de Septiembre ascenderá á la primera dignidad de la República chilena, tiene adquiridos, en su bien empleada carrera en el Ministerio de los tribunales, en que pasó la mayor parte de su vida, los hábitos de la Justicia y la familiaridad de los procedimientos con que se llega á sus legítimas sentencias. El crédito de su rectitud es proverbial en cuantos tienen noticia de su persona, y aunque no es la misma la justicia de los tribunales que la justicia de los intereses de nación á nación, el giro de los sucesos que se han de desenvolver en el siglo que ha comenzado en el equilibrio político de toda la América de nuestra sangre, acaso traiga las soluciones que ahora obstruyen los pensamientos del día. Al Perú no se le puede negar su historia. Chile no puede renunciar á sus esperanzas. Hay entre los dos Estados vecinos á quienes por la espalda los Andes levan-

---

círculos políticos, comenzaron á inspirarse en los consejos siempre prudentes y certeros del Sr. Riesco: y cuando se alejó de la vida administrativa y judicial, su nombre se impuso desde el primer momento á la consideración de muchos, como el de la persona llamada á regir algún día los destinos de la República. Correspondió á la provincia de Talca la honra de elegirlo senador. Llegó el Sr. Riesco al Congreso, y allí, como en todas partes, descolló también, tanto por sus méritos como por la moderación de su carácter y su fino tacto político. La gran convención de los partidos liberales proclamó al Sr. Riesco candidato á la Presidencia de la República. La voluntad del pueblo, manifestada hoy en las urnas, lo llevará el 18 de Septiembre próximo á ocupar la primera magistratura de la nación.»



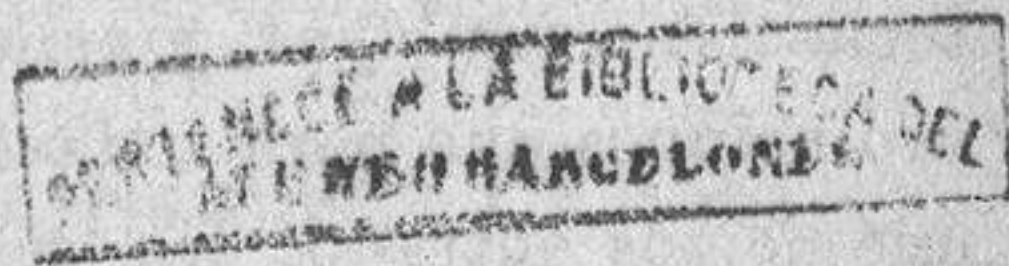
tan una muralla de contención difícil de franquear y á quien de frente el Pacífico solo ofrece las vastas soledades del agua, donde el poder del hombre nada puede establecer ni fundar, como base estable de su dominio y dilatación, intereses irresolubles en su propia contradicción y á los que no hay cálculo humano que ose dar fórmulas de fácil sumisión. Pero la historia tiene sus leyes, y estas leyes se han de cumplir en las evoluciones que para toda América se preparan en el siglo en que hemos entrado. En la masa tormentosa y densa de esas soluciones es donde sólo puede radicar la conciliación de los intereses contrapuestos que entre Chile y el Perú están creados desde la triste guerra del Pacífico y el desdichado tratado de Ancón.

En Europa se han querido poner en pleito las intenciones que Riesco trae á la Presidencia de la República de Chile, atribuyéndole tendencias imperialistas, conquistadoras, esencialmente belicosas. Es temprano para sostener estos prejuicios. Riesco todavía, hasta que se invista de la banda tricolor presidencial, no puede ni ha podido hacer ningún género de declaraciones solemnes. En sus conversaciones de la intimidad revela propósitos pacíficos é intenciones de no ir defrente, sino en pos de aquellas conquistas que levantan á los pueblos en brazos de su prosperidad. Si Walker Martínez halagaba el pensamiento de volver á Buenos Aires á renovar los conflictos de la frontera, ya se ha dicho que en Buenos Aires continuará en su puesto conciliador diplomático Concha Subercaseaux; si Barrios Arana lanza un pelotón de estopa á la publicidad con su *Historia de las negociaciones que trajeron el arbitraje sobre el litigio de la Puna de la Atacama*, ni aun entre sus amigos triunfantes de Montt en la contienda electoral encuentra, como otras veces, los ardientes partidarios de toda idea que entrañe recónditas perturbaciones. Se habla de que Beltrán Mathieu se encargará en el Gobierno de Riesco de la gestión de los Negocios extranjeros; que su primer Ministro será Aniceto Vergara Albano, y que le acompañarán en el Ga-



binete Ismael Tocornal y Manuel Egidio Ballesteros. La verdad pronto se ha de saber, pues dentro de pocos días se formará la nueva situación. Pero no creemos equivocarnos al afirmar que, mientras en la política de Chile no surjan accidentes hoy desconocidos, la política de Riesco será una política de paz interior y de leal fraternidad con las Repúblicas limítrofes y hermanas.

\*  
\* \*



Desde los últimos días del mes de Julio, toda la prensa de los dos mundos se ocupa y se preocupa con el conflicto que ha surgido entre Colombia y Venezuela, que ha hecho creer así en la inminencia de una guerra, no sólo entre estas dos Repúblicas, sino entre todas las limítrofes del Norte de la América Meridional y del Sur del Centro, como en la intervención tal vez armada de los Estados Unidos. Los hechos ocurridos son los siguientes: A principios de Julio cundió por toda América la noticia de que Venezuela, que acababa de promulgar una nueva ley ó Carta constitucional, fijando en seis años el período presidencial, y que para disponer las próximas elecciones presidenciales, el día 14 vió celebrar una numerosa reunión de miembros del partido liberal, en la que quedaron fusionados ó *compactados*, como allí se dice, los diversos grupos ó fracciones en que se hallaba dividido, constituyeron una junta Central y Directiva del partido, y por la iniciativa del General J. R. Pachano y la recomendación oral del Sr. Santiago González Guinan, proclamaron la candidatura del General Cipriano Castro para el próximo período presidencial, había suscrito un contrato con la casa Krupp en Alemania para obtener 35.000 fusiles Maüßer, 20 millones de cartuchos, cinco baterías de campaña, 10 cañones de 25 toneladas para la defensa de la Guayra y Puerto Cabello, con la construcción de tres cruceros y cinco buques más para la navegación de los ríos, cuyas construcciones navales habían de estar concluídas para



entrar en el servicio de Venezuela para Agosto de 1902, del mismo modo que el armamento y material de guerra ya expresado había de ser entregado inmediatamente, á fin de que se hallase dentro del mismo próximo pasado Julio en los arsenales de Caracas. Con estas noticias, el telégrafo de Nueva York comenzó simultáneamente á divulgar por los demás Estados de las tres Américas, que el General D. Ignacio Andrade, á quien Castro, por medio de la Revolución había depuesto de la Presidencia, á quien se le habían confiscado sus bienes y aun vendídole recientemente la casa que poseía en Caracas en la Avenida del Este, núm. 33, y que naturalmente en su errática proscripción, ya por algunas Repúblicas del Centro, ya por las Antillas, ya por las grandes ciudades comerciales de la gran República del Norte, había venido á ser el jefe de todos los elementos hostiles á su competidor victorioso, se hallaba de incógnito en Nueva York, había recibido allí cuantiosos auxilios pecuniarios á cuya adquisición no habían sido extraños el Cónsul americano Mr. Loomis, á quien el General Castro se vió precisado á expulsar de Caracas, y la *New York and Bermúdez Asphalt Company*, cuyas pretensiones fueron causa de aquella expulsión, se empleaba en equipar una expedición filibustera para invadir á Venezuela y derribar al Gobierno que Andrade calificaba de usurpador, y se unía á los hermanos D. Alejandro y D. Angel Hernández, hijos del General revolucionario D. José Manuel, preso en Maracaibo, y al Sr. C. A. Uguete, para emprender la acción común. Los telegramas de Nueva York, que referían estas cosas, añadían que el Cónsul general de Venezuela en aquella ciudad, señor González Estévez, no daba importancia alguna á los rumores que se extendían sobre aquellas operaciones.

El 6 de Julio, el General Andrade salía de Nueva York, y el 12 llegaba embarcado á San Juan de Puerto Rico, y la prensa de Nueva York y el telégrafo de sus Agencias continuaban menudeando noticias sensacionales sobre los preparativos guerreros que hacían los emigrados venezolanos para intentar la



proyectada expedición filibustera, remitir armas de contrabando y encender la revolución contra Castro, haciendo sonar siempre el nombre del General Andrade, como propulsor de ella, y á los hijos del General Hernández (*el Mocho*) en complicidad con él, y atribuyendo al menor de ellos, D. Angel, la compra de varios miles de rifles Remington y Maüsser, por cada uno de los que, de segunda mano, había pagado tres pesos. En Puerto Rico, al cabo, á instancias del Cónsul de Venezuela, las autoridades americanas pidieron al General Andrade, luego que fue descubierto el día 20 en la ciudad de San Juan, informes sobre sus intenciones, á lo que contestó que «personalmente no se interesaría en el movimiento, porque su situación personal había llegado á ser bastante precaria, hasta el punto de tener que vivir de su trabajo corporal; pero que, como el estado en que Venezuela se encontraba era insostenible, se imponía un cambio de política, *y la nación no había de perecer por una revolución más ó menos*, llevando hechas más *de sesenta* desde que se constituyó la actual República; otros se encargarían de llevar á cabo la revolución». A los cuatro días de hechas estas declaraciones en San Juan de Puerto Rico por el ex General y ex Presidente venezolano D. Ignacio Andrade, se verificó por la frontera colombiana del Estado de Táchira la invasión.

Es conveniente notar que el día 24 de Julio próximo pasado entrañaba para los venezolanos dos efemérides importantes: la primera, ser este día en el que se celebra anualmente en toda la República con la mayor solemnidad la fiesta del cumpleaños ó natalicio del libertador Simón Bolívar; la segunda, haber sido el 24 de Julio del año anterior de 1900 el día escogido por el General Cipriano de Castro para expedir la proclama, en que declaró oficialmente la paz en toda la República, en que ordenó la libertad de todas las personas que estaban presas por causas políticas, constituyó el Gobierno de que han formado parte Eduardo Blanco, Caprera, Malo, el General Pulido, Tello de Mendoza, Atañez, Ayala y Quintero, prometió proponer



al país y á sus Cámaras la aprobación de una Carta nueva constitucional y legitimar él mismo los poderes de que la victoria sobre sus adversarios, por medio de las armas, le había investido, sometiendo su nombre al voto de la ley. Tales promesas no fueron baldías. El mundo exterior creyó que con el Gobierno de Castro, Venezuela entraría en una verdadera y prolongada era de paz y de regeneración, y apresuráronse á reconocer su Gobierno simultáneamente los de los Estados Unidos, Francia y España. A poco surgieron las complicaciones, no habiendo sido las que menos motivos han dado para gastar en un año el prestigio del General Castro, las concesiones á las Compañías para la explotación del asfalto, con las consecuencias á que han dado lugar en sus rozamientos diplomáticos con el Gobierno de Washington, su excusa para no concurrir á la Exposición Panamericana de Búffalo, las concesiones que se le han atribuído ya al Gobierno de Berlín para establecer un depósito de carbón en la Isla Margarita, ya al Conde Potocki-Rhom para fundar una gran colonia de quinientas familias alemanas en una vasta zona del territorio venezolano, y ya también la negativa dada al Gobierno norteamericano para dejar sacar de Venezuela de diez á quince mil braceros, que habían de ser transportados á la isla de Cuba, ya para emplearlos en las obras del ferrocarril central que se proyecta, ya para aplicarlos á las nuevas empresas *yanquis* que quieren dar nuevo impulso á las explotaciones agrícolas de la isla; y aunque es indudable que el General Castro ha manifestado alguna saludable tendencia á la aproximación de la fraternidad hispanoamericana, proponiendo estrechar sus relaciones con la Argentina con motivo de los homenajes hechos á la memoria del General San Martín, y haciendo acreditar en Caracas la legación chilena que desempeña el ex Ministro de Gracia y Justicia del Gobierno de Errázuriz, D. Francisco J. Herboso, y la legación de Bolivia, que se ha confiado por el Gobierno del General Pando á su propio representante plenipotenciario en Washington, D. Fernando E. Guachalla,



Castro ha dejado mucho que desear en sus relaciones de vecindad, sobre todo con Colombia, contra quien, desde su constitución en la Presidencia de Venezuela, no sólo se dijo que andaba en pactos para una alianza agresiva con el Ecuador, Costa Rica y aun Nicaragua, sino que de esta animosidad se han ocupado escritores de tal valía como Ricardo Becerra, Juan Coronel y otros, que han escrito juicios como los siguientes:

«Es de pública notoriedad—decía Coronel á fines del año anterior en *La Tarde* de Santiago de Chile--que el General Cipriano Castro, Presidente de Venezuela, apoya la actual revolución colombiana (sostenida cruelmente por el General Uribe y Uribe en el Estado de Panamá), á lo que se agrega el proceder incorrecto que se contiene en haber nombrado Gobernador de un Estado federal vecino de Colombia al General Benjamín Ruíz, conocido liberal y revolucionario colombiano. Más altos que los prejuicios de escuela, están el Derecho Internacional y el deber de respetarlo en absoluto. Apartando lo que en los actos de Castro favorece á nuestro partido, no vemos sino su intervención punible en contiendas interiores de un pueblo soberano, y condenamos enérgicamente esa intervención, aunque en lo individual nos sea favorable. Se dijo en los diarios de Caracas que el Gobierno de Colombia había investido de mando militar importante en la península de Guajira, limítrofe de Venezuela, al General Alcázar Pulgar, jefe venezolano, enemigo del gobierno de Castro. Inexacta la noticia, desmintiéndola el Sr. Becerra, *en su calidad de colombiano*, á quien interesan por encima de las pasiones del momento, el buen nombre de su Gobierno y la responsabilidad de su patria.» Becerra se hallaba en Caracas cuando publicó este mentís á una noticia falsa, y por orden del General Castro fue expulsado del territorio de Venezuela.

*El Eco del Norte*, y el 1.º de Enero de 1901 *El Porvenir* de Cartagena, publicaba el primero y reproducía el segundo otro artículo de graves cargos contra el General Cipriano Cas-



tro, contra la protección que dispensaba á la revolución en Colombia, cuando los esfuerzos del Gobierno del Vicepresidente Marroquín, con mil costosos sacrificios, lograba derrotar á los insurrectos y llevar la guerra á su agonía.—«Sébase que las autoridades de Táchira, por orden expresa del Sr. Cipriano Castro, preparan una nueva invasión de asilados colombianos para la provincia de Cúcuta; que dos días después del triunfo del Rosario, llegó á San Cristóbal Eugenio Sarmiento con un gran cargamento de armas y municiones despachadas de la Guayra por Maracaibo, Encontrados y Colón, y que careciendo de dihero los asilados para su expedición, por mandato de Castro se les ha facilitado de las cajas provinciales de Táchira.» La lectura de los periódicos colombianos, durante el Gobierno del General Castro en Venezuela, llegaba á fatigar con la repetición de estas quejas siempre vivas, que en Caracas no eran rectificadas. ¿No era, en realidad, ésta una mala política de vecindad?

Estos antecedentes no pueden dejar de tenerse en la memoria, al leer las relaciones del telégrafo y de la prensa después de los sucesos que se han verificado en la frontera venezolano-colombiana el día 24 de Julio último. En Nueva York se había concertado un nuevo movimiento revolucionario en que tomarían parte los revolucionarios de Colombia vencidos del Dr. Marroquín, los revolucionarios venezolanos vencidos del General Castro, y toda esa multitud de aventureros políticos que las frecuentes revoluciones de América ha arrojado á la incierta suerte de las agitaciones armadas, muchos de ellos sin patria conocida, en muchos en ellos como un modo industrioso de vivir. En el núcleo directivo de esta nueva conspiración figuraba el General colombiano, jefe de la vencida revolución D. Rafael Uribe y Uribe, el cual, abatiendo la bandera escuetamente *liberal* con que durante cerca de tres años ha ensangrentado su patria para combatir á los conservadores gobernantes, así del anciano San Clemente como del Vicepresidente en funciones constitucionales, ha puesto á Colombia en pe-



ligro de fraccionarse, y una parte, la más preciosa de la República, al borde de ser intervenida y *anexionada* por los Estados Unidos, ha tenido ahora la temeridad de enarbolar un nuevo lábaro de guerra, proclamando que «debe ser aspiración suprema de los pueblos que formaron la Gran Colombia (Venezuela, Colombia y Ecuador) reconstituir esa nacionalidad gloriosa y potente, que la presión de la exigencia del tiempo hace hoy más necesaria que nunca; que su bandera ha cruzado al través de la refriega, y que si pudo en un principio no ser más que la reivindicación de un partido en las querellas intestinas de su país, ahora sería *la bandera de la Gran Colombia*». Erigido desde Nueva York, mediante esta declaración, el colombiano ingerto en *yanqui* Uribe y Uribe en mente militar directiva de esta revolución, salió á contrarrestar esta tendencia calificada de parricida el antiguo diplomático venezolano D. Carlos Rangel Garbiras, conocido en Madrid, en donde tuvo la representación de su país durante la sustanciación del arbitraje en la cuestión de fronteras, que Colombia y Venezuela sometieron al laudo del Rey D. Alfonso XIII y cuya sentencia, á causa de su muerte prematura, no pudo pronunciar este Monarca tan probo y recto. Rangel Garbiras, desde Cúcuta, y con fecha del día 18 de Julio, publicó un manifiesto *Al país y á mis amigos políticos*, en que acusando al *Capitolio* de Caracas como el centro de la conspiración tramada por los poderes existentes para hacer desaparecer como naciones independientes al Ecuador, Venezuela y Colombia, bajo el lema de la bandera de la Gran Colombia, asumía la jefatura *accidental* del partido republicano de los Andes y del nacionalismo venezolano. Este documento fue la voz de mando para la invasión que se verificó seis días después.

La invasión se verificó por las inmediaciones de San Antonio de Táchira, en la frontera de Colombia, y sobre el contingente de los que seguían al *doctor* (?) Rangel se han dado cifras diversas entre cinco y seis mil hombres armados. Conocido en Caracas el suceso, á los revolucionarios de Rangel,



que ya en su manifiesto se revela adicto sólo del General *mártir*, su ilustre jefe, José Manuel Hernández, de cuyos hijos ya se ha hablado en los preparativos de Nueva York, se les bosquejó como un ejército de tropas regulares colombianas, tomando tales vuelos esta falsa idea, que en el Consejo de sus Ministros que aceleradamente reunió el General Presidente Castro, lo primero que propuso fue la declaración de la guerra á Colombia y el inmediato destacamento de un ejército tan numeroso como se pudiera, para oponerse á los invasores, arrojarlos del territorio y avanzar hacia el de la República vecina. Uno de los Ministros, el de la Guerra, General José Ignacio Pulido, disintió enteramente de esta resolución, porque, en su opinión, los invasores no eran colombianos, sino revolucionarios venezolanos. El mismo Ministro de Negocios Extranjeros, Eduardo Blanco, estimó que era obrar con demasiado apresuramiento enviar sus pasaportes al Ministro de Colombia, Sr. Rico, como Castro quería. Mas el General Castro discutió el tema con tal calor, que el General Pulido se vió en el caso de presentar su dimisión en el acto. De aquel Consejo salieron disposiciones tan graves, que al día siguiente, 26 de Julio, el periódico oficial publicaba un Manifiesto del Presidente á los venezolanos, anunciando la invasión del territorio nacional *por un ejército extranjero*, y el decreto suspendiendo las recién proclamadas garantías de la nueva Constitución en todas las provincias de la República (1).

---

(1) He aquí estos documentos:

I. «EL EJECUTIVO FEDERAL DE LOS ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA— En uso de las facultades que le confiere la atribución 21 del art. 89 de la Constitución nacional; y en consideración á que el orden público ha sido alterado en los pueblos de la frontera venezolana del Estado Táchira, por la invasión á mano armada, procedente de Colombia, decreta: *Artículo 1.º* Quedan suspendidos, en los Estados Táchira, Mérida, Trujillo y Maracaibo, los derechos á que se refieren los números 3, 4, caso primero del 5, 6, 7, 9, y caso noveno del 14 del art. 17 de la Constitución nacional. *Art. 2.º* Del mismo modo quedan suspendidos, en los demás Estados de



Al encuentro de los invasores salieron fuerzas regulares del Gobierno venezolano, que el telégrafo ha hecho ascender á 10.000 hombres. Se ha hablado de dos sucesivos encuentros entre unas y otras fuerzas armadas; se ha dicho que en el pri-

la República, en el Distrito Federal y en los Territorios Federales, los derechos de los venezolanos á que se refieren los números 6, 7, caso primero del número 5 y 9 del 14, del art. 17 de la Constitución nacional. *Artículo 3.º* Los Presidentes de Estados, el Gobernador del Distrito Federal y los Gobernadores de los Territorios Federales reglamentarán el presente Decreto en su respectiva jurisdicción, de acuerdo con las supremas necesidades del orden público. Dado, firmado, refrendado por los Ministros del Despacho Ejecutivo, por el Gobernador del Distrito Federal y por el Secretario general del Ejecutivo, y sellado con el Sello nacional en el Palacio Federal del Capitolio de Caracas, en 26 de Julio de 1901.—Año 91 de la Independencia y 43 de la Federación.—CIPRIANO CASTRO.—El Ministro de Relaciones Interiores, *J. A. Velutini*.—El Ministro de Relaciones Exteriores, *Eduardo Blanco*.—El Ministro de Hacienda y Crédito Público, *R. Tello Mendoza*.—El Ministro de Guerra y Marina, *José Ignacio Pulido*.—El Ministro de Fomento, *Felipe Arocha G.*—El Ministro de Obras Públicas, *J. Otáñez M.*—El Ministro de Instrucción Pública, *Félix Quintero*.—El Gobernador del Distrito Federal, *C. Escalante*.—El Secretario general, *J. Torres Cárdenas*.»

II. «CIPRIANO CASTRO, PRESIDENTE PROVISIONAL DE LOS ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA, GENERAL EN JEFE DE SUS EJÉRCITOS, ETC., ETC., ETCÉTERA.—A los venezolanos.—¡¡Compatriotas!! El Sagrado Territorio de la Patria ha sido invadido por un ejército de colombianos, comandados por el traidor Carlos Rangel Garbiras, penetrando por las vías de Ureña y San Antonio. Al anunciaros este atentado, que afecta el honor y la paz de la República, cumplo con mis deberes de primer responsable de la suerte de Venezuela, diciéndoos que ya á esta hora han sido dictadas todas las disposiciones que tan grave atentado reclama. De modo que, para facilitar el ejercicio de mi autoridad discrecional, como Comandante en Jefe del ejército venezolano, y conciliar á la vez con aquélla mis deberes de Presidente de la República, el Ejecutivo Federal ha hecho uso de la atribución 21 del art. 9 de la Constitución nacional, suspendiendo aquellas garantías individuales, cuyo ejercicio puede ser incompatible con la defensa del orden público. Al propio tiempo he ordenado que diez mil veteranos del ejército de Occidente marchen inmediatamente sobre San Cristóbal á apoyar la autoridad del Gobierno del Estado Táchira, y



mero de estos encuentros las tropas del Gobierno habían quedado derrotadas, y victoriosas en el segundo. Pero aunque este último combate parece reñido entre el 29 y el 30 de Julio; aunque se ha anunciado repetidas veces la proximidad de una batalla; aunque desde el primer instante se habló de una declaración formal de guerra de parte de Venezuela á Colombia, y de la probabilidad de que á Venezuela se le uniesen en una acción militar común el Ecuador, Costa Rica y acaso Nicaragua, el tiempo ha pasado, y en lo que va vencido de Agosto las cosas no han ido tan allá como de los primeros raptos furiosos del General Castro se hacía temer.

Con el movimiento revolucionario de Rangel Garbiras sobre Venezuela ha coincidido la reaparición de Uribe y Uribe al frente de los revolucionarios colombianos en Panamá, á los que presta todo género de auxilios y municiones la República de Nicaragua. Se ha dado ocasión para que el Gobierno de los Estados Unidos, á pretexto de garantizar el libre comercio del istmo, para lo que está autorizado por el tratado de 1846, con la antigua República de Nueva Granada, haya mandado á las aguas de Colón el cañonero *Macchias*, haya conminado al Gobierno de Bogotá á tomar medidas enérgicas para impedir toda obstrucción en la libre expedición de los cuatro trenes diarios que circulan por el ferrocarril del istmo, y ha amenazado con destacar, así á las aguas de Panamá como á las de Colón, acorazados del porte del *Wisconsin* y del *Iowa*, en el caso de que le sea necesaria una intervención más activa en las dos guerras civiles que se recrudecen en Colombia y en

---

hacer respetar la soberanía y la integridad del Territorio Nacional. Estamos, pues, de pie, el Gobierno y el ejército; y al participároslo, juro por ambos, en nombre de la República, que todos nuestros deberes serán cumplidos. Así, pues, compatriotas, pido y reclamo en nombre de Venezuela, en estos momentos solemnes, el concurso decidido de todos sus hijos que no sean—como Rangel Garbiras—traidores á la Patria, y que tengan exacta noción del honor y del deber.—Palacio de Miraflores en Caracas, á 26 de Julio de 1901.—CIPRIANO CASTRO.»



Venezuela, y aun un contingente más respetable de sus fuerzas navales, en el caso de que realmente se planteara la cuestión de la guerra entre las dos Repúblicas vecinas del Norte de la América del Sur.

\*  
\* \*

¿Estallará la guerra? No estallará. Si los datos que sobre los antecedentes de los conflictos actuales quedan consignados se examinan bien, sólo se ven en su fondo arteros maquiavelismos que á nadie podrían engañar. Uribe y Uribe, levantando en Nueva York una nueva bandera para la fusión de las antiguas Repúblicas y la restauración de la antigua Gran Colombia de Bolívar; y Rangel Garbiras promoviendo una invasión desde Colombia en Venezuela, á título de los principios *nacionalistas*, para combatir aquella idea, sólo presentan al mundo el espectáculo de la degradación á que se llega hasta por los que se consideran en el rango de grandes personalidades políticas, cuando vilmente se somete la voluntad y la conciencia al interés de los enemigos de su propia patria. ¿Qué movimiento de recomposición había de poder verificarse por medio de las armas entre Colombia, el Ecuador y Venezuela, que, de ser viable, no fuera al punto aplastado por los hábiles manejos del coloso del Norte, que no consiente que en la América latina las pequeñas Repúblicas en que está dividida se fortalezcan por la agrupación entre sí, cuando en el Centro está tan reciente el ejemplo del frustrado movimiento de unión que se hizo por el Salvador, Nicaragua y Honduras, después del pacto fraternal de Amapala y el Congreso armonizador de Managua, y eso que en aquella unión repugnaron entrar Guatemala y Costa Rica? En ningún país hispanoamericano, y mucho más que en todos los demás países hispanoamericanos en Venezuela y Colombia, si tal bandera se levantara y fuera viable por los procedimientos de la paz, como en Amapala y Managua, ó por los procedimientos de la guerra, á que parece



inclinarse Uribe y Uribe, falta nunca uno y cien Generales Regalados capaces de destruir todos estos hermosos sueños de engrandecimiento, si con manos ocultas se les empuja á desbaratarlo todo, dándoles en premio la alta magistratura política del país de donde salen. Pero aun sin esto, ¿qué importancia tenía para justificar el manifiesto de Rangel Garbiras en Cúcuta y la invasión de la frontera de Ureña y San Antonio que un General como Uribe y Uribe, derrotado en sus tentativas en tres años, fugitivo de su campo de acción y amparado de la proscripción en el asilo de los Estados Unidos, levantara las banderas que le diera la gana? ¿Es que la aspiración á la reconstrucción de la Gran Colombia con que Uribe y Uribe reemplazaba sus antiguos y circunscriptos ideales de partido, como hombre de acción del partido colombiano liberal, por el mero hecho de pronunciarse en letras de molde desde un país extranjero, desde el desairado hogar de una proscripción y desde el mortificante acicate de una terrible derrota, entrañaba algún compromiso solemne y consentido por los Gobiernos, los Parlamentos y los Estados, que únicamente pueden dar autoridad á tales clases de aspiraciones? La reconstrucción de la Gran Colombia, proclamada en Nueva York por el ex General colombiano Uribe y Uribe, ¿constituía además una bandera política que enarbolará el Presidente de la República de Venezuela, Cipriano de Castro? Si este hecho no puede admitirse, ¿qué justificación podía tener el movimiento *nacionalista* de Rangel Garbiras al invadir el territorio de su patria, en donde en documentos públicos por dos veces ha sido calificado de *traidor*? Y si el General Cipriano de Castro en Venezuela no podía ser solidario de la bandera transformadora de Uribe y Uribe en Nueva York, ¿por qué suponer en Caracas que en Bogotá el Dr. Marroquín podía ser ni hacerse solidario de la revolución *nacionalista* intentada desde Cúcuta por Rangel Garbiras, un refugiado venezolano, y como refugiado, un conspirador?

Sin negar que en Colombia se han abrigado muchas que-



jas durante los tres años de la última revolución contra los países vecinos de donde salían las expediciones perturbadoras, de donde los revolucionarios en armas recibían sus auxilios, y en cuya inmunidad internacional hallaban la impunidad de sus hechos, cuando eran batidos y se pronunciaban en fuga, hay que reconocer que la situación económica interior de Colombia no es tan próspera que le consienta el lujo de poder proteger expediciones armadas como la de Rangel Garbiras, y mucho menos para poner á su mandato las fuerzas militares de la nación. Para que se forme una idea de lo que es esta situación económica, baste decir que el cambio sobre el exterior después de la considerable baja que sufrió á la publicación de la paz, se hallaba á fines de Julio en Bogotá al 1.600 por 100, y que habiéndose ofrecido al Gobierno del Sr. Marroquín por uno de los Bancos más poderosos de la capital un empréstito al 1.400 por 100, el Presidente de la República, de acuerdo con su Ministro de Hacienda, no quiso admitir estas proposiciones.

La situación política no ha sido tampoco nunca normal. Cuando Uribe y Uribe abandonó al país, muchas guerrillas no quisieron someterse y su persecución fatigaba en un trabajo constante así al Gobierno central como á las fuerzas que para perseguirlas se hallaban en continuo movimiento. El 10 de Julio último, el General Perdomo destruía en Girardot las guerrillas insurgentes de Marín, Carrasco, Baron y otros *jefes de taifas*. No obstante, las capitulaciones eran frecuentes, y el 20 de Julio se publicaban en los periódicos de Bogotá las nóminas de los últimos capitulados. Los avances hacia la pacificación total eran cada día más pronunciados, cuando el Cónsul general de Colombia en Nueva York avisó por telégrafo el día 25 que hacía tres semanas que misteriosamente había desaparecido de aquella ciudad el General Uribe. El *New York-Times*, apenas se divulgó esta noticia, envió un redactor á D. Rafael Pérez, Secretario del jefe revolucionario, y Pérez le anunció que dentro de pocos días habría noticias



públicas de él. El *Times* entonces dijo que Uribe y Uribe se había embarcado el 15 de Junio para Caracas. No obstante la noticia oficial que el 30 cundió, causando en los círculos de Nueva York una gran impresión, fue la de que el Gobierno colombiano había hecho extraer del vapor alemán *Allegheny*, de la Compañía Hamburguesa, en Barranquilla, uno de los puertos de Colombia, á D. Abel Murillo, uno de los Ayudantes del General Uribe, al cual se le condujo preso á Bogotá. Cuando esta noticia se supo, el *New-York Times* volvió á hablar del asunto, y anunció que el General Uribe y Uribe se hallaba ya en territorio colombiano, y que en Colombia contaba con la cooperación de los Generales Herrera, Marín y otros, con las fuerzas que tenían bajo sus mandos. En Cartagena, en Colombia, y en Caracas, en Venezuela, se confirmaban simultáneamente estas noticias, y *El Pregonero*, periódico de la capital venezolana, añadía: «El espíritu público que en Colombia no había desmayado en los últimos tiempos aciagos de há más de un año, se ha confortado en estos últimos días con la sola noticia de estar ya en campaña nuevamente los Generales Uribe y Uribe, Herrera, Avelino Rosas y otros jefes, terror blanco de los conservadores de aquel país.»

Al día siguiente de la publicación de estos párrafos, acontecía la tentativa de Rangel Garbiras por el Estado de Táchira. Después, se ha dicho que Uribe y Uribe había sido herido y muerto en el combate de San Cristóbal; pero, además de que esta noticia no se ha confirmado, ¿no parece una contradicción que parezcan juntos en una acción revolucionaria común Uribe y Uribe, que en su manifiesto firmado en Nueva York levantaba la bandera de la fusión de la Gran Colombia, y Rangel Garbiras, que en su manifiesto de Cúcuta, á título de jefe del *nacionalismo*, expresaba que se lanzaba á la revolución para oponerse á aquel designio y combatir contra aquella bandera?

Hay otro hecho que anotar, para cuando pueda hacerse el análisis razonado de estos oscuros sucesos. El Gobierno ve-



nezolano, cuya vigilancia ha tenido que extremarse con estos acontecimientos, el día 2 de Agosto aprehendió una embarcación que remontaba el Orinoco hasta Tukupit, y que llevaba á bordo al profesor Riddle y á todos sus tripulantes, que decían regresar de la Comisión de pesquería americana, que por orden del Gobierno de los Estados Unidos habían desempeñado en Sud-América. A los detenidos se les recogieron un gran número de armas y fueron conducidos presos á Ciudad Bolívar. Apenas el telégrafo hizo pública la noticia, así en Venezuela como en Colombia y en el Centro, de Colón se expidieron despachos telegráficos á la Casa Blanca, pidiendo la inmediata presencia de algún buque militar norteamericano, denunciando que el tráfico por el istmo estaba amenazado por la lucha empeñada que había entre las tropas colombianas y las fuerzas revolucionarias. Se transmitieron detalles precisos sobre la entrada de los rebeldes en Bihic, pequeña estación del ferrocarril, que carecía de protección militar, y se refirieron actos de despojo y de violencias, cometidos en las tiendas chinas y contra toda clase de personas. En Washington se dispuso en seguida la salida del crucero *Macchias* y se pidieron noticias oficiales á los cónsules del Istmo... ¡Las noticias eran falsas! ¡El tráfico del istmo no se había interrumpido un solo momento, y se hacía... y se hace con perfecta regularidad!

Después de esto, ¿qué ocurre en Colombia? ¿Qué ocurre en Venezuela? ¿Cuál es la realidad del conflicto? ¿En qué se funda? ¿A qué fines se dirigen sus promovedores de una y otra parte? ¿A dónde se va? En América nadie hay que no lo sepa.

\*  
\* \*

El momento de la inauguración del Congreso Panamericano de Méjico se aproxima, y las actitudes se definen. Los que anunciaban que no concurrirían á él, nombran ya sus delegados; pero el Gobierno de Buenos Aires ha discutido en sesión secreta con sus Cámaras la extensión de los poderes que



han de llevar, y estos poderes son limitados y condicionales. El mismo carácter tendrán los de los delegados del Perú, Bolivia, el Brasil, la Oriental y algunos Estados del Centro.

Respecto á Chile, su última palabra se condensa en el siguiente documento público que el Ministro Sr. Vicuña ha enviado al Director interino de la Oficina de las Repúblicas americanas (*Bureau of the American Republics*).

«*Legación de Chile, Washington, D. C. Julio 18 de 1901.*  
Señor: Esta mañana tuve el honor de comunicar á Su Excelencia Mr. John Hay, Secretario de Estado de los Estados Unidos de América y Presidente del Comité ejecutivo de la Unión de las Repúblicas americanas, la siguiente resolución tomada por el Gobierno de Chile respecto á su concurrencia al Congreso Panamericano que ha de celebrarse en Méjico. Chile mantiene su aceptación bajo las condiciones del programa, tal como fue definido por el Comité ejecutivo el 6 de Mayo. El programa así definido, Chile lo considera obligatorio para el Congreso Panamericano. Si en lo sucesivo, dentro ó fuera del expresado Congreso y sin el consentimiento de todas las naciones invitadas, se introdujera alguna modificación substancial en el repetido programa, Chile decidirá si debe ó no mantener su aceptación. Sírvase usted, Sr. Director, elevar esta resolución del Gobierno de Chile á conocimiento del Comité ejecutivo de las Repúblicas americanas, y hacer que á su debido tiempo sea comunicado de oficio al Gobierno de Méjico, uno de los Gobiernos invitadores.»

IOB.



## CRONICA LITERARIA

---

RECUERDOS DE UN DIPLOMÁTICO (tomo I), por D. Augusto Conte. — LAS VENDIMIAS, poema geórgico, por D. Eduardo Marquina.

En nuestra literatura histórica contemporánea, toda ella poco abundante, escasean las Memorias, género tan cultivado modernamente en otras naciones. Bien puede decirse que en este punto, lejos de haber realizado progreso alguno, nos hallamos en un momento de decadencia. Los avisos y relaciones de sucesos históricos del siglo xvii, con todos sus defectos, son en conjunto superiores á lo que en esta rama de los escritos de historia hemos producido en todo el siglo xix y en los primeros días del xx, en que nos hallamos. Por eso, cualquier producción del género á que nos referimos tiene entre nosotros, por virtud de esa misma escasez, una importancia relativa de que acaso carecería en otro país de aquellos en que los autores de Memorias no dan paz á la mano ni dejan reposar las prensas.

Aun sin esta circunstancia no serían un libro vulgar los *Recuerdos de un diplomático*, escritos por el Sr. D. Augusto Conte, y cuyo primer volumen ha visto no ha mucho la luz pública. Indudablemente algunas de las *Memorias y Diarios* que se publican á cada paso en Francia, Inglaterra y Alemania, no superan en la amenidad del estilo ni en la variedad é interés del asunto al libro del Sr. Conte. Claro es que me refiero á Memorias y Diarios de personalidades subalternas. Las



de los grandes personajes, como Bismarck, Crispi, etc., por poco que digan, tienen el interés superior que les presta el emanar de alguno de los principales autores del drama histórico y no de un mero espectador ó de uno de los comparsas del coro.

No igualan tampoco los *Recuerdos* de D. Augusto Conte, con ser un libro muy agradable y bastante instructivo, á otras de las *Memorias* de españoles publicadas anteriormente. Las de D. Antonio Alcalá Galiano y las del General Córdoba superan sin duda en interés y en perfección literaria á las del Señor Conte; pero aun siendo éstas inferiores en conjunto á las citadas, no lo son igualmente en cada una de sus partes y aspectos, y presentan un mérito que ciertamente compensa otras inferioridades.

Me refiero á la ingenuidad y llaneza con que están escritos estos *Recuerdos*, como si el autor los hubiera ido consignando tan sólo para su uso particular y ayuda de su memoria, sin pensar en dirigirse á un público ni pretender, por lo tanto, persuadir ni deleitar á nadie más que á sí mismo. Las *Memorias* de Córdoba, por ejemplo, son todo lo contrario: una refundición literaria de las notas personales del autor. Es seguro que con esto ganaron mucho, tanto en la forma de la exposición como en el método, orden y claridad de su contenido, y aun acaso también en la profundidad, el acierto y la exacta visión del conjunto al exponer y juzgar algunos hechos históricos; pero á cambio de estas ventajas, propias de toda labor reflexiva, carecen de la espontaneidad y frescura de las verdaderas *Memorias*, que tiene algo de documento íntimo, de confesión que á sí mismo se hace el autor. No se me oculta que rara vez las personas de alguna importancia social ó histórica escriben sus *Memorias* sin ánimo de darlas publicidad. Por el contrario, lo general es que las redacten pensando en un público presente ó futuro, si no en los contemporáneos, en la posteridad. De ahí que estos escritos no suelen ser absolutamente sinceros y que con frecuencia tengan el fin de justificar ciertos hechos, ya del propio autor de las *Memorias*, ya de personas



afines á él por las ideas políticas, religiosas, científicas, etc. Pero, con todo, las *Memorias*, *Diarios* y *Recuerdos*, cuya redacción definitiva es obra de su mismo autor, conservan siempre cierto sello personal que las da apariencias al menos de espontaneidad, mientras que aquellos otros escritos de este género que han sido redactados por otras personas sobre los apuntes ó notas originales del autor, descubren demasiado, por punto general, el estudio del historiador y el artificio retórico del literato; dejan de ser verdaderas Memorias al perder el tono confidencial y hasta el desaliño propio de estos escritos, y se convierten en libros de historia anecdótica, más ó menos entretenidos.

Nada de esto les sucede á los *Recuerdos de un diplomático*, cuyo mayor atractivo es esa falta de artificio aparente con que están escritos. Dentro de su género, puede decirse que son estos *Recuerdos* un libro muy típico, porque verdaderamente reúnen todas las cualidades buenas y malas de las Memorias. Aplicando á éstas la célebre definición del Arte, dada por los naturalistas, podría decirse que son la Historia, vista al través de un temperamento.

La nota personal, lo que el temperamento agrega á la imagen de los sucesos y al juicio que sugieren, es lo que da á las Memorias su encanto, el sabor de realidad, de *cosa vivida*, que ofrecen; pero ese mismo factor subjetivo, que las avalora desde el punto de vista artístico, las hace sospechosas desde el punto de vista rigurosamente histórico. La influencia del temperamento en la visión de los sucesos se traduce en parcialidad. Así, más que historia verdadera, son materiales históricos, datos y fuentes para algún historiador futuro que las contraste y aquilate.

Este peligro de la parcialidad, que suele ser inevitable en las Memorias de los grandes hombres, se atenúa mucho, naturalmente, en aquellas otras que tienen menos elevado origen, por cuanto proceden, ya de simples particulares, ya de personas que sólo tuvieron participación secundaria en los sucesos.



históricos. En esta segunda categoría de autores de *Memorias* debemos incluir al Sr. D. Augusto Conte, y por consiguiente, no adolecen de parcialidad notable sus *Recuerdos*, sino que, por el contrario, conservan, por punto general, aquella objetividad propia del que es mero espectador de los sucesos en la mayoría de los casos que refiere.

El principal defecto que presenta, á mi parecer, este libro, es muy difícil de evitar en las *Memorias*, y por lo mismo muy frecuente en ellas. Es, por decirlo así, el reverso del encanto que presta á estos escritos la nota personal, y consiste en la multiplicidad de pormenores de carácter íntimo, muy interesantes sin duda para el autor, que al consignarlos por escrito, ha debido de gustar la voluptuosidad melancólica que sentimos al rehacer en nuestro interior el espectáculo ya lejano de las horas pasadas, pero que á la generalidad de los lectores no pueden interesarles en igual medida, por tratarse de cosas ajenas á ellos y puramente individuales.

Así, por ejemplo, el Sr. Conte nos habla prolijamente de las muchas mujeres bonitas que conoció en las diversas ciudades de extranjeros países, á donde le llevó su carrera de diplomático, y nos refiere, con no menor detenimiento, la impresión que produjeron en su ánimo la lectura de los autores clásicos y la contemplación de las obras maestras que se conservan en los Museos de Italia, Francia y España, ocupaciones con que alternaba la grata tarea de cortejar al bello sexo. Ciertamente que la lectura de los grandes modelos literarios, la visita á las más bellas colecciones artísticas de lienzos y de estatuas, y el trato social con lindas y discretas mujeres, son uno de los más agradables empleos que pueden hacerse de la vida, y hay que envidiarle al autor de los *Recuerdos de un diplomático*, no ya el gusto, sino la posibilidad de cumplirle que le deparó la fortuna. Pero estas cosas son más para practicadas que para leídas en un libro de ajenos recuerdos.

Después de tantos estudios y juicios como se han escrito acerca de los poemas homéricos, de la *Divina Comedia*, etc.,



un nuevo elogio de estas obras despierta poco interés, á menos que descubra en ellas algún aspecto desconocido, algún ignorado rasgo ó siquiera algún pormenor que haya escapado á la atención de tantos lectores y de tantos siglos. Excusado es decir que estos descubrimientos son en extremo raros y casi imposibles en escritos autobiográficos, en que sólo se habla de pasada de tales libros para referir brevemente la impresión que nos produjeron y que suele ser, si no la misma, porque en lo individual hay siempre diferencias más ó menos perceptibles, muy semejante á la que han producido á miles de lectores que reunían condiciones análogas de cultura.

Otro tanto puede decirse de la contemplación de las obras de arte que se conservan en los Museos. A los que no las hayan visto, lo que dice de ellas el Sr. Conte les interesará poco, supuesto que el escritor no las describe (y hace bien, pues para eso están las Guías de los Museos y los libros especiales de Bellas Artes), sino que refiere sus emociones estéticas personales. Y á los que hayan tenido ocasión de contemplar los lienzos ó estatuas á que se refiere, tampoco pueden llamarles mucho la atención los juicios del autor de los *Recuerdos*, pues, aun dado que no confíen en el suyo propio ni se satisfagan con él, tienen en los críticos de arte antiguo y moderno innumerables apreciaciones que superan incomparablemente, por la forma y por el fondo, á las de los meros aficionados.

Hay que reconocer, sin embargo, que atenúa mucho este defecto el natural donaire y el gracejo con que el Sr. Conte habla de cosas y personas. Sin ser atildado, su estilo es muy agradable y la locución, aparte de algunos extranjerismos explicables en un diplomático que ha residido largas temporadas lejos de su patria y ha tenido que servirse frecuentemente de idiomas extranjeros, es elegante, fluida y suelta.

Comienzan estos *Recuerdos* en los últimos años del reinado de Fernando VII, y el primer tomo los deja en la mitad del siglo. Parte de lo que en ellos se dice, en sus comienzos, es de



referencia; pero aun en aquellas páginas que el autor consagra á sus años infantiles, no carece de interés el relato, pues en ellas se encuentran datos curiosos sobre el estado de la instrucción por entonces y observaciones atinadas y sagaces sobre algunas personalidades notables. Y, como es natural, el interés de la narración va creciendo á medida que, avanzando el autor en el curso de los años, consigna sus impresiones de hombre ya formado. No sólo de los sucesos de importancia histórica, sino de la vida privada en la corte y en otras poblaciones de España y en diferentes capitales extranjeras durante la primera mitad del pasado siglo, da curiosos pormenores este libro, en el cual abundan también las semblanzas, bien dibujadas y ricas en color, de hombres notables de la época, principalmente políticos y literatos. Hasta la crónica escandalosa de los salones de aquel tiempo tiene algún eco en las páginas de los *Recuerdos* para el que sepa leer entre líneas, si bien dentro de los límites que á tales alusiones ponen los respetos de la discreción y el buen gusto.

Como en la época que comprende el primer tomo de sus *Recuerdos* desempeñó el Sr. Conte sus primeros cargos en la carrera diplomática, ha consagrado á su estancia en Lisboa, en París, en Méjico y en Roma algunos capítulos de dicho tomo, que no son por cierto los menos interesantes. Estuvo en París en las postrimerías del reinado de Luis Felipe; tocóle residir en Méjico en la época de la guerra entre esta República y la de los Estados Unidos, y en Roma durante el período de las reformas liberales de Pío IX y en los días de la Revolución de 1848 hasta que fue reintegrado el Santo Padre en su soberanía temporal mediante la intervención militar de las potencias católicas. Sobre la sociedad mejicana y el estado de aquella nación en la época á que nos referimos, y sobre la Roma pontificia y aristocrática del indicado período, da noticias interesantes el autor de los *Recuerdos*, sin que falten tampoco en esta ni en otras partes de su libro reflexiones políticas y filosófico-históricas, por lo común atinadas y sensatas.



*Los recuerdos de un diplomático* son, ante todo, obra de un hombre de mundo; pero de un hombre de mundo dotado de cultura literaria y de perspicacia y filosofía prácticas poco comunes, y que, por lo mismo, ha podido ver en los hombres y en los acontecimientos aspectos que escapan á la mirada distraída del vulgo. Todo el libro tiene mucho de *causerie*, pasa ligeramente sobre los asuntos; mas aunque no pretende profundizar en ellos, pocas veces es superficial. Es de creer que los dos tomos que, según parece, han de completar los *Recuerdos*, ofrecerán todavía mayor interés que el primero, puesto que el autor, por la madurez de juicio que dan los años y por los adelantos de su carrera, habrá estado sin duda en condiciones de observar y apreciar mejor los hechos de la época á que han de referirse dichos tomos, y también porque la literatura histórica de carácter anecdótico de este período (desde 1852 á los días actuales) es menos abundante que la relativa á la primera mitad del siglo XIX.

Los esperamos con curiosidad, creyendo que el Sr. Conto no ha de defraudar en dichos tomos el interés que ha despertado el primero.

\*  
\* \*  
\*

Para los que siguen con atención el desarrollo de la moderna poesía castellana, no es desconocido el nombre de Eduardo Marquina. Sus *Odás* y su poema *Jesús y el diablo*, escrito en colaboración con D. Luis de Zulueta, le han dado la ejecutoria de poeta, y ciertamente, muchos de los que son celebrados entre la pléyade de poetas jóvenes de la vecina Francia no igualan en el dominio de la métrica, en la brillantez y exuberancia de la fantasía y el hábil manejo del idioma, á este poeta español que escribe tan hermosos versos.

Pero la poesía lírica, y en general la poesía en verso, no tiene ambiente propicio entre nosotros. Por algo se discutió en el Ateneo si la forma poética estaba llamada á desapare-



cer. No damos bastante importancia á los versos. Nuestra vida literaria es tan estrecha, que la monopolizan casi en absoluto dos géneros: la novela y el teatro. De ahí que no se dé toda la importancia debida á los poetas, á los buenos poetas como Marquina, á quienes la masa común del público apenas distingue de la turba de insulsos rimadores, maestros en el arte de no decir nada en versos mejor ó peor medidos, mejor ó peor rimados; pero huecos, vacíos, meras cáscaras sonoras en que no se alojó nunca la poesía.

La nueva obra de Marquina se titula *Las Vendimias*. Es el primer *poema geórgico* de una serie que piensa dar á la estampa. Basta decir poema geórgico para que acuda á la imaginación y á la memoria toda la ilustre estirpe de los cultivadores de este género, desde los precursores y maestros griegos de Virgilio hasta el gran poeta latino, y los que en las literaturas modernas siguieron su senda. Si las condiciones artificiales de la vida social pudiese prevalecer sobre los sentimientos estéticos naturales al hombre, sería esta poesía bucólica (y dentro de ella la que puede llamarse especialmente *geórgica*, nombre más comprensivo, más *genérico* que aquél, si bien el uso ha dispuesto las cosas de otro modo), sería esta poesía, digo, un género muerto ó moribundo. El desarrollo de la vida urbana, la emigración creciente de la población de los campos á las ciudades, la aglomeración monstruosa de gentes y edificios en las grandes metrópolis modernas que llegan á reunir, sirva de ejemplo Londres, tantos habitantes como un reino, hacen que cada día las clases más cultas é ilustradas de las naciones modernas vivan en apartamiento mayor de la Naturaleza, del campo y de la agricultura. Puede decirse que cada día es mayor el número de hombres que sólo ven el campo como de visita, en *villegiatura*, y se explica de sobra que los paladines de la estética, como Ruskin, se escandalicen y protesten de este aspecto de la civilización moderna.

Ese divorcio del hombre civilizado con el campo explica la decadencia de la poesía geórgica y bucólica. Falta la íntima



comunicación con la Naturaleza, con la vida vegetal, con las faenas de la agricultura, necesaria para penetrarse de la honda y sana poesía que supieron ver en estos asuntos los antiguos. A ellos tenemos que remontarnos para hallar la fórmula perfecta de la poesía campestre; y la perenne juventud y frescura de sus cantos, escritos hace siglos y siglos, es el mejor testimonio de la inmortalidad de la belleza.

En esto, como en otras cosas, va viniendo una reacción sociológica y una reacción literaria, que mutuamente se relacionan. Se procura por mil medios en las naciones cultas restaurar la vida del campo, en cuanto lo consienten la actividad febril de la vida contemporánea y las exigencias de la aglomeración urbana, que representan ahorro de tiempo, acumulación de esfuerzos para la labor extensamente colectiva de la industria y el trabajo modernos en todas sus manifestaciones, comunicación fácil y rápida de los diferentes elementos que colaboran en la obra social; brevedad, facilidad y proximidad en la satisfacción de las necesidades y deleites humanos, acrecidos y multiplicados extraordinariamente por los refinamientos de la civilización. Se fomentan las excursiones campestres, se favorece la difusión de la periferia de las monstruosas urbes por los campos cercanos, en vez de seguir apiñando las edificaciones. Y en los espíritus se opera una evolución análoga. Maeterlinck, el simbolista belga, acaba de escribir un libro admirable sobre la vida de las abejas, un tema virgiliano. Y entre nosotros, por lejos que nos hallemos del movimiento europeo, Marquina canta la báquica poesía de las vendimias.

Su libro, editado con mucho gusto y elegancia por la casa barcelonesa de F. Seix, consta de tres partes: *El día de las viñas*, *El día del lagar* y *El día del misterio*. La última, muy diferente de las dos anteriores, altera un tanto la unidad de la obra. En las dos primeras, el poeta es francamente naturalista y pagano; su canto parece reflejar el canto de los poetas antiguos, las risas y los himnos de las bacantes y de los vendimiadores que sembraron en sus ruidosas fiestas las semillas de la



comedia y la tragedia griegas. La última parte no evoca en la fantasía recuerdos clásicos de la antigüedad, ni despierta la sana y retozona alegría de vivir que corre por las viñas, cantando entre coro de frescas carcajadas el himno del vino, del licor inagotable de la vida y el deleite, sino que refleja las mil preocupaciones é inquietudes del alma moderna; la protesta social de los desheredados, de los que llegaron tarde al banquete de la vida; el descontento de los que no hallan satisfechas sus aspiraciones espirituales en la existencia regular y monótona con que brindan al hombre las nuevas sociedades; el simbolismo que pretende suplir la falta del misterio, llenando con algo el hueco que éste ha dejado vacío en nuestra vida, y expresando por aproximación estados internos é ideas no bien definidos, nebulosos, vagos; el estetismo, que pretende gobernar al mundo, ilusionar á los hombres y transformar las sociedades con el mágico poder de la belleza, repitiendo la fábula de Orfeo; todo esto encuentra expresión poética en las últimas composiciones del libro de Marquina. Y no hay que decir que esto es lo menos geórgico de la obra. Aunque adopte formas é imágenes geórgicas, su fondo no lo es; está muy lejos de la poesía sencilla y natural, fuerte y serena del campo y de la agricultura.

Pero tanto en esta parte como en las dos primeras, que, á mi juicio, son las mejores y las más espontáneas, sin desconocer por eso la poesía especial, más refinada y sutil de la última, Marquina se muestra verdadero poeta, así en la concepción íntima de las ideas é imágenes de cada composición particular, como en la forma de expresión sensible. La variedad de metros contribuye á hacer más agradable la lectura de este excelente libro de poesías. El verso libre, que predomina en la nueva obra de Marquina, está manejado con facilidad poco común. Y tanto en este predominio como en la originalidad de algunas combinaciones métricas (originalidad, no extravagancia), se descubre el verdadero concepto de la relación que debe mediar entre la métrica, y en su caso, la rima, y lo que en ellas se



expresa, que es el aroma y la esencia verdadera de la poesía. El vaso no debe prevalecer sobre el perfume, la forma exterior no debe ser tirana ni siquiera señora de la poesía, sino instrumento suyo, galana vestidura, voz que interpreta la íntima música del alma.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.



# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—CUESTIONES SOCIALES: La servidumbre política del artista contemporáneo.—PSICO-FÍSICA: La pubertad en el genio.—OCULTISMO: El valor profético del ensueño.—IMPRESIONES Y NOTAS: Tolstoi y Dostoyewski juzgados por Merejkowski.

## CUESTIONES SOCIALES

LA SERVIDUMBRE POLÍTICA DEL ARTISTA CONTEMPORÁNEO.—  
La *burocracia*—dice Diego Garoglio en la *Rassegna internazionale* de Florencia—es bastante peor que el nombre colectivo de una clase ó de una casta; es el índice de todo un sistema, lento, pero seguro aniquilador de toda personal energía creadora; es la cadena más potente que impide el libre movimiento de todo libre ciudadano; es una inmensa trilladora donde los hombres entran como espigas para salir hechos paja triturada.

El artista empleado, envuelto en el polvo de los papeles, ó tronando, como es el caso más frecuente, en alguna sala de escuela secundaria, sobre algunas docenas de alumnos á quienes tiene que distribuir el simbólico pan de la ciencia, cumple su deber gastando por su naturaleza entusiasta gran parte de sus fuerzas, no obstante la mezquina y desproporcionada compensación que percibe; y de regreso en su casa, ¿creeréis que pueda considerarse ciudadano libre, pensando con la cabeza y tomando activa parte en la vida política del propio país.? ¡Qué ilusión! Aparte de que su sueldo, que un obrero in-



glés estimaría insuficiente, pone al artista en la necesidad de buscarse en otra parte con sus lecciones ó su pluma un suplemento de ingresos; aparte de que, para estar al corriente, necesita gastar tiempo y dinero si ha de conservar su prestigio moral; aparte las persecuciones de que le hacen blanco los malos alumnos y los malos padres, no hay nadie en el mundo que, pensando por su propia naturaleza más libremente, esté más vergonzosamente cohibido en la expresión de sus ideas y de sus sentimientos, y más atado para realizar los actos que su conciencia le dicta.

Pase que sea inelegible para la Diputación, aunque haya otros muchos ciudadanos más ligados al Estado que él por otros vínculos; pero tampoco puede servirse de su cualidad de elector (salvo si se trata de candidatos ministeriales) para dedicarse con la palabra ó con la pluma al triunfo de sus ideales; todos los Gobiernos entienden equivocadamente que los funcionarios son empleados del Gobierno y no del Estado. Para vivir, pues, el artista, sobre todo si tiene familia, tiene que adaptarse, para convertirse en autocastrador de su pensamiento; de otro modo, corre el riesgo de una destitución, ó por lo menos, de un traslado oneroso y molesto.

¿Por ventura no está abierta—podrá objetarse—la puerta de la Universidad, donde el ciudadano tiene asegurada su casi absoluta independencia de palabra y de acción? ¡Otra ilusión! Hoy se han apoderado de las aulas los llamados eruditos, y si Gabriel de Annunzio solicitase una cátedra de italiano, se vería desechado del concurso por insuficiencia de títulos literarios.

Las consecuencias de esta opresora servidumbre política en el artista y en sus obras, son altamente nocivas. Siendo la adaptación al ambiente uno de los requisitos indispensables para una labor serena y provechosa, el artista, con la constante preocupación del pan en peligro, no puede tener la serenidad necesaria para la producción. A fuerza de reducirse á la introspección, y agotado el capital de pensamientos, que á lo



sumo puede dar materia suficiente á la lírica, pero no á la novela ni al drama, pronto sentirá agostadas las fuentes de su inspiración, sin hacer más que repetir añejos motivos, cuando no se dedique á escuchar el eco de lejanos clamoreos, que en vano se esforzará en comprender, encerrado dentro de sí mismo.

Cuanto más profundamente haya vivido todas las innumerables formas de las demás vidas, tanto más personalmente podrá reflejar en sus obras la síntesis microcósmica de su época; al artista forzosamente encerrado en la egoísta contemplación del mundo interior, al que no se acercan sino con muerta repercusión las innumerables olas de la vida, pronto le toca ese castigo, consecuencia de la anemia intelectual y moral, la atrofia y precoz involución de la personalidad artística.

Esta servidumbre política trae fatalmente, como consecuencias deplorables de índole moral, la falta de sinceridad, por no decir la hipocresía, engendrada primero por la necesidad, y luego por el hábito de continuas transacciones con la propia conciencia, de alabar hoy lo que censuraba ayer. ¿A qué conduce en definitiva este oportunismo, sino á la separación del hombre del artista, á perder, en suma, como decía Juvenal, «la razón de la vida por la vida?» Ese estéril apartamiento de las luchas que agitan al mundo, implica además un progresivo culto idolátrico de la palabra en sí misma y por sí misma, á expensas de la fantasía, del sentimiento y del pensamiento, que reduce el arte al tecnicismo exterior, al vacío parnasianismo.

### PSICO-FISICA

LA PUBERTAD EN EL GENIO.—Así se titula un artículo, tan interesante como todos los suyos, publicado por César Lombroso en la *Nuova Antología*, para colmar la laguna existente en sus teorías sobre la memoria del genio, respecto al modo de aparecer y desenvolverse los diversos tipos del genio.



Y no es que haya entre los genios diferencias esenciales; ser pintor, en lugar de ser matemático ó estratégico, no cambia la naturaleza del genio, como el cristalizar en romboedros ó exaedros no cambia la naturaleza química del carbonato de cal; pero, ¿por qué el uno cristaliza de tal modo y el otro de modo diferente? ¿Por qué un genio se determina en el sentido artístico y otro se convierte en un genio histórico ó arqueológico? Este es un nuevo problema que la herencia no basta á explicar, pues si para muchos, como Darwin, Musset, Rafael, Bach, etc., se comprende que la herencia y el medio ambiente hayan determinado la dirección de su actividad, hay otros muchos casos que podrían llamarse de disimilación, como Poe, descendiendo de puritanos; Flaubert y Berlioz, de médicos, etc. Lo mismo puede decirse de las circunstancias en que se desenvuelve la vida, y que explican que el Piamonte dé muchos guerreros, que los judíos den grandes economistas y que las regiones de Italia, donde son frecuentes los delitos, produzcan grandes juristas. Pero no hay que olvidar que, sin el acicate de la miseria, no tendríamos las novelas de Jorge Sand ni las comedias de Goldoni; que Boileau, Lesage, Descartes, Racine, Lafontaine y Boherave, se vieron obligados á cubrir sus musas con la toga del abogado ó la sotana del sacerdote, y que sus padres quisieron hacer de Poissón un cirujano; de Lalande y Lacordaire, dos abogados; de Cellini y de Herschell, dos flautistas, y de Miguel Angel, un arqueólogo, como se empeñaron en hacer de Berlioz un médico y de Flaubert un abogado. Ni basta tampoco, para determinar la dirección general, el predominio de tales ó cuales centros; un visivo puede llegar á ser poeta, escultor, histólogo ó calculador, como un acústico puede ser músico, orador, poeta, crítico ó novelista. Teniendo en cuenta la herencia, el ambiente y la índole especial del ingenio, hay que buscar otro factor más decisivo, y éste es una emoción fuerte sufrida en la pubertad.

El que analice las biografías de los grandes hombres encuentra que en la mayor parte la razón determinante de su



dirección creadora se halla, en la primera juventud, en la combinación de una fortísima emoción con el momento de la pubertad; así Segantini, simple pastor, ve morir á los doce años á una niña, cuya madre se desespera por no poder conservar su imagen, y pinta su retrato, revelando su genio pictórico; así Stuart Mill, impresionado á los doce años por la lectura de algunas páginas de la *Historia de la India* de su padre, descubre su pasión por las indagaciones históricas y económicas; así Arago deja los estudios literarios al ponerse en contacto con un oficial de Ingenieros que le habló de las ciencias matemáticas; Tomás Young ve á los ocho años los instrumentos de un agrimensor, y fabrica por sí solo un microscopio y descubre el cálculo diferencial; Galileo ve á los diez y ocho años una lámpara movida por el viento, y se le ocurre la invención de un instrumento para medir el isocronismo del tiempo; Lioy fue encerrado á los ocho años en una biblioteca para que no turbase á su madre, que acababa de dar á luz, y allí, leyendo á Buffón, descubrió sus aficiones á la Historia natural; Lafontaine leyó un día la hermosa oda de Malherbe á su padre, con motivo de la muerte de su hija, y entonces se reveló su genio poético, como le sucedió á Gianni, al leer el Ariosto, y á Lagrange, leyendo un escrito de Halle; Franklín, que á los once años tuvo que dejar la escuela para ganarse la vida, descubrió la teoría del pararrayos, viendo una chispa eléctrica en una máquina.

En todos estos casos no es la emoción la que provocó el genio, pero fue la ocasión para que se revelase. Darwin estaba predispuesto desde luego para las grandes síntesis naturales; pero el punto de partida de sus creaciones fue un viaje, cuyo deseo le fue sugerido por la lectura de un libro de viajes alrededor del mundo; Herschell estaba preparado para ser lo que fue; pero el haber visto el cielo con un telescopio á los veintiún años, fue lo que le indujo á fabricar otro mejor por sí mismo; Lalande, que componía á los diez años dramas y novelas, aspirando á ser un abogado elocuente, sintió la pasión



astronómica cuando le hicieron observar el gran eclipse de 1748, á los diez y seis años, y desde entonces se convirtió en el gran Lalande; Boherave estaba destinado al sacerdocio, y sólo el deseo de curarse una úlcera que le salió en una mano, le condujo al estudio de la medicina.

En otros casos, el efecto de la impresión muestra que se trata de una verdadera transformación. Guerrazzi leyó á los doce años el Ariosto, y no acertaba á desprenderse de él, debiendo cuanto fue á su lectura; el mismo efecto produjo en Galileo la vista del péndulo, apartándole de los estudios estéticos para lanzarle á los matemáticos y astronómicos. En muchos han sido la belleza y el amor las causas determinantes, como sucedió á Petrarca, al ver á los catorce años á Laura, y al Dante, al encontrarse con Beatriz; en Lacordaire se despertó la vocación genial con la primera comunión, y en Rapisardi una oda á Santa Agueda abrió en su alma á los trece años la catarata de los versos.

La juventud está en estado de explosividad latente, pronta á estallar por una influencia adecuada. Starbuck ha examinado por sí mismo los motivos que han inducido á la conversión á 200 estudiantes de seminarios y altas escuelas de América, varones y hembras, y de la curiosa estadística hecha al efecto se desprende la gran influencia ejercida por determinados motivos y ocasiones solemnes, como un funeral, un sermón, una lectura, una desgracia, etc. Lo que sucede con las conversiones pasa en la vida privada al elegir las profesiones en las proximidades de la pubertad; los adolescentes suelen hacerse malos é indisciplinados, según las investigaciones de varios maestros y los informes recogidos por el mismo Lombroso. Los hay en quienes se organiza en ese momento un inmenso impulso de vida que puede llevar á los débiles hasta el abismo, elevando, en cambio, á los fuertes á vertiginosas alturas; por eso se comprende la verdad del dicho de que quien no ha creado en la juventud, no creará después. En ese movimiento vertiginoso es natural que las más enérgicas activi-



dades, antes latentes, se abran paso por el choque eléctrico de una emoción especial en la dirección hacia la cual estaban naturalmente inclinadas.

A veces, la influencia de la creación genial no coincide con la edad de la pubertad, sino que aparece mucho antes; pero, aparte de que por pubertad en este caso debe entenderse, no sólo el período propiamente llamado así, sino también el que le precede y el que le sigue, no hay que olvidar que, siendo los genios sumamente precoces en ellos, la infancia se confunde con la juventud; así, Mozart componía á los cinco años, Gassendi predicaba á los cuatro, Pico de la Mirandola conocía muchas lenguas á los diez, y Kotzebue hizo su primera comedia á los tres.

Las impresiones fecundadoras del genio aparecen, por el contrario, en ocasiones mucho más tardíamente, lo que puede explicarse porque tristes circunstancias impidieran la producción del contacto fecundo ó porque éste no encontró preparado al individuo. Así ha observado Starbuck algunos casos de conversiones tardías después de los treinta años; así Caxton no hizo hasta después de cuarenta años sus descubrimientos en tipografía; así Lacordaire, en quien la primera confesión produjo tanto efecto que se puso á predicar con extraña elocuencia á los siete años, sintiendo renovado á los doce su fervor en la primera comunión, se decidió á los veinte por el sacerdocio, abandonando la abogacía; así Berlioz, que á los doce años había compuesto una pastoral y que á los catorce se sintió de nuevo enamorado de la música, no empezó á odiar todo lo que de la música le apartaba, sino después de haber oído *Las Danaides* á los diez y siete años. En todos estos casos, la influencia estaba latente desde antes de la pubertad, aunque se manifestó mucho más tarde.

Como conclusión de su estudio, establece Lombroso el principio de que si la sociedad no interviene en el nacimiento del genio, en cambio su influencia en la dirección de la actividad genial es enorme; así se explica que en los pueblos latinos se



hayan dedicado principalmente al clasicismo y á las artes; entre los hebreos, al cálculo y á la filosofía; en el Piamonte, á la guerra, y en América á las invenciones y aplicaciones prácticas. Si de estas conclusiones quisiera sacarse algún provecho en el orden práctico, sería el de disminuir la educación clásica, aumentando la técnica, científica, profesional é industrial.

## OCULTISMO

EL VALOR PROFÉTICO DEL ENSUEÑO.—Más curioso que científico, á pesar del carácter con que ha intentado revestirlo el artículo de Vasselude y Pieron en la *Revue* sobre el valor profético del ensueño, según la psicología contemporánea, contiene algunos hechos y ciertos puntos de vista que merecen ser recogidos.

Hoy se tiende á hacer del sueño un estudio positivo y científico, cuyos resultados impedirán la restauración infantil de las leyendas y cuentos de hadas. «Hay—dice James Sully—dos modos distintos de considerar los sueños: para mí, en el sueño hay una revelación, que es el producto de la inteligencia, libre de la intervención de la voluntad; el sueño es una parálisis momentánea, una abdicación de los centros nerviosos superiores, que cesan durante algún tiempo de intervenir sobre los centros inferiores; la actividad mental, mostrada por el sueño, es sencillamente la manifestación de lo que hay en nosotros de más natural y verdadero; nuestro yo se nos muestra desnudo.»

En los tratados modernos de psicología sobre el sueño y los sueños, la cuestión, ó se omite ó se desflora, cuando más. Para Maury, el sueño profético es una reminiscencia vivaz que toma el aspecto de la revelación, atribuyéndola también á un desdoblamiento de la personalidad. Lemoine se inclina á creer que los hechos de previsión en los sueños son producidos por el raciocinio, como en el estado de vigilia. El único libro que



se haya ocupado verdaderamente de la cuestión es el del doctor Max Simón, que cita algunos hechos curiosos: «Una joven, estando de visita en una quinta bastante lejos de su casa, tuvo la idea de que su hermana, que había dejado bien, estaba en peligro; volvió á su casa, y, en efecto, allí supo que su hermana había tenido un vómito de sangre peligroso.» «Un día que el abate Montmorín había entrado en la iglesia de San Luis, donde se arrodilló, se sintió acometido del deseo de cambiar de sitio; resistió al principio; pero, apremiándole aquel extraño empeño, cedió á él y fué á arrodillarse en otro sitio; apenas lo había hecho, se desprendió una piedra de la bóveda y fue á caer precisamente en el sitio que acababa de dejar.» «Un joven doctor fué un día á visitar á sus padres, y convino, con dos oficiales que encontró, en tomar juntos la diligencia; al ir á montar, el doctor quedó como detenido por un poder sobrenatural, que le obligó á quedarse, á pesar de las excitaciones de los dos oficiales; marchó el coche y cesó la preocupación; el doctor hizo su viaje en la primera ocasión que tuvo, y, al llegar á orillas del Elba, supo que los dos oficiales habían perecido ahogados en el río, donde había volcado la diligencia con caballos y pasajeros.»

Estos hechos, sin embargo, son más bien de telepatía que de previsión, y además se refieren á fenómenos en estado de vigilia. Los que pueden estimarse como proféticos son otros, de los que es tipo el siguiente: La Princesa de Conti vió en sueños una noche que el cuarto en que dormían sus hijos iba á hundirse; asustada horriblemente, llamó, y quiso que la llevaran á sus hijos; sus servidoras quisieron disuadirla, pero la Princesa ordenó que se les fuera á buscar; el aya y las nodrizas aparentaron obedecer, y volvieron diciendo que los Príncipes estaban dormidos y que les daba ansia despertarlos; la Princesa, irritada, pidió sus vestidos para ir en persona á buscarlos, y no hubo más remedio que obedecer; apenas llegaron los Príncipes á la habitación de su madre, cuando la que acababan de dejar se derrumbó con estrépito. Este sueño maravi-



lloso, como los demás de su clase, se refiere á un orden de hechos que hubieran podido ser previstos por los durmientes, á causa del conocimiento de ciertas circunstancias particulares referentes á este suceso. Los sueños proféticos no son para Simón sino juicios inconscientes cuya conclusión se presenta en sueños.

Serguéyeff cita algunos casos de falsa previsión, debidos á fenómenos de hipermnesia: Un hombre visita una casa de campo y se sorprende de haberla visto en sueños tal como es; pero un amigo de su familia le recuerda que en su primera infancia había habitado allí en compañía de sus padres.—Un jóven escocés estaba á punto de perder un pleito por faltarle un documento que no se encontraba por ninguna parte, cuando en sueños ve el estudio de un notario, y en él el documento en cuestión; va á buscarlo, y el documento estaba, en efecto, en el sitio soñado; al pronto se creyó en algo maravilloso; pero el predecesor del notario tenía un asociado que recordó que el joven escocés, siendo muy niño, había acompañado á su padre el día que éste fué á entregar al notario aquel documento.

Semejantes á este caso y al de la Princesa de Conti refiere otros dos hechos Elías Reclus: Un asiriólogo no acertaba á interpretar un fragmento de inscripción, cuando se le presenta en sueños un mago anunciándole que la tablita de la inscripción estaba rota y que el trozo que faltaba contenía tales y cuales palabras; el sabio se despierta, dicta á su mujer la revelación, escribe á Constantinopla, y allí aparece el fragmento con las palabras reveladas; reflexionando sobre este milagro aparente, el sabio cayó en la cuenta de que en otro tiempo había leído aquellas palabras en el catálogo del museo que contenía el fragmento que faltaba. Un muchacho que vivía con sus padres en una casucha de la Engadina, se despertó una noche gritando: «¡Mamá, mamá! Un hombre blanco me ha gritado: ¡Alerta! Marchaos, que se cae la casa.» No le hicieron caso; pero el chico volvió á despertarse sobresaltado por la



aparición, y saltando de la cama salió de la casa; tras él fueron su padre y su madre, y momentos después la casa se arruinó.

De esta rápida excursión á través de las obras más autorizadas, resulta que la psicología contemporánea está todavía lejos de suministrar verdaderos datos experimentales sobre la creencia en el valor profético del sueño. La crítica de los hechos, cada vez más vulgarizada, se hace cada vez más juiciosa, tendiéndose á sistematizar, de manera cada vez más científica, los diversos elementos de esa antigua y arraigada creencia. Admitiendo todavía el papel de la intuición, se ve que hay otros varios factores no menos interesantes, habiéndose demostrado la importante influencia que ejerce la memoria y el sentido de lo ya visto en la producción de estos fenómenos de apariencia maravillosa.

### IMPRESIONES Y NOTAS

TOLSTOI Y DOSTOYEWski JUZGADOS POR MEREJKOWSKI.—El autor de *La muerte de los Dioses* ha comenzado á publicar una obra curiosa, *El Cristo y el Anticristo*, cuya primera parte está dedicada al estudio de Tolstoi y de Dostoyewski, como hombres y como artistas.

La gran figura de Tolstoi no parece intimidar—dice Ivan Strannik—á Merejkowski, que lo trata con extraña desenvoltura, no viendo en la tentativa de Tolstoi de llevar una vida sana, sencilla y activa, más que un refinamiento de epicúreo; las paredes desnudas de su gabinete de trabajo, el traje rústico y el alimento vegetal no serían más que un verdadero lujo mejor comprendido que el lujo estrepitoso puesto de moda en América. En cuanto al desinterés de su labor literaria, Merejkowski no ve en ello más que un hábil compromiso entre las doctrinas morales de Tolstoi y su interés personal. Esto por lo que hace al hombre.



En cuanto al escritor, Tolstoi no es para Merejkowski sino el pintor, cínico y grosero frecuentemente, aunque siempre poderoso, del cuerpo humano, citando pasajes en los que Tolstoi hace vivir á sus personajes por medio de rasgos puramente físicos, actitudes y tics nerviosos. Echa en cara, sobre todo al ilustre ruso, el no ser distinto de como es, careciendo, por ejemplo, de la alucinación morbosa de Dostoyewski, para quien «los cuerpos dejaban á veces de existir».

El libro de Merejkowski choca por las extrañas reconven- ciones de egoísmo y de frialdad que el autor prodiga á Tols- toi. Dostoyewski sale mejor librado, y los capítulos que se le dedican están escritos con simpatía, y quizá á causa de esto, con más acierto y justificación.



## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

**Estudios de Derecho penal preventivo**, por *P. Dorado*, catedrático de la Universidad de Salamanca.

La circunstancia de haberse publicado en forma de artículos en diferentes revistas españolas los estudios que este libro comprende, la significación bien conocida del autor, principal mantenedor entre nosotros del Derecho penal nuevo y hasta el título mismo de la obra, harto expresivo, no permiten dar á esta nota ni grande extensión ni gran novedad de contenido.

Meritorio, en grado sumo, es el trabajo que el infatigable profesor salmantino se ha impuesto y que con tanto éxito viene desempeñando en la ya larga serie de sus publicaciones; meritorio por el esfuerzo que representa, meritorio por la claridad de concepción y de exposición y, más que por todo esto, digno de alabanza por el alto sentido de justicia y de humanidad en que lo inspira. Verdad es que este elevado sentimiento, todo él lleno de amor y de interés por los más desgraciados de los hombres, por los más débiles, por los más necesitados de protección y amparo—que esos son los de voluntad floja y claudicante, los pecadores, los criminales,—los privados del mayor bien y los acreedores, por tanto, á la mayor compasión, no puede asentarse tan fácilmente como se pretende sobre ciertas concepciones positivistas de que el autor anda enamorado, de un positivismo ligero y superficial, un poco desacreditado ya en las altas esferas de la especulación europea.

Cultivadores en su mayor parte de las ciencias de aplica-



ción que sólo á lo exterior de las cosas miran, quedándose siempre en lo concreto y tangible, los autores de ese positivismo estrecho no han pasado jamás de diligentes buscadores de datos, estimables en cuanto tales, pero sólo en cuanto tales, no como constructores de sistemas, empresa á que á menudo se lanzan temerariamente sin aquella saludable moderación, sin aquel temeroso respeto que da el saber ó siquiera el presentir el infinito misterio que rodea la vida y donde radica la íntima y verdadera realidad de los seres.

Influído el Sr. Dorado por estas doctrinas, que conoce como nadie y que como nadie ha expuesto, discípulo al mismo tiempo de profundos pensadores (españoles principalmente, para gloria nuestra), que han llevado la concepción espiritualista del derecho á extremos de depuración y desarrollo lógico por nadie alcanzados hasta hoy, lucha en vano, á veces, por conciliar las dos tendencias, si bien inclinándose casi siempre del lado del positivismo.

La protección al delincuente, la tutela penal, fundamentó de todo el derecho nuevo, no se apoya exclusivamente sobre el determinismo de la voluntad, como con tanto empeño insiste en afirmar el Sr. Dorado; y si, por paradógico que esto pueda parecer, el problema de los problemas, el gran problema de la libertad no constituye cuestión dentro del Derecho criminal moderno, no es por vía de negación de la misma (que entonces si lo sería, cuestión resuelta), sino porque, con libertad ó sin ella, la función de la justicia en este punto siempre vendrá á ser en substancia igual: función de corrección, de remoción de obstáculos al bien obrar, de enderezamiento y cura de la voluntad enferma. Y aun si á adelgazar un poco el concepto vamos, todavía esta función se comprende mejor y es desde luego—ni que decir tiene—más noble y elevada en el primero que en el segundo caso; que es decir, suponiendo al delincuente moviéndose por propio y espontáneo impulso, aunque no en el puro arbitrio indiferente que el Sr. Dorado lastimosamente confunde con la libertad.



Pensar de otra suerte, creer que si el hombre al delinquir fuera libre habría que castigarle *quia peccatum est* y no más, es quedarse dentro de la concepción clásica reinante, de la concepción que se aspira á reemplazar. Tiene el sistema del *ne pecetur*, de la corrección ó tutela, fundamentos harto más sólidos que los que un estrecho determinismo, de tan fácil como deleznable justificación, puede proporcionarle.

Como ejemplo de lo difícil que le es al pensamiento sustraerse al influjo de doctrinas dominantes en el medio ambiente en que se mueve, como ejemplo de ciertas aventuradas afirmaciones á que la literatura inspiradora del Sr. Dorado le lleva á veces, en confirmación de que sean cualesquiera las apariencias, la razón humana va tejiendo siempre con los mismos hilos la variada trama de su historia (y hermosamente lo ha puesto de manifiesto el Sr. Dorado en el estudio que consagra á las relaciones entre el Derecho penal clásico y el moderno, el más interesante de los que el libro contiene y un verdadero modelo de trabajos de esta índole, donde claramente nos hace ver el docto profesor las doctrinas novísimas brotando del seno mismo de las concepciones antiguas); en confirmación—digo—de esta continuidad y de aquellos influjos, pueden recogerse otras conclusiones del libro que examinamos, especialmente algunas contenidas en el artículo dedicado á la *Sociología* y el *Derecho penal*.

Que la Filosofía del Derecho haya de desaparecer como ciencia independiente, fundiéndose su contenido con el de la Sociología, sólo puede decirlo quien vea el Derecho á la manera *antigua*, clásica y verdaderamente abstracta, como un puro orden de relaciones exteriores y sociales, no como interior, ético y transcendente; afirmar sin reservas el carácter circunstancial del Derecho, olvidando que por movedizo, variable y transitorio que se le considere ha de reunir siempre aquellas notas que hacen que su esencia sea en toda ocasión y momento la misma, inmutable y eterna, por donde á todas sus manifestaciones históricas—lo único que en él hay de re-



lativo—les damos el idéntico nombre de Derecho; suponer que estos cambios con que el principio de la absoluta é infinita justicia va plegándose y acomodándose á las inagotables variaciones del vivir, son tan radicales que no sea posible aquí un verdadero progreso por acumulación de materiales, utilizables de una época para otra, sobre revelar una creencia en la absoluta disparidad de éstas, es llevar la enemiga al apriorismo á extremos en que jamás pensaron aun los más resueltos partidarios de la escuela histórica, los jurisconsultos que con verdadero conocimiento de causa más trabajaron, y con mayor gloria, por dar el valor debido á este esencial aspecto del Derecho—el relativo;—á extremos en que jamás pensó Savigni, el gran romanista Savigni, y tanto vale como suponer que puede llegar un día en que dejen de ser ley de justicia para la sociedad los principios contenidos, v. gr., en la *Declaración de los derechos del hombre*.

Que la Filosofía del Derecho, por tantos títulos acreedora á la gratitud de la humanidad, de tan antiguo y glorioso abolengo, de tan brillantes tradiciones, venga ahora á cederle el puesto á la Sociología, que es de ayer, cuya existencia como disciplina independiente, con razón ó sin ella, aún se discute, cuyos principios fundamentales distan mucho de estar por todos sus cultivadores unánimemente reconocidos, los límites de cuyo contenido son todavía bien indecisos y vagos; pretender que hayamos de aquí en adelante, y para tomar conocimiento de la justicia y sus leyes, de mirar más á lo presente que á lo pasado, olvidando que de lo pasado son los Santo Tomás, los Suárez, los Grocio, los Rousseau, los Kant, los Savigni, los Krause... los gigantes del pensamiento, los que encauzaron el mundo por nuevos senderos, la savia de cuyas concepciones alimenta y alimentará perennemente la razón humana, reconózcalo ó no, ó reniegue de ello; tachar la corriente del Derecho natural, todo lo abstracta, dualista y apriorista que se quiera, pero en cuyo seno se ha engendrado la parte más ideal, noble y fecunda de la civilización moder-



na (1); tacharla, digo, de ¡estéril!... cosas son que si á menudo se encuentran en el *servum pecus* del positivismo vulgar, no han de atribuirse al claro talento del Sr. Dorado, mas sí á ciertas casi disculpables precipitaciones á que apremios del enorme trabajo, á que el ilustrado profesor se consagra, apenas le permitirán sustraerse. Prueba de ello es que, en el artículo á que se contraen las anteriores apreciaciones, advierte el autor, en una nota, que su criterio no es en la actualidad absolutamente el mismo que el que le inspiró al escribir aquél, y anuncia que expondrá su nuevo pensamiento en un próximo trabajo que titulará *Lo jurídico y los juristas*; mas como este trabajo no se ha publicado aún, que yo sepa, y el titulado *La Sociología y el Derecho penal* forma parte del libro que se examina aquí, creemos estar dentro de los derechos de la crítica al juzgarle, y al juzgarle de la manera que nos ha parecido oportuna.

JESÚS ARIAS DE VELASCO.

**Revisione critica delle più recenti teorie sulle origini del diritto**, per la Dott. Teresa Labriola.—Roma, Ermanno Loescher et C.<sup>o</sup>, 1901.—Un volumen de 188 páginas, 2,50 liras.

**Del concetto teorico della societa civile**, per la Dott. Teresa Labriola.—Roma, Ermanno Loescher et C.<sup>o</sup>—Folleto de 35 páginas, sin indicación de precio.

Una nueva adquisición feminista. Los partidarios y fautores del feminismo se alegrarán no poco de ella, y con razón. La Doctora Teresa Labriola ha sido nombrada Profesora de Filosofía del Derecho en la Universidad de Roma; pero no gratuitamente, sino después de haberse ganado muy bien tal nombramiento. El primero de los libros, cuyos títulos van al frente

(1) Este y otros méritos le ha reconocido el ilustre escritor católico I. Petrone, un italiano que vale por muchos otros compatriotas suyos, y cuyo opúsculo, *La Fase Recentissima della Filosofia del Dritto in Germania*, «está lleno de cosas profundas», al decir de nuestro Giner.



de esta nota, es una disertación escrita sobre el tema que la Facultad jurídica de Roma señaló á la autora para que demostrase su competencia científica en la materia á cuya enseñanza pretendía consagrarse; dicha Facultad se mostró satisfecha de la prueba, y otorgó á la aspirante el derecho de constituirse en Profesora universitaria.

Pudiera, no obstante, haber habido en la comisión examinadora excesiva laxitud ó galantería por motivo del sexo, y obedecer á tal causa la concesión; pero ahí están las pruebas, vivas, innegables, de que no ha sucedido tal cosa. Ya quisiéramos la generalidad de los hombres que escribimos libros hacerlo con la cultura, la discreción, el rigor científico y el excelente espíritu de crítica con que lo hace Teresa Labriola, á quien juzgo muy joven. Y ya nos pudiéramos dar los españoles con un canto en los pechos si todos los Profesores de Derecho natural de nuestras Universidades, y las demás personas, bien pocas en número por cierto, que parecen interesarse en este país por semejantes problemas, pudieran compararse, sin desmerecer, con Teresa Labriola. Al leer los trabajos de la nueva Profesora, ha pasado muchas veces por mi mente esta idea.

He leído yo las publicaciones de referencia con singular placer, un tanto teñido de asombro. Acostumbrado á lo que entre nosotros pasa en asuntos de investigación y de crítica científica, no ya solamente por lo que á las mujeres se refiere—que de esto casi es excusado hablar,—sino por lo que toca á los hombres, no he podido menos de ver con extrañeza, si bien con extrañeza muy agradable, que una mujer, y mujer joven, conozca de la manera que la conoce la señorita Labriola, la literatura jurídica y sociológica contemporánea, sobre todo la alemana (cosa, por otro lado, explicable, tratándose de un autor italiano, pues en Italia está muy en boga la ciencia de este último país), y que al propio tiempo sepa contenerse dentro de los límites que impone la necesidad de ser sobrios en las citas y de reprimir los impulsos juveniles á hacer ostentación de erudición. Pero no es esto lo que más me admira.



ra, sino, de un lado, lo bien que plantea las cuestiones, prueba indubitable de que se halla perfectamente penetrada de ellas, la claridad y firmeza con que formula sus juicios, sin vaguedad alguna, lo que no obsta para que, ni revistan el carácter sistemático y unilateral que suelen tener los de los sectarios, ni tampoco se resientan de haber sido formados con precipitación; y de otro lado, el sentido amplio, liberal, tolerante, propio de persona ilustrada, y el criterio positivo, realista, impregnado de relativismo con que trata todos los asuntos. O nos hallamos en presencia de un fenómeno excepcional, de una inteligencia por encima de las ordinarias, de un gran talento, ó, lo que es más posible, el robusto temple mental que notamos en la señorita Labriola denuncia que ha sido muy bien dirigida su educación. Si no induzco mal, esta escritora debe ser hija ó pariente cercana del Profesor Labriola, que enseña en la misma Universidad de Roma y que es hoy uno de los principales sostenedores del materialismo histórico en Italia. Acaso se halle aquí el secreto. Si es así, como presumo, ello nos ofrece una prueba concluyente del poder que en la educación reside, poder que, bien utilizado, lo mismo da sus frutos ejercido sobre los individuos de un sexo, que sobre los del otro.

Ya he dicho cuál ha sido el motivo de la publicación del primero de los trabajos que dan origen á esta nota. El segundo de ellos es la lección primera (*prelezione*), leída por la Profesora Labriola el 14 de Enero de este año al ocupar su cátedra.

Del contenido de los escritos, nada necesitamos decir; el título de cada uno de ellos indica ya suficientemente cuál sea la materia que en ellos se estudia.

Y por lo que se refiere á la dirección filosófica y sociológica en que haya de clasificarse á Teresa Labriola, baste advertir que se acerca bastante á la marxista, ó sea á la del materialismo histórico; pero no la acepta por completo y ciegamente, antes bien, la amplía y corrige.

P. DORADO.



## INDICE

---

|                                                                                                              | <u>Págs.</u> |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| <i>Su Majestad</i> (novela), parte primera.....                                                              | 5            |
| <i>A España en la siniestra lucha de anglo-sajones contra latinos,</i><br>por Teobaldo Elías Corpancho.....  | 54           |
| <i>Literatura francesa contemporánea: Último período romántico,</i><br>por Emilia Pardo Bazán.....           | 62           |
| <i>Viaje de la Embajada española á la corte del Sultán de Marrue-</i><br><i>cos,</i> por Rafael Mitjana..... | 85           |
| <i>El año sociológico (1900),</i> por Adolfo Posada.....                                                     | 109          |
| <i>Lecturas americanas,</i> por Hispanus.....                                                                | 128          |
| <i>Revista Hispanoamericana,</i> por Iob.....                                                                | 151          |
| <i>Crónica literaria,</i> por E. Gómez de Baquero.....                                                       | 178          |
| <i>Revista de Revistas,</i> por Fernando Araujo.....                                                         | 189          |
| <i>Notas bibliográficas,</i> por Jesús Arias de Velasco y P. Dorado.....                                     | 201          |